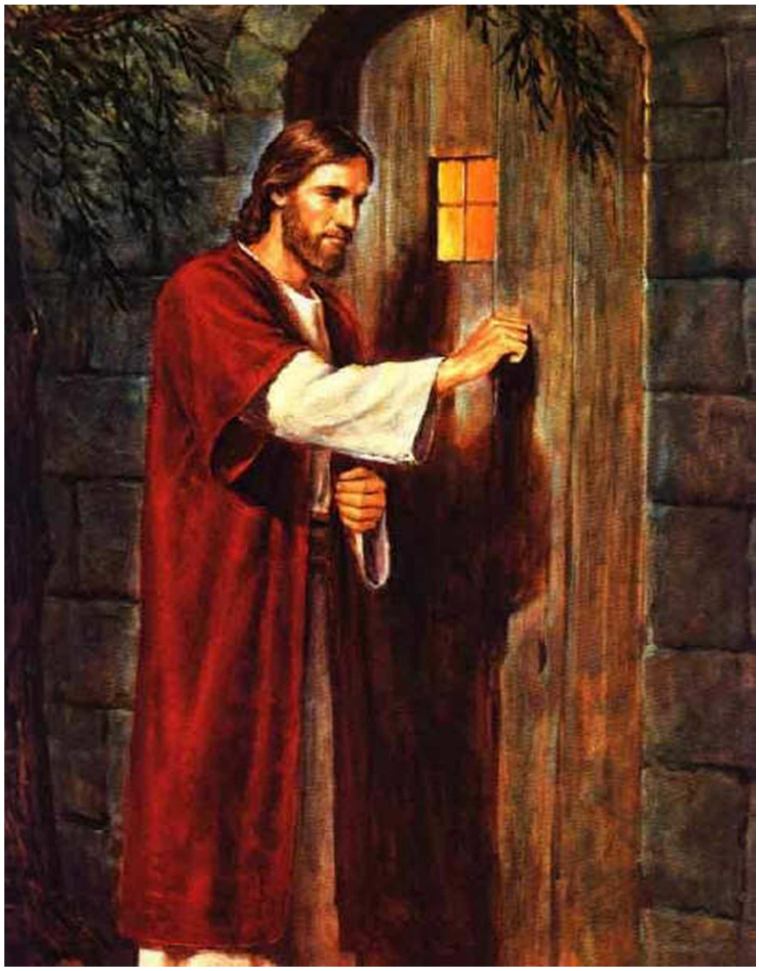
CUANDO CRISTO LLAMA, ÁBRELE



Reflexiones al andar pastoral

Juan Manuel del Río, CSsR

Este libro
contiene diversas
reflexiones y esquemas
escritos al pie de campo
en el andar de mi actividad
misionera y pastoral.

Doy infinitas gracias a Dios
si a alguien le pueden ser útiles

PREÁMBULO:

El Amigo de verdad, el que siempre está a nuestro lado, se llama Cristo. Es el Hijo de Dios, hecho Hombre. Nacido de la Virgen María, encarnado en nuestra realidad humana, ha venido al mundo como Redentor de la Humanidad caída. Nos llama y nos invita a acercarnos a Él. Infunde confianza total. Vale la pena seguirle

Habiéndonos redimido con su Muerte y Resurrección, ha impreso en nuestros corazones aquella perfecta caridad, y la fuerza para cumplirla, que legó a sus apóstoles, y por ellos a nosotros, como distintivo de sus seguidores. "Amaos unos a otro como yo os he amado" (Jn 13, 34).

Él, que es "manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29), nos invita a serlo también nosotros; a que realicemos la labor evangelizadora que nos hace tener el dinamismo de la acción, cumpliendo su mandato: "Id al mundo entero y proclamad la Buena Nueva" (Mc 16,15)..

Sin más distintivo que el amor, "Amaos unos a otros como Yo os he amado" (Jn 15, 12), Cristo nos enseña que la salvación del mundo está ligada a la perfección del amor en todos y con todos.

Su Espíritu es quien enciende en nosotros el fuego de su amor para que en todo le busquemos a Él desde la Fe. Todos estamos urgidos de salvación. Cristo es la salvación.

APUNTE 1º

SÍNTESIS,

A MODO DE INTRODUCCIÓN

EL SER HUMANO NECESITA DE DIOS

El Hombre es el centro y cima de toda la Creación, puesto por Dios en el mundo para gobernarlo y dirigirlo glorificando a Dios (Vaticano II, GS 12).

Dios ha creado al Hombre a su imagen y semejanza, con capacidad para conocerlo y amarlo (GS 12).

Para lo cual Dios le ha dotado de inteligencia, voluntad y libertad, responsabilidad, conciencia moral, y conciencia personal. Le ha dotado de alma inmortal.

El hombre ha sido llamado al diálogo y amistad con Dios (GS 19), y a poder contemplar las obras de la Creación, escuchar la Palabra de Dios, sentirse amado de Dios y poder a Dios Padre. Pero el hombre abusó de su libertad y se apartó de Dios por el pecado.

En consecuencia, el Hombre nace indigente, apartado de Dios por el pecado que llamamos original; está inclinado al mal, lleno de imperfecciones y necesitado de todo.

Esta realidad le pone en situación de subdesarrollo, de injusticia, de falsedad, de falta de solidaridad, y de no apertura a los valores del espíritu.

¿Cómo puede el Hombre salir de situación tan lamentable? Convirtiéndose y buscando a Dios.

DIOS ES PADRE DE TODOS

Dios es nuestro Padre. Nos ha creado a su imagen y semejanza, de Él venimos, Él nos conserva y cuida de nosotros, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, porque Dios es la Vida (Jn 1,4) y nos la comunica por Cristo, destinándonos a la eterna felicidad.

Siendo imposible conocer, y menos abarcar, a Dios, la mejor aproximación nos la da el Apóstol San Juan cunado afirma: "Dios es Amor" (1Jn 4,16). Por consiguiente, Dios es un Ser comunicativo.

Nos comunica su felicidad y su amor, creando a los Ángeles, el Mundo material, y al Hombre. Y lo más maravilloso: nos ha enviado a su propio Hijo Jesucristo.

Para el ser humano Dios es un Misterio insondable, pero un misterio de Amor, manifestado en tres Personas distintas: Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

Por consiguiente, nuestra relación hacia Él ha de ser una relación cálida, amorosa, entrañable; como de un hijo con su Padre, y de unos hermanos entre sí, ya que los humanos somos una gran familia en Dios, a pesar de las divergencias por motivos religiosos, o de otra índole.

En los cristianos, la fraternidad de la Fe, de la Oración y del Amor, teniendo como centro la Eucaristía, son imprescindibles

CRISTO NOS SALVA

El amor de Dios se ha manifestado en Cristo. Cristo es el Hijo de Dios hecho Hombre para salvarnos. Nació de la Santísima Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo.

El Verbo de Dios, segunda Persona de la Santísima Trinidad, se ha hecho hombre en Cristo. Encarnado en el seno virginal de la Virgen María, Cristo es verdadero Dios y verdadero Hombre.

Al hacerse hombre, cumple la promesa que Dios había hecho en el paraíso terrenal de salvar al Hombre, cuando éste se apartó de Dios por el pecado.

Nace pobre en Belén, predica el Evangelio, o Buena Nueva de la Salvación, pasa por el mundo haciendo el bien, curando toda dolencia y enfermedad, y sobre todo, muere por nosotros en la cruz, resucitando al tercer día.

Es Cristo quien nos ha revelado al Padre y al Espíritu Santo, haciendo posible por medio de los Apóstoles la Iglesia, Pueblo de Dios, Comunidad de Salvación; y se ha quedado para siempre con nosotros en la Comunidad de los Creyentes, en su Palabra, en los Sacramentos, y especialmente en la Eucaristía.

EL PECADO, RECHAZO DE DIOS

Hay una realidad que no se puede soslayar: el pecado. El pecado es un misterio de iniquidad, y el rechazo que en su soberbia el Hombre hace de Dios y de la Salvación.

Es también una gran injusticia que el Hombre comete contra Dios, porque lesiona los derechos que Dios tiene sobre el Hombre, como su Creador, Legislador y Padre.

Rechazar la Salvación que Dios nos ofrece en Cristo es rechazar al mismo Cristo en la Iglesia. Caer en desgracia de Dios es ponerse en camino de condenación.

Solamente Cristo, que con su Muerte y Resurrección ha triunfado sobre el pecado, nos ha abierto las puertas de la Salvación. Él perdona

a quien se arrepiente y busca la reconciliación con Dios y con sus hermanos en el Sacramento del Perdón.

DESTINO FUTURO DEL HOMBRE

Es el máximo enigma de la vida humana, y que debemos esclarecer desde la fe cristiana (GS 18). Pero para el cristiano es también la posibilidad del encuentro definitivo con Cristo, y por Él, con el Padre.

Cabe preguntarse: ¿La muerte triunfa sobre el Hombre? Humanamente sí, en cuanto que nos arrebata todas las cosas y la vida misma.

Pero siendo la muerte la última consecuencia del pecado, el Hombre puede triunfar sobre la muerte viviendo unido a Cristo Resucitado.

Participamos del triunfo de Cristo sobre la muerte viviendo la Fe, la Esperanza y el Amor, y participando de los Sacramentos, sobre todo Bautismo y Eucaristía.

CONVERSIÓN Y MISERICORDIA

Si nos preguntamos: ¿Cómo podemos conocer a Cristo? La respuesta es fácil: La Vida y Mensaje de Cristo podemos conocerlos, sobre todo, a través del Santo Evangelio.

Las cualidades de Cristo que más destaca el Evangelio son: La bondad, la compasión y la misericordia. “Cristo pasó por el mundo haciendo el bien y curando toda dolencia y enfermedad” (Hch 10,38).

Así, por citar algunos, tenemos ejemplos de compasión con la desgracia material: Resucita a la hija de Jairo (Mt 9,18-26), sana a la hija de la cananea (Mt 15,21-28), devuelve la vista al ciego de Jericó

(Mt 20,29-34), cura al leproso (Mt 8,1-4), resucita al hijo de la viuda de Naím (Lc 7,11-17), multiplica los panes (Mc 6,34; 8,2-9; Mt 14,13; Lc 9,10; Jn 6,1)...

Igualmente, algunos ejemplos de compasión con la desgracia moral: Jesús perdona y defiende la mujer adúltera (Jn 8,1-11), y a la samaritana (Jn 4), y la Magdalena (Lc 7,36-50), y a Pedro, Zaqueo, al buen ladrón, y a tantos otros.

Y si nos fijamos en las parábolas, destacan: La oveja perdida (Lc 15,3-7), la dracma perdida (Lc 15,8-10), el buen samaritano (Lc 10,30-37), el hijo pródigo (Lc 15,11-32).

Cuando uno descubre la realidad maravillosa de Cristo, surge una pregunta: ¿Cómo podemos responder a la llamada al cambio, a la conversión, que él nos pide? (Mc 1, 15):

Fundamentalmente, a través del Sacramento de la Misericordia, llamado también de la Reconciliación, o Confesión; y también participando en el sacramento de la Eucaristía.

LA IGLESIA

La Iglesia es el Sacramento de la Salvación, como lo expresó el Concilio Vaticano II (LG 1). Es decir, la realidad de un Pueblo, todavía pecador, pero que posee en arras la salvación, porque es la extensión del Cuerpo de Cristo. En otras palabras, la Iglesia es la culminación del designio salvador de Dios.

La Iglesia en la Historia de la Salvación. La Iglesia fue prefigurada desde el comienzo del mundo (LG 2), preparada en la Historia del Pueblo de Israel, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu Santo, y que se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos.

Si nos atenemos a las comparaciones que emplea la Biblia sobre la Iglesia, tenemos, a modo de ejemplo: La Biblia compara a la Iglesia con el redil cuya única puerta es Cristo (Jn 10,1-10), con el rebaño cuyo pastor es Cristo (Jn 10), con una viña (Jn 15, 1-8), con la Nueva Jerusalén (Gál 4,16; Apoc 12,17), con la esposa (Ef 5,27), con el Reino de Dios (Mc 1,15; Mt 4,17), con la semilla (Mc 4,14), con el fermento (Mt 13,33), con el grano de mostaza, etc.

Y si nos preguntamos por la naturaleza íntima de la Iglesia, vemos que: La Iglesia, fundada por Cristo sobre la base de los Apóstoles, es el mismo Cristo, que se prolonga en el tiempo a través de los cristianos, como Comunidad de Fe, de Culto y de Amor, bajo el poder y la fuerza del Espíritu Santo.

Ahora bien, ¿Para qué fundó Cristo la Iglesia? Para ser una Comunidad de Salvación universal.

Son notas características de la Iglesia, el ser: Una, Santa, Católica, y Apostólica.

La Iglesia está dirigida en nombre de Cristo por el Papa y los Obispos, los cuales, junto con los Sacerdotes, Religiosos y Laicos o Seglares, son los miembros del Cuerpo cuya Cabeza es Cristo.

Hay quien se pregunta por el origen de la expresión *"Papa".* Una respuesta posible podría estar en las siglas de la frase latina: *"Potestatem Accipiens Petri Apóstoli"* (que recibe la autoridad del Apóstol Pedro).

Al Papa también se le conoce como el Vicario de Cristo, por ser el legítimo sucesor del apóstol san Pedro, puesto directamente por Cristo, cuando le dijo: "Tú eres Pedro (piedra) y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16,18); y también: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas" (Jn 21,15s).

La puerta de entrada a la Iglesia es el Bautismo. Lógicamente, el cristiano tiene deberes para con la Iglesia, como son: Ser y sentirse Iglesia. Y para eso: hay que honrarla, prestigiarla, respetarla, defenderla, amarla, obedecerla, preocuparse de sus problemas y extenderla por el mundo entero: "Id y predicad el Evangelio a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt 28,19).

EL DOMINGO, DIA DEL SEÑOR

Para los cristianos el domingo es día muy importante. Es el Día del Señor, porque en él celebramos la Resurrección de Cristo, misterio central de nuestra fe.

Es también recuerdo de nuestra propia resurrección, cuya realización comienza en la fe y el Bautismo; recordada y actualizada de nuevo cada domingo.

La Celebración de la Eucaristía es la culminación del domingo. En la Eucaristía nos encontrarnos con Cristo Resucitado. Como también lo hacemos en la Oración, y en la convivencia con los hermanos.

EL ESPIRITU SANTO Y EL MANDAMIENTO DEL AMOR

El Espíritu Santo es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, enviado por Cristo a la Iglesia el día de Pentecostés, para fortalecerla y santificarla. Y es el que nos da fuerza suficiente para cumplir el precepto de Cristo: El Mandamiento del Amor.

Es el precepto más importante para el cristiano, dado por Cristo, como contraseña de que el amor de Dios está en nosotros.

El Espíritu Santo actúa en la Iglesia unificando a los cristianos; a pesar de la diversidad de dones todos estamos unificados en la única fuerza de trabajo y de unión que es el Espíritu Santo (Ef 4,7-16).

Y el signo del amor y la unidad lo tenemos en la Eucaristía, que es sacramento de unidad, de salvación, y de vida.

Todos somos hijos de Dios Padre, formamos un mismo Cuerpo con Cristo, la Iglesia, y el Espíritu Santo es quien nos unifica a todos en el amor.

Siendo el Amor cristiano la fuerza viva de la Iglesia, no tiene límites ni fronteras el campo de acción de un cristiano.

El Amor es el gran signo de los verdaderos seguidores de Cristo y de su presencia en el mundo.

LA FAMILIA CRISTIANA

La familia cristiana es de vital importancia para la Iglesia, porque la familia cristiana, si hacemos una analogía con la Trinidad de Dios, es también un misterio, trinitario, cristológico, y eclesiológico.

¿Por qué? Porque la familia cristiana es, ante todo, obra de Dios, reflejo de la Trinidad de Dios (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y de su Unidad indivisible en el amor.

Padres e hijos son una trilogía en la unidad, bajo la fuerza del Sacramento del Matrimonio. La Familia es fecunda, creada para la expansión de la raza humana, y es Santa, por su origen y por su fin.

Es al mismo tiempo un signo cristológico, porque la Familia también fue redimida por Cristo, que la elevó a la dignidad sacramental para ser signo del amor de Cristo a la Iglesia.

Y es un signo eclesiológico, porque la Familia cristiana se realiza dentro y a semejanza de la Iglesia. Es fecunda, como la Iglesia, y es, como la Iglesia, una comunidad de Fe, de Culto, de Caridad, de Testimonio.

De ahí que, es deber de los padres ser para los hijos los primeros predicadores de la Fe (LG 11), en un clima de amor, de oración en familia, y de presencia viva de Cristo en el hogar.

EL LAICO O SEGLAR EN LA IGLESIA

¿Qué entendemos por Laico o Seglar en la Iglesia? Por Laico (término griego) o Seglar (término latino), entendemos todo cristiano que no pertenece al orden sagrado, o al estado religioso, pero que igual que ellos es miembro de la Iglesia por el Bautismo.

Lo peculiar del Laico o Seglar cristiano: Ser miembro del Pueblo de Dios, o Iglesia, realizándose en el mundo, y realizando el mundo con sentido cristiano.

La función del Laico o Seglar en la Iglesia es ser un apóstol dentro de la perspectiva de la misión salvadora de la Iglesia.

Fundamento del apostolado laico o seglar cristiano: El Laico o Seglar cristiano está llamado al apostolado en razón del Bautismo y de la Confirmación, del amor a Dios y a los hombres, y de hacer presente a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser "sal de la tierra" si no es a través de él (LG 33).

Campos propios del apostolado del Laico o Seglar cristiano: Las comunidades eclesiales, la familia, la juventud, y el orden de las realidades temporales en general.

Medios con los que cuenta para el apostolado: El testimonio de vida, la palabra, la oración, el sacrificio, los sacramentos, principalmente la Eucaristía, también la preparación intelectual y académica.

LA VIRGEN MARIA MADRE DE LA IGLESIA

En la vida de la Iglesia, y en el cristianismo en general, María ha desempeñado siempre una función muy especial.

¿Quién es la Virgen María? Es la Mujer elegida por Dios para ser la Madre de Cristo, nuestro Divino Redentor.

En la Biblia aparece la Virgen María como la Mujer en la que se cumplen todas las esperanzas de Salvación.

Prefigurada en las relevantes Mujeres del Antiguo Testamento, María está plasmada, bellísimamente, en las páginas del Nuevo Testamento. Ella es la llena de Gracia, la bendita entre todas las Mujeres, Dios está en Ella. En Ella se encarnó Cristo el Hijo de Dios.

Ahora, ¿por qué decimos que es Madre de la Iglesia? Por ser la primera en recibir el mensaje de la Salvación, porque estuvo presente en el nacimiento oficial de la Iglesia el día de Pentecostés, porque estuvo asociada a Cristo en la Obra de la Redención, y porque el mismo Cristo nos la entregó por Madre desde la Cruz (Jn 19,26).

En consecuencia, nuestro deber de hijos para con Ella es amarla, imitarla, venerarla, invocarla.

APUNTE 2º

¿QUIÉN ES DIOS?

Es Cristo quien nos hace cercano a Dios, y nos acerca a Él.

Cristo mismo nos fue haciendo la revelación progresiva de Dios. Nos hizo cercano, comprensible y presente, el misterio de Dios.

Cristo nos habla del Padre, nos habla del Hijo, y nos habla del Espíritu Santo. Es decir, nos habla de la realidad de Dios. Realidad que, no obstante, sigue siendo incomprensible por inabarcable, desde y para nuestra capacidad limitada de entender: La Santísima Trinidad.

Trinidad que, sin embargo, no significa Tres Dioses. sino un Único Dios en Tres Personas.

Persona no significa individuo.

La complicación viene cuando empleamos el término griego "Persona" (persona = «máscara» del actor, personaje). El concepto de persona es un concepto principalmente filosófico, que expresa la singularidad de cada individuo de la especie humana, en contraposición al concepto filosófico de "naturaleza" que expresa lo común que hay en ellos.

El significado actual de persona tiene su origen en las controversias cristológicas de los siglos IV y V. En el transcurso del debate entre las diferentes escuelas teológicas, se desarrollaron conceptos hasta entonces no conocidos. Se trataba de disponer de herramientas de pensamiento filosófico, sobre las que mantener un

debate intelectual honesto y riguroso acerca de los dogmas referidos al Λόγος/"Verbo", y que permitiesen esclarecer sus diferencias o similitudes con Dios Padre. Para ello la filosofía tomó prestado del teatro griego el término "prosopon" (πρόσωπον, y lo convirtió en un término filosófico, definiendo al Λόγος "Verbo" como Persona divina.

Por afinidad, el concepto fue posteriormente aplicado al Espíritu Santo, a los ángeles y a los hombres.

El concepto griego persona= máscara, no equivale a individuo concreto: hombre o mujer, para cuya inteligibilidad no tenemos más referencia que nosotros mismos. Con lo cual, la tentación está en pensar que Dios es como nosotros: es decir, un hombre o una mujer; por consiguiente, alguien con cabeza, tronco, y extremidades; si hemos de emplear una definición casera, para entendernos. Dios, pues, no es un señor, pongamos por caso, con un cuerpo como nosotros -cabeza, tronco y extremidades-. (Cosa muy diferente es que Dios se haya encarnado en Cristo Jesús. Cristo es Dios y hombre al mismo tiempo. En su naturaleza humana, por supuesto que tiene un cuerpo como el nuestro).

Con lo cual, volvemos a estar como estábamos: en el misterio. Misterio, por otra parte, sublime y maravilloso; desbordante, pero en el que sentimos que tenemos cabida. Misterio de Amor. Como se expresó san Juan: “Dios es Amor”. Nos sentimos, no lejanos, sino inmersos en ese Misterio, que palpita, que es Vida, que nos envuelve, que nos dignifica.

La pregunta ineludible.

Surge siempre la pregunta: ¿Qué imagen tenemos de este Misterio, que tiene Nombre, que llamamos Dios?

Y la referencia obligada, una vez más y siempre, es Cristo. Sin Cristo, seguiríamos hablando de un Dios lejano, impersonal, que por último, se diluye en la nada.

Cristo emplea lenguaje inteligible.

Cristo emplea términos profundamente humanos, inteligibles. Habla de Dios como Padre. Dios es el Padre que le envió. Habla de Dios como Hijo enviado. En realidad, habla de sí mismo como Hijo del Padre e igual a él. Y habla de Dios como Espíritu Santo. Prácticamente, al final de su vida menciona y promete, repetidamente, enviarnos al Espíritu Santo. El Espíritu Santo que viene a ser, si de algún modo hemos de entenderlo, como el mismo Cristo proyectándose en el tiempo y en el espacio después de la resurrección, con su propia misión evangelizadora, y confiriendo a sus discípulos su fuerza, su vida, y su misión.

De esta manera, las tres personas divinas, siendo un solo Dios, realizan el plan de salvación:

- El Padre, que nos expresa su amor dándonos a su Hijo Cristo Jesús.

- El Hijo enviado desde el Padre, que muere y resucita por la redención de toda la Humanidad.

- El Espíritu Santo concreción de ambos, para la santificación, adopción filial, y guía de los creyentes hasta la plena verdad y posesión de Dios.

Dios es un Dios cercano, sentido de nuestra vida.

Así pues, sin poder entender racionalmente el Misterio de Dios en sí mismo, y menos, la Trinidad: un solo Dios en tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, sí podemos captar que Dios no es un Dios

lejano ni ausente, sino el fundamento de nuestra esperanza, la fuerza de nuestro caminar por la vida. Una vida, la presente, que sentimos corta, muy breve, sí, pero que tiene un sentido, una dirección, una proyección, una razón de ser en sí misma, desde el Misterio cercano y envolvente de Dios.

Dios es el sentido de nuestra vida. Y este sentido y cercanía de Dios la experimentamos desde nuestro propio acercamiento a Dios.

Para un creyente, y concretamente si es cristiano, el Bautismo nos sitúa dentro de este círculo trinitario de Dios.

El mandato de Cristo es claro: Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.

Somos hijos de Dios.

El bautismo es sacramento de iniciación, de fe. Mediante el Bautismo nacemos a la vida de adopción de hijos de Dios. “Somos hijos de Dios, por tanto herederos también, y coherederos con Cristo”.

Pero el ser hijos de Dios no depende de nosotros. Es fruto, únicamente, del amor de Dios. La Trinidad de Dios actúa dinámicamente en nuestra vida.

De esta manera, el cristiano está llamado a ser santo, testigo de la experiencia profunda, gozosa y maravillosa del Dios posesionado de nosotros.

Surge, en consecuencia, en la vida del cristiano una espiritualidad que podríamos llamar trinitaria. Porque el creyente está inmerso en Dios, debido a su adopción filial por el Padre; adopción que le hace tomar conciencia del don de su Espíritu a través de Cristo.

Y todo esto es una realidad viva, gozosa, inaudita, gracias a Cristo resucitado. Por Él somos capaces de vivir según el Espíritu, y vencer las "obras de la carne".

Ídolos y libertad están en pie.

En pie sigue nuestra libertad. Siempre nuestra libertad, con lo que tiene de sublime y de dramático.

Y, por consiguiente, en pie siguen también los falsos dioses, los ídolos y su tiranía.

Los ídolos nos alejan del verdadero Dios. Nos presentan quimeras, revestidas de falsas necesidades, como pueden ser el confort desmedido, el hedonismo egoísta, el apego irracional al dinero, etc.

El paulatino descenso del número de los creyentes en el Dios verdadero, va en proporción directa al aumento de los creyentes en los falsos dioses, o ídolos; como algunos de los enumerados.

En definitiva, el ser humano no puede vivir sin Dios. O bien opta por el verdadero, o bien tiene que elegir entre el número ingente de los falsos o sucedáneos.

- El poder, el dinero, la producción, el consumo...
- El culto al cuerpo y a la belleza física, como sublimación del mito de la eterna juventud...
- El placer como aspiración prioritaria, expresado en el sexo, el erotismo, las drogas...

La libertad necesita aprendizaje.

La libertad, para acercarse a Dios, también necesita aprendizaje. Cuando san Pablo pregunta a un grupo de personas que están siendo evangelizadas, si han recibido el Espíritu Santo responden que lo

desconocen: “No hemos oído decir siquiera que exista el Espíritu Santo” (Hch 19,2).

El desconocimiento tiene sus causas:

- Falta de formación y catequesis, antes y después, de los sacramentos.
- Inexperiencia vivencial de la presencia y acción de Dios.
- Abusos de las supuestas aplicaciones de una eficacia mecánica de los sacramentos (los sacramentos no son mágicos).
- El no entender los símbolos.

El lenguaje de los signos.

El lenguaje de Dios, expresado en la Biblia, expresado en los sacramentos, etc., se manifiesta y entiende mejor por medio de los signos, o símbolos: viento, fuego, agua viva, defensor o abogado.

La actuación de Dios la entendemos mejor como don:

- don de sabiduría
- don de inteligencia
- don de consejo
- don de fortaleza
- don de ciencia
- don de piedad
- don de temor de Dios, etc.

Actuación que produce frutos:

- amor
- alegría
- paz

- comprensión
- servicialidad
- bondad
- lealtad
- amabilidad
- dominio de sí, etc.

Dios sigue actuando en nosotros. Dios sigue amándonos. En verdad que, la manida expresión “es la Hora de Dios”, es de acuciante actualidad. Efectivamente, es la Hora de Dios. Su Espíritu sigue actuando en nosotros, todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

APUNTE 3º

DIOS COMO PADRE

(Esquema)

1. —Quién es Dios

- Dios Uno en Tres Personas
- Padre de nuestro Señor Jesucristo
- Padre nuestro, cercano y amigo

2. —Nombres de Dios

- Siglo X a.C. (en Judá)= Yahvé (tradición Yavista)
- Siglo IX a.C. (en Israel)= Elohim (tradición Elohísta)
- En AT: Yahvé, se emplea 6.700 veces; Elohím, 2.000; y sólo 14 se le llama Padre en AT.

3. —Misterio de Dios: Uno y Trinidad

- Dios, Uno y Trino, es Creador
- Dios es Padre que envía a Cristo
- Dios es Espíritu que nos guía a la plena verdad

4. —Atributos de Dios

- Dios es Amor
- Dios es Padre
- Misericordia
- Reconciliación
- Dios de la Vida

5. —Imágenes de Dios en la Biblia:

- Único
- Liberador
- Guerrero
- Ternura
- Esposo,
- Protector
- Juez justo
- Padre de huérfanos y viudas
- Perdonador
- Amor
- Padre…

(Ampliando)

1. —Paternidad de Dios

La paternidad de Dios es un tema amplio, profundo y difícil en sí mismo; y al mismo tiempo asequible, por analogía a nuestro concepto humano de paternidad. Pero es un tema clave, para el creyente en general y para el cristiano en particular. A Dios lo invocamos como Padre, y así lo entendemos desde la Revelación de Cristo, dando gozosa razón de ser a nuestra existencia, tanto como personas que como Iglesia.

1.1. —Dios, Padre de toda la Creación:

Nuestra actitud de creyentes no es opuesta a la ciencia —Fe y Ciencia tienen su propia autonomía—, pero la ciencia no da respuesta a los últimos ni a los primeros porqués de la existencia. Tampoco la fe; pero ésta resulta ser el recurso más razonable que tiene el ser humano para "entender" lo que escapa a nuestra limitada posibilidad de hacerlo.

La fe, pues, nos lleva a creer en Dios como Creador de todas las cosas. Tanto en el orden natural como sobrenatural.

1.2. —Dios, Padre de Israel

El Israel bíblico es el paradigma de todos los pueblos de la tierra. Su experiencia de la intervención de Dios es reflejo e impronta de nuestra propia experiencia religiosa como nuevo Pueblo de Dios, o Iglesia.

1.3. —Dios, Padre de Jesucristo

Cristo es el Hijo eterno de Dios (aunque cualquier analogía rompe nuestros esquemas mentales al respecto).

- Hijo natural, por generación eterna (Sal 2,8; Hebr 1,5; Mt 3,17; Lc 9, 35).
- Nosotros, por adopción (Rom 8,15; 8,23).

1.4 —Dios, Padre de los cristianos

Por adopción, sí; pero con más fuerza que una simple adopción jurídica. Aquí entra en juego un elemento nuevo y fundamental: la Gracia.

- Dios nos adopta como hijos (Gal 4,5; Rm 8,14—17; Ef 1,5).
- Nos hace ser uno en Cristo y en El nos ama (Rm 8,17—29; Col 1,18)
- El Espíritu es el que da testimonio de esto (Gal 4.6; Rm 8,14.29).

2. —Cualidades de Dios Padre

Los profetas nos fueron dando, como si de un mosaico se tratara, o una fotografía entregada a trocitos, aspectos diversos y convergentes

de Dios. Pero es Cristo quien nos da el verdadero rostro de Dios cuando nos dice que:

- Dios es Padre.

-El nos amó primero (1Jn 4,19)

-Siendo pecadores nos amó (Rm 5,8)

- Dios es Amor.

-Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Unigénito Hijo (Jn 3,16)

-El que me ve a mí ve al Padre (Jn 14,9)

3. —Dios nuestro Padre

De ahí nuestra relación cálida y amorosa con El. Y al que podemos rezar con verdad:

- "Padre nuestro".
- "De El procede todo grupo familiar, tanto en el cielo como en la tierra" (Ef 3,14).

APUNTE 4º

DIOS, INMENSIDAD DE AMOR

De la idea o imagen que se tenga de Dios dependerá el acontecer, comportamiento o desenvolvimiento de la vida en cada quien. Si se piensa en un Dios que está en la estratosfera, por lejano, no interesará. Si se piensa en un Dios omnipotente, por lo mismo, la relación con Él será fría, distante o, simplemente, aseada o educada. Si por el contrario, se piensa en un Dios que es Amor, la relación será cercana, confiada, filial, cálida, en una palabra, de Amor.

Dios es Amor. Sin intentar dar una definición, porque Dios no cabe en una definición, San Juan no encontró expresión mejor para la comprensión de Dios que decir: Dios es Amor.

De Dios también decimos que es Trinidad. Pero entramos en el Misterio, sobre todo, si queremos meter a Dios en la cabeza. Dios no cabe en la cabeza de los humanos. Dios cabe sólo en el corazón.

Querer acercarse a Dios con la cabeza es perder el tiempo. A Dios se le entiende con y desde el corazón. Dios es Amor. Sobran los esquemas intelectuales. Las razones del corazón son siempre más certeras.

Cuando nos acercamos a Dios con el corazón estamos dando pasos agigantados hacia el Dios gozosamente adorado y vivido. Dios es Amor.

La diferencia entre la cabeza y el corazón, metafóricamente empleados estos términos, es que la cabeza, léase la razón, sabe de leyes. El corazón sabe de Amor.

Los humanos nos empeñamos en implantar leyes y más leyes. Llenamos la vida de leyes. Nos falta corazón.

Las leyes, en el fondo, delatan un complejo de inferioridad, que se sublima en el poder. El poder se sostiene en la ley. Son las leyes las que avalan el poder. De ahí que surjan tantas leyes, todos los días, y desde todas latitudes. La Iglesia abunda en leyes. La política abunda en leyes. Pero la única ley válida, universalmente válida, es la ley del Amor. Dios es Amor.

¿Por qué hay tantas y tan diferentes religiones? Porque se sustentan en las leyes, en la fuerza de las leyes. Las divergencias señalan la falta de unidad. El Amor está en la unidad. Dios es Amor.

Las leyes no sólo norman, también atemorizan y esclavizan. Y una religión de leyes lo único que consigue es crear una fábrica de ídolos, falsos dioses. Pero Dios es Amor.

Cuando el acercamiento a Dios se produce por la fuerza del miedo, se cae en la magia. La fe es lo contrario de la magia.

Desde la fe cristiana llega el acercamiento al Dios verdadero que, más allá de que sea una Trinidad de Personas, misterio inabarcable para la mente humana, Dios ante todo y sobre todo es Amor.

Adorar a Dios “en espíritu y verdad” como señaló Cristo, es adorarlo desde el Amor, en Amor y por Amor. Dios es Amor.

APUNTE 5º

DIOS ES ESPÍRITU SANTO

—En la Biblia, y particularmente en el NT, el Espíritu Santo aparece como:

- Presencia y acción de Dios,
- Actuando sobre todo en la persona y en la vida de Jesús.

—Cristo y la Iglesia nos enseñan:

- Que todos los cristianos recibimos el Espíritu Santo
- Primordialmente en el sacramento del bautismo y de la Confirmación.
- Que toda la vida cristiana, en consecuencia, está movida por el Espíritu Santo.

—Nos preguntamos: ¿Quién es el Espíritu Santo?

En la Biblia no hay una definición, propiamente dicha, del Espíritu Santo. Aparece más bien en forma de imágenes y símbolos. Por ejemplo:

- Viento (Gn 1,1)
- Fuego (Hch 2)
- Agua viva (Jn 3,5; 7,38; 1Jn 5,8)
- Abogado y Consolador (Jn 14, 16-26)
- Impulsor de la vocación de los profetas (Is 61,1; Ez 11,5; 1Sam 16,13), etc.
- Siete dones (Is 11,2)
- Frutos del Espíritu (Gal 5,22-23)

- Carismas (1Cor 12-13)
- Nuestra adopción filial (Rom 8,14-16)

—El Espíritu Santo actúa:

- Siendo la presencia viva y activa de la acción perenne de Cristo glorificado en la Iglesia y en el mundo
- En la misión de la Iglesia, testimoniando que es una obra divina, que es Dios quien la conduce, a pesar de las apariencias humanas.
- En la vida de los cristianos para que bajo su acción demos testimonio de Cristo resucitado. ("Nadie puede decir: Jesucristo es Señor, si no es bajo la acción del Espíritu Santo" (1 Co 12, 3).
- Esta presencia activa comienza en el bautismo.

—Afirmamos nuestra fe en Dios:

- Como Ser omnipotente
- Que todo lo crea, cuida y guía.

—Entre otras cosas, esto significa:

- Que tiene en sus manos el mundo y la historia;
- Que es un Padre lleno de bondad que se preocupa del hombre;
- Que llama a la existencia lo que no existe;
- Que el mundo no es fruto de azar;
- Que su Espíritu alienta soplo de vida sobre todas las cosas:
- Que toda la Creación glorifica al Señor.

—La Sagrada Escritura presenta la creación:

- Como la obra maravillosa de Dios
- Donde, desde el comienzo mismo, su Espíritu (el ruaj, el aliento de Dios) aletea sobre las aguas primordiales (Gn 1,1)
- Donde la creación misma se convierte en Historia de salvación.

- El Espíritu de Dios lo cuida todo, lo sostiene todo, y a todo da vida.
- Sin su continua presencia, el mundo, las cosas todas, volverían a la nada.

—En consecuencia:

- El Hombre, varón o mujer, está animado y vivificado por el Espíritu de Dios.
- El hombre, dotado de un alma espiritual e inmortal, es imagen viva de Dios.
- Es quien mejor, sobre el resto de la creación, siente sobre sí la fuerza y unción del Espíritu de Dios.
- Por lo mismo, toda la vida del hombre es una constante pregunta y una búsqueda continua de Dios.

—Conclusión:

- A Dios no se le estudia: a Dios se le ama y se le vive.
- Pues el Espíritu Santo es quien viene a nosotros, los bautizados, para realizar lo que Jesús anunció a los apóstoles: "Si me amáis de verdad, obedeceréis mis mandamientos, y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Abogado que os ayude y esté siempre con vosotros: el Espíritu de la verdad" (Jn 14,15).
- Y también: "Os conviene que yo me vaya. Porque, si yo no me voy, el Abogado no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Cuando él venga demostrará a los que son del mundo dónde hay pecado, dónde un camino hacia la salvación y dónde una condena… Cuando venga el Espíritu de la verdad, os guiará para que podáis entender la verdad completa" (Jn 16, 7-14).
- Es el Espíritu quien da testimonio de Cristo, ante todo, en el corazón de los discípulos, preparándolos y fortaleciéndolos mediante la

verdad para poder hacer frente a la acción del mal y llevar adelante el plan de Dios, trazado sobre el mundo.

APUNTE 6º

¿CRISIS DE DIOS?

Hoy se emplea mucho una frase manida, por tantas veces usada: Hay crisis de Dios. Tantas veces la hemos dicho u oído que nos parece que sí, que es así, que hay crisis de Dios.

Permítaseme disentir. La crisis es más bien crisis de hombre, crisis de humanidad, de valores; tanto a nivel personal como de colectividad. Y aún afirmar esto, resulta una exageración.

Pero puesta la balanza, el platillo se inclina, negativamente, de este lado, del lado del hombre. La crisis es del hombre.

¿Crisis porque los tiempos son difíciles? ¿Y cuándo no lo han sido? Pensar que los tiempos pasados fueron mejores, resulta ser de un optimismo vacío; una exageración, y una inexactitud.

San Pablo escribía a los romanos que ya era "hora de espabilarse" (Rom 13,11). Y lo más curioso, que "no se acomodaran al tiempo presente" Rom 12,2). El tiempo presente, de entonces, era tiempo de paganismo. Y el tiempo presente, de hoy, también es tiempo de paganismo.

Lo cual que, traducido al lenguaje nuestro, significa: que no hay que lamentarse de si hay o deja de haber crisis. Si corren o no, malos tiempos. Las lamentaciones no solucionan los problemas. Sino que hay que ponerse en acción.

Ponerse en acción, a su vez, significa: ponerse a evangelizar. Podemos pasarnos la vida dando gritos contra las tinieblas, que éstas no desaparecerán. Pero basta encender una cerilla y las tinieblas huyen. El enemigo de las tinieblas no es la voz, sino la luz.

Hoy, el desafío de los cristianos, y de la Iglesia con mayor motivo, es evangelizar. Es decir: anunciar a Jesucristo resucitado. Fue su mandato: "Id y proclamad la Buena Nueva" (Mt 28).

Cristo es la luz, Él se va abriendo paso entre las tinieblas. Pero los cristianos estamos obligados no a dar gritos contra las tinieblas sino a encender la luz. "Vosotros sois la luz", dice Cristo. Y la función de la luz es iluminar.

Desde Cristo, luz del mundo, se construye la paz que el mundo, es decir, todos necesitamos.

Es urgente pasar de un mundo centrado en la economía a un mundo centrado en los valores de la persona. Y entre esos valores están la libertad individual, la participación en todo lo relacionado con el mundo laboral, la participación real en el gobierno de los pueblos, el mundo precioso de la cultura, tan distinta, y por plural, tan rica. El progreso de los pueblos, sin excepción. Debe pasar a la historia la división norte-sur, ricos-pobres. Y el afán de relativizar las cosas, a favor de unos y en contra de otros, que crea la dictadura del poder.

La gran riqueza de la sociedad es su pluralidad, expresada de múltiples maneras en el respeto a la libertad, que es cualidad inherente

al ser humano, respetando la parcela intocable e intransferible de la conciencia personal.

La unidad debe darse, precisamente, en lo que es fundamental y universal. Y, mira por dónde, Dios también es unidad y pluralidad. Un solo Dios en Tres Personas distintas. Lo fundamental, el Amor.

¿Hay crisis de Dios? ¿O hay crisis del hombre? La crisis es del hombre que ha hipotecado su libertad y su responsabilidad. Que ha cambiado la perla del evangelio por la bisutería del confort o de la inercia.

La solución radica en el encuentro con Dios, que es Vida, que es Amor.

APUNTE 7º

CRISTO, NUESTRO SALVADOR

1. Dios nos salva en Cristo

- El pecado es una realidad a nivel personal y social, que la Biblia refleja fehacientemente.
- En la Biblia, la Historia de la Salvación se explica a través de las diversas Alianzas de Dios con los hombres: (Jer 31,31).
- La definitiva Alianza es en Cristo Jesús: (Lc 22,20).

2. La Salvación en Cristo se hace presente en la Iglesia

- Cristo actúa por medio del Espíritu Santo, que sigue operando la Salvación: (LG 2-4).
- El hombre necesita aceptar la Salvación.
- La Salvación será definitiva en el Retorno del Señor: (1 Cor 15,28).

3. Respuesta del ser humano a la Salvación

- El hombre necesita abrirse a la Salvación, considerando esta necesidad como su tarea más importante: (Fil 2,12).
- La respuesta del hombre ha de ser de fe y arrepentimiento: (Jn 3,18-19); de amor y de vida: (Rom 12, 1-2).
- Hay que buscar la Salvación en las fuentes auténticas, como son: la Palabra, los Sacramentos, la Oración.

4. Ámbitos de respuesta

- La aceptación a la invitación de Cristo hay que realizarla en la vida toda, en general, a nivel personal.

APUNTE 8º

CRISTO, NUESTRO MODELO

Cristo, aparte de ser Dios hecho Hombre, representa y es para todos el modelo, la meta y la plenitud de la persona humana. En la carta a los hebreos se le llama el pontífice. Es decir, el puente. Efectivamente, es el puente de unión entre Dios y el Hombre.

Es Cristo quien pone al hombre en sintonía consigo mismo y con Dios.

El cristiano, incorporado a Cristo por el bautismo y consciente de ser un seguidor de Cristo, representa y lleva en sí mismo la síntesis más hermosa de lo humano con lo divino.

En realidad, el cristiano es en verdad ciudadano simultáneo de dos reinos; que, a la hora de la hora, no son dos, sino uno solo con dos vertientes.

De un lado, el cristiano pertenece a la "ciudad terrena", empleando el símil agustiniano. Y pertenece, al mismo tiempo, a la "ciudad celestial", en términos del Apocalipsis.

El cristiano es el hombre de la temporalidad y de las realidades eternas. Su tarea es construir la ciudad eterna, empezando por construir primero la ciudad terrena; llevando a cabo el mandato de Dios, señalado ya en el primer capítulo del Génesis, de gobernar la creación.

Para llevar a cabo esta empresa magnífica y colosal, la persona humana necesita estar en armonía consigo mismo. Para lo cual, es preciso conjugar la vida espiritual y la acción.

Tal conjunción se realiza desde la fuerza y gracia del Espíritu Santo con la que Cristo mismo actuaba.

Sin la experiencia de Dios el hombre no va a poder tener la experiencia del hombre mismo. Es decir, sintonizar con Dios y sintonizar con los demás.

El cristiano, sentido del mundo.

El cristiano, por vocación como seguidor de Cristo, está llamado a trabajar para hacer posible un humanismo pleno.

El salmo 8 dice del hombre: "Apenas inferior a un dios le hiciste" (Sal 8,4). Su meta es la divinización. No en el sentido de que el hombre se vaya a convertir en Dios, sino en el sentido de la gloria que el mismo Dios le tiene reservada, al haberlo convertido en imagen y semejanza suyas.

Individual y socialmente el hombre tiene que impulsar un humanismo tal que todo adquiera una transcendencia que revalorice no sólo al mismo hombre sino a toda la creación.

La creación está sometida al hombre. Esto es un gran honor para la persona humana, pero también su responsabilidad, y su peligro. No

llevar a cabo esta misión sería lo mismo que frustrar el plan de Dios sobre la creación.

De ahí que siempre habrá que mirar a Cristo como el modelo perfecto de hombre. Hombre-puente que ha unido a Dios con toda la creación.

Cristo es la síntesis de la Creación. De ahí que el cristiano no puede salirse del modelo que es Cristo si de verdad quiere cumplir con su cometido de ser y dar sentido al mundo.

En Cristo reside la plenitud del Espíritu. En Cristo se une lo divino con lo humano bajo la soberanía y fuerza del amor de Dios.

El cristiano, unido a Cristo, es un comunicador y dador de vida. La misma que Dios le ha dado a él, para que, a su vez, la comunique a los demás.

La santidad en el amor.

El cristiano sabe que sin santidad de vida no se es cristiano. La santidad no consiste en andarse vegetando y flotando por encima de alguna nube.

El ser humano, todo ser humano, es semejante a Dios. Así lo ha hecho Dios. Esa es la dignidad gratuita que Dios le ha conferido. Por consiguiente, está llamado a la santidad.

Pues bien, no hay verdadera santidad si el hombre no lucha por salir del subdesarrollado, o sacar a los demás del mismo.

Un mundo subdesarrollado es una ofensa al Creador.

El hombre es el responsable de llevar las riendas de la creación para conducirla a buen término. Para eso Dios le ha dado la inteligencia, la libertad y la voluntad.

Cuanto más plenamente humano sea el hombre más cerca estará de Dios. El cristiano está llamado a mantener viva la esperanza, y trabajar por un mundo más humano, donde todos puedan vivir, al menos, mínimamente bien.

El cristiano es un testigo de la Verdad. Dios es la Verdad. Está llamado a tener encendida la luz de la fe, a pesar de vivir en un mundo atormentado por los conflictos y la violencia.

Precisamente por eso, porque hay tanto desorden, se necesita un esfuerzo mayor. A la agresividad se responde con la paz. Al odio con el amor.

Lo racional termina triunfando sobre lo irracional.

Dios ha puesto en el hombre la capacidad de amar. Es hora de poner en marcha el motor del amor. Sólo el amor es capaz de transformar al individuo y a la sociedad.

APUNTE 9º

EL AMOR, MANDAMIENTO DEL SEÑOR

1. Dios es Amor, y el que vive en el amor permanece en Dios y Dios en él (Jn 4,16).

- Amor a Dios y al prójimo se identifican: (Mc 12, 28-33; 1 Jn 15,12).
- El amor al prójimo es signo del amor a Dios: (1 Jn 2, 3-11; Sant 2, 1-3).
- Dios es Misericordioso y debemos imitarle: (Lc 6,36; Mt 5, 44-45; 1 Jn 4, 7-16; Jn 17, 21-23).

2. Amar con el amor de Cristo (Jn 13,34).

- El amor es el testamento del Señor: "Quien ama a Dios ame también a su hermano": (1 Jn 4,21).
- Razón del amor: Cristo nos amó y se entregó por nosotros: (Ef 5,1).

3. El amor cristiano impulsado por el Espíritu Santo

- El amor ha sido derramado en nuestros corazones: (Rom 5,5).
- El amor es signo de unidad: (Ef 4,4).
- La diversidad de dones en la Iglesia son riqueza y fuerza de unidad en el Espíritu: (Ef 4, 7-16; 1 Cor 12,4).

4. El amor y la unidad, forma de vida de la Iglesia

- El amor es la fuente de vida de la Iglesia: (1 Cor 12-14).
- La fe actúa por el amor: (Gál 5,6; 5,22).
- Los sacramentos, sobre todo la Eucaristía son “signo de unidad y vínculo de caridad” (San Agustín), (SC 47; 1 Cor 11, 17-34).
- El amor es testimonio de la Iglesia: (Jn 17,21).

APUNTE 10º

SEGUIR A CRISTO

Para seguir a Cristo, lo primero que se necesita es decisión. Nadie que vaya a la fuerza será buen seguidor. Simplemente, no será seguidor.

Cristo invita: "Quien quiera seguirme...". No obliga. Y no obliga porque respeta totalmente la libertad de cada persona. Es amor es libre. Y el seguimiento de Cristo se realiza desde el amor.

Pero quien esté dispuesto a seguir a Cristo tendrá que hacerlo bajo la fuerza del Espíritu. Cristo promete enviar al Espíritu Santo el día de Pentecostés. El Espíritu es quien sostiene la fe del creyente, seguidor de Cristo. Es importante sentir su presencia y dejarse guiar por él.

A la luz del Evangelio.

El cristiano es alguien que sostenido y animado por el Espíritu, tiene la experiencia de Dios. Y la experiencia de Dios consiste en dejarse amar de Dios. De ese amor nace lo que se llama la espiritualidad cristiana. Esta está iluminada por el Evangelio.

Para un cristiano no hay más espiritualidad que la del Evangelio. Todo lo demás son añadiduras, complementos, y a veces suplementos. En cristiano los suplementos son malos. El Evangelio no se puede sustituir por nada ni por nadie.

No hay línea de espiritualidad más clara y diáfana que el Evangelio. Desde él se comprende la cercanía de Dios. El Evangelio es el centro radial de toda vida cristiana, sostenida, vale insistir, por el Espíritu.

Seguir a Cristo como Redentor.

Resulta sorprendente y maravilloso constatar cómo Cristo, cuando realiza, por ejemplo una curación, que no necesariamente es un milagro, siempre dice: “Tu fe te ha salvado”.

Es decir, está pidiendo la actitud cooperativa del enfermo. Una voluntad de cambio. La fuerza para cambiar está dentro de uno mismo. Cristo lo único que hace es impulsar esa voluntad, ayudando a la indigencia de cada ser humano, con su amor infinitamente misericordioso.

Cuando a Cristo se le ve como redentor, necesariamente se le está viendo como amigo, como compañero de viaje en el diario caminar de la vida, done los problemas no van a faltar.

Encontrarse con Cristo es un auténtico regalo. El cristiano ni puede ni debe caminar en solitario. De ahí que Cristo ideó la Iglesia como una Comunidad de fe, de esperanza y de amor.

La Comunidad engloba a todos, sin diferencia ni distinción de edad, sexo, cultura, y hasta religión.

Cuando se es capaz de captar a Cristo como alguien que para haciendo el bien, que nos acompaña a lo largo y ancho de la vida,

entonces se es capaz de tirar el manto, como el ciego de Jericó, y salir corriendo al encuentro y seguimiento de Cristo.

Llevando la cruz.

Seguir a Cristo no significa llevar un ramo de rosas junto a él, ni flotar en una nube de mística etérea. Seguir a Cristo es todo lo contrario de un romanticismo místico.

El mundo no es ni será de los místicos. Cristo no fue un místico. Será de los que son capaces de estar en comunicación con Dios por medio de la oración.

Cristo fue hombre de oración. Y pide a sus seguidores una actitud de oración constante. (Es una lástima que en español oración y rezo sean sinónimos, porque los sinónimos, lejos de enriquecer la realidad la confunden y empobrecen. Así, rezar, puede hacerlo una simple grabadora, basta meterle una cinta pregrabada y darle a un botón; pero sólo las personas son capaces de hacer oración). Cristo no dice que hay que rezar, sino que hay que orar.

Y la oración abre a la comunicación con Dios, a la confianza en Dios. Es lo mismo que acontece con los niños, no se aprenden de memoria un discurso cuando van a hablar con su madre o con su padre. Lo hacen espontáneamente, con las palabras que en ese momento le vengan a la boca, y aunque sea tartamudeando el niño se hace entender.

Y Dios de sobra sabe que, como Moisés, tampoco nosotros sabemos hablar. Pero la oración no es recitar fórmulas estereotipadas, sino abrir el corazón a Dios.

Cristo nos marca la ruta que debemos seguir. Nos dice: “Yo soy el Camino...”.

Así, el vivir del cristiano es un vivir nuevo. Ser cristiano consiste en ser hombres o mujeres nuevos. Ir en la dirección de Cristo, junto a él. O él junto a nosotros, como lo hizo con los discípulos de Emaús.

El cristiano aprende así a organizar la propia vida en torno a Cristo y con Cristo; y al mismo tiempo, en torno a los demás y con los demás. En comunidad.

De esta manera la vida se dignifica y se va adquiriendo la santidad que Cristo exige también a sus seguidores: “Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto”.

Profetas y místicos.

Esta vida digna desemboca en lo que Cristo llama “El Reino de Dios”. Para seguirle hace falta tomar la cruz, como él lo indica. Cristo, que no fue un místico, sino alguien con los pies bien puestos sobre la tierra, pide a sus seguidores ser personas de oración.

No se puede tener la cabeza en Dios si los pies no están bien asentados sobre la tierra, es decir, sobre la realidad. Cristo fue profundamente realista, por eso sintonizó perfectamente con la gente. Y

la gente, que captó perfectamente su comportamiento lo seguían. Aunque no entendieran que además de ser Hombre era también Dios.

Tampoco los discípulos descubrieron en un principio su divinidad. A última hora, antes de irse a los cielos, aún le preguntan si "¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?". Era una pregunta política, de gente que, a pesar de estar conviviendo con él, aún no habían sido capaces de descubrirlo.

Lo descubrieron y comprendieron a partir de la Resurrección. Y al comprender, es cuando se lanzan a cumplir la tarea de "id por el mundo a proclamar el Evangelio".

Entonces es cuando, iluminados por el Espíritu de Cristo, comienzan a ser profetas, que no místicos. El místico flota, difícil postura para estar en la realidad. El profeta, por el contrario, está en la realidad.

Estando en la realidad es como se tiene, al igual que Cristo, la necesaria sensibilidad para entender a los que sufren, y estar a su lado.

Estando en la realidad, hay una actitud de búsqueda y práctica de la justicia que debe abarcar todas las cosas, por ser la base del amor.

El mundo lo construyen los profetas, bajo la guía y el poder del Espíritu de Cristo.

APUNTE 11º

JESÚS EN EL DESIERTO

Simbolismo del desierto.

El desierto es símbolo de lo inhóspito. También de la lucha, del esfuerzo, de la soledad, de la supervivencia. De tantas cosas. Y de la persona.

El evangelio dice de Jesús que se retiró al desierto. Fue un retiro voluntario. Una toma de su propia personalidad y de la responsabilidad que adquiría ante Dios, ante el mundo y ante sí mismo, al comenzar su vida pública, la predicación de la Buena Nueva.

Lo primero que hace es ponerse en actitud de oración, que es mirar hacia dentro de sí mismo y al mismo tiempo mirar a Dios, en el ejercicio más exhaustivo de la toma de conciencia de la responsabilidad que adquiere.

A continuación sufre las tentaciones. Símbolo del examen serio con que se mira a sí mismo, para ver pros y contras, y el sentido mismo de la vida.

En la pedagogía de la exposición catequética del pasaje Jesús entabla un diálogo teniendo por base las Escrituras. Los interlocutores: Cristo y Satanás.

Lo importante en este proceso: la revelación que encierra este episodio, relatado por los tres evangelios sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas.

En síntesis, el relato tiene tres partes:

1-Tentaciones de Jesús

2-Identidad de Jesús y su función mesiánica.

3-Vencimiento de las tentaciones.

Tentaciones de Jesús.

El desierto es el marco ideal de la prueba. En él reina la soledad y el silencio. Jesús se encuentra a solas consigo mismo. Tiene por delante todo el tiempo del mundo para examinarse a sí mismo. Mil caminos posibles se le abren. En pie está su libre albedrío. Suya, y sólo suya, será la libre y personal decisión que tome. Esa es la prueba. Ese el sentido de la tentación. Es, en definitiva, mirar a la vida que tiene por delante. Y la vida está llena de posibilidades. Sin olvidar que el ser humano es un misterio de grandeza sublime y de profunda miseria, como ya apuntó el Vaticano II.

Si Cristo se somete a la prueba, es evidente que lo hace por sí mismo, pero también por nosotros. Sabe perfectamente que es el modelo, que en él nos vemos reflejados.

Toda persona está sometida a este proceso de identidad personal, sea o no, seguidor de Cristo.

Naturalmente, aquí hablamos de los cristianos.

El cristiano vive constantemente en sí mismo la tensión y la dialéctica de la tentación. Porque tiene que moverse muchas veces en la ambigüedad, la misma que la vida le presenta. Como en el desierto, los caminos están difuminados. Al no estar claros es fácil perderse. Es la ambigüedad.

Quizá sea ésta, la ambigüedad, la mayor tentación que tiene planteada el cristiano. En parte, porque se mueve siempre en el camino de la fe. Y la fe nunca es evidente. Como Dios. Dios no es evidente. Las cosas más sublimes no son evidentes. El amor, no es evidente. Debo hacer un acto reflejo de fe para creer a la persona que me dice: te quiero. Simplemente, le creo, porque el amor, como Dios, como la vida, no los puedo someter a un análisis de laboratorio.

¿Qué tentaciones tiene hoy el cristiano?

En primer lugar, el mismo desierto, que puede convertirse en la evasión de uno mismo. Es más fácil dejarse llevar de las tentaciones que luchar contra ellas. O por el contrario, ir como Cristo al desierto y enfrentarse con la realidad de uno mismo, y salir triunfador.

El consumismo, es otra insidiosa tentación. Dejar que las cosas nos dominen. Ansiar el pan significa tener por tener cosas, y olvidar la primacía del reino de Dios.

Cristo dirá: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4,4).

La misma religión puede ser una tentación, cuando se la convierte en algo mercantil, mágico o supersticioso. O en fuente de dominio sobre los demás. O en una pretendida manipulación de Dios.

Jesús avisa: "No tentarás al Señor tu Dios" (Mt 4,7).

Otra enorme tentación son los ídolos, por los que muchas veces sustituimos a Dios, como pueden ser: la increencia, el agnosticismo, la política, y hasta la misma Biblia cuando de ella nos valemos, no para

una búsqueda de Dios, sino para apabullar a los demás, exhibiendo nuestra más descarada vanidad y orgullo farisaico, infatuados de nosotros mismos. A veces se maneja la Biblia por activa y por pasiva, con sospechosa erudición, pero entre tantos textos inconexos Dios brilla por su ausencia.

Están las tentaciones de la ciencia, de los falsos profetas, del hombre por el hombre, infatuado de sí mismo, donde no hay cabida para Dios. La referencia indicativa puede ser el grito: "Dios ha muerto, paso libre al superhombre" que pregona Zaratustra, de Federico Nietzsche.
Cristo dirá: "Al Señor tu Dios adorarás" (Mt 4,10).

Identidad de Jesús y vencimiento de las tentaciones

Jesús no sólo toma conciencia de sí mismo, sino que hace que Dios ocupe el primer plano en su vida y en la de los demás. Junto a las falsificaciones que de Dios nos pueden hacer las mismas religiones, Cristo presentará a Dios como el Padre cercano y amigo, al que hay que adorar "en espíritu y verdad".

Dios no es el Dios manipulable, que termina desapareciendo paulatinamente del horizonte de nuestra vida. Es el Dios que envía a su Hijo al mundo para salvar al mundo. Y Cristo tiene la conciencia clara de su mesianismo. Siempre la había tenido hacia sí mismo. Pero quiere que también nosotros la tengamos de él. Cristo es, en definitiva, el Hijo de Dios.

A diferencia de los ídolos, Dios no es un Dios tirano, sino el Dios de la revelación, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Es el Dios de la dignidad y grandeza del hombre, que habiéndonos creado a su imagen

y semejanza, quiere que no seamos esclavos de las cosas. Las tentaciones son manifestación de las distintas y múltiples esclavitudes.

Jesús concluye su toma de conciencia, y la experiencia de las tentaciones a las que se somete como hombre: “Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo darás culto” (Mt 4,10).

APUNTE 12º

COMPASIVO Y MISERICORDIOSO

Cristo no fue un místico.

Cualquier persona que se acerque a Cristo, sea creyente o no, pero más si lo es y conoce un poco el evangelio, enseguida se da cuenta de que Cristo tenía de todo menos de místico. Entendiendo por místico aquel que se encierra en sí mismo, se aísla del mundo para vivir una espiritualidad intimista, de aislamiento, y quizá hasta de egoísmo, donde Dios no es el centro.

Cristo no era un místico, un solitario, en el sentido apuntado. Y sí alguien en unión total y constante con Dios. Tampoco se andaba por las ramas, sino que estaba metido de lleno en la realidad del mundo y personas que le rodeaban. Comprometido con las personas. Haciendo el bien a todos. "Pasó por el mundo haciendo el bien". Él vino al mundo para salvarnos. A todos. No vino a salvar "almas", sino "personas" concretas. Y en su totalidad.

Si hay algo que resalte con más fuerza el evangelio es precisamente la misericordia del Señor para con todos. Buenos y malos. Pero su misericordia se acentúa más cuando se trata de personas necesitadas, al nivel que sea.

Sin duda, a Dios le duele el dolor y el sufrimiento de la gente. Y Cristo, que es Dios y Hombre verdadero, afirma: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos".

Cristo fue compasivo y misericordioso.

Los sentimientos de Cristo para con las personas, sobre todo las más necesitadas, es de compasión. No quiere que nadie sufra. Por eso trata de suprimir, o al menos, aliviar el sufrimiento, y el dolor.

San Pablo dirá que el dolor entró en el mundo por el pecado. Desde el enfoque y contexto que el apóstol le da, sin duda. Teológicamente el dolor entra en el mundo por el pecado. Se trata, por lo demás, del dolor moral.

A nivel humano, físico, por el contrario, y sin contradecir para nada la teología, sin duda que el dolor es anterior al pecado. El dolor es constitutivo de la naturaleza.

Si tomamos prestada la metáfora bíblica, catequética, de Adán y Eva, en el caso hipotético que un día estuvieran jugando los dos a columpiarse en las ramas de algún árbol del paraíso, y en un descuido llegaran a caerse, sin duda que en el golpetazo "verían las estrellas", como suele decirse.

Dolor moral y dolor físico.

Bien sabemos que una cosa es el dolor moral (teológico) y otra, el físico (naturaleza). Nadie mejor que Cristo para saberlo desde su experiencia personal. El abandono que siente en la cruz. Y la misma cruz.

Pero es más, Cristo trata de aliviar tanto uno como otro. Por eso perdona a los pecados (dolor moral), pero también cura a los leprosos, paralíticos, etc., (dolor físico).

De ahí que la compasión no es una virtud más en nuestra vida, sino una manera de parecernos a Dios. Cristo dice: “Sed compasivos como vuestro Padre Dios es compasivo”. La compasión es una actitud que ha de configurar tanto al creyente, en lo individual, como a la Iglesia en su globalidad.

Cualquier obra hecha sin el aval de la misericordia, de poco o nada sirve. Terminarán siendo obras buenas, altruistas, propias de una ONG, pero no de una Iglesia que, para serlo, necesita ser una prolongación de Cristo en el mundo.

Es hora de hacer revisión.

También la Iglesia necesita hacer una “revisión de vida” y preguntarse si muchas de sus obras llegan a alcanzar la línea de flotación de la compasión, en el sentido del evangelio.

Las obras buenas, por ejemplo una limosna, que cualquiera podemos realizar, son a veces, más la forma de aquietar la conciencia, que una obra de “compasión evangélica”.

Lo dicho, Cristo no era un místico para andarse por las ramas, sino el Dios encarnado que sabe que la sociedad en general, y las personas en particular, necesitan orientación moral; pero también atención concreta, personalizada. Porque las personas no son entes de razón, sino gente concreta con sus gozos y alegrías, con sus sufrimientos, soledad, marginación, incomprensión, dolor, etc.

Tanto la Iglesia, como los cristianos, estamos urgidos de ser signos de la misericordia de Dios.

El Evangelio se mueve siempre no en lo espectacular, sino en la línea de la cercanía.

Eso fue lo que predicó Cristo. Eso fue lo que hizo. De ahí su sentencia: “No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos” (Mt 9, 12).

APUNTE 13º

EL MILAGRO DE LA SOLIDARIDAD

Independientemente del aspecto divino, aunque nos fijemos tan sólo en su aspecto humano, no cabe duda de que Cristo fue un tipo genial. Nadie con más sentido de la ironía, y por consiguiente del humor, que él.

Cuando en cierta ocasión, y tal como acostumbraba, estaba predicando a la gente, nos dice el evangelio que de sólo hombres eran unos cinco mil, sin contar mujeres y niños.

Más allá de la realidad, incluso de cualquier exageración semítica, está claro que se trataba de una ingente multitud. Y Cristo, con marcado sentido de la ironía, le dice a Felipe: "¿Dónde podríamos comprar pan para dar de comer a tanta gente?"

El discípulo, que debía conocer bien al maestro, le responde en la misma línea de ironía: "Ni con el salario de medio año alcanzaría para dar un trozo de pan a cada uno".

Subiendo el tono de humor, tercia entonces en la conversación el bueno de Andrés: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panecillos de cebada y un par de peces".

En ese momento Jesús, volviendo a la formalidad de la situación, invita a sentarse a la gente. Va a comenzar el banquete. De la ironía

pasa a lo formal. Manda traer los cinco panecillos y el par de mojarras o pescados del algo. ¡Manos a la obra! ¡Comenzad a servir a todos!

El evangelio dice que todos comieron hasta quedar satisfechos. Terminado el banquete, Cristo vuelve a tomar el hilo más fino de la ironía: “Recoged lo que ha sobrado”.

Y recogieron doce canastas de sobras. Todo un símbolo. Doce canastas de donde antes no había prácticamente nada. Todo un símbolo para cualquier tiempo y más para el nuestro.

Este milagro nos deja en evidencia. Porque más que a Cristo, hay que atribuirlo a quien, desprendiéndose de lo poco que tenía, lo pone al servicio de la comunidad. Un sencillo gesto de solidaridad. Bastó que uno solo pusiera al servicio de los demás lo poco que tenía, para que todos los imitaran. Y todos comieron. ¿Dónde está el milagro? Para mí, en la solidaridad de todos. Ejemplo a seguir hoy. Comida hay para todos. ¿Por qué, pues, tanto pobre? Por el reparto injusto de los bienes y la voracidad de los aprovechados. Gesto de enorme repercusión y transcendencia. Viene a decirnos que no esperemos milagros, que no se vive de milagros, sino de realidades fehacientes, que consisten en tener, al menos, un mínimo sentido de la solidaridad y dignidad.

Si escuchamos a ciertos políticos y economistas de la actualidad, nos dirán que no hay comida para los, aproximadamente, seis mil doscientos millones de habitantes que poblamos el planeta tierra. Pero si escuchamos a los sociólogos, las cosas cambian y nos dicen que aunque fuéramos veinte mil millones, habría comida para todos.

¿En qué quedamos? Pues está muy claro. Un gesto de solidaridad dio de comer a todos. Cuando en nuestro mundo actual haya gestos semejantes, y menos egoísmos y acaparamientos de unos cuantos pocos, por cierto muy voraces, dejará de haber gente que se muere de hambre en pleno siglo veintiuno.

La riqueza, los bienes, son para compartirlos. Testigo de cargo el evangelio. Dicho sea de paso, sería bueno que los políticos lo leyeran.

El verdadero milagro se produce cuando se comparte de corazón lo que se tiene con los demás.

APUNTE 14º

CRECER EN CRISTO COMO IGLESIA

1.- La vida está llamada a crecer.

Toda vida, por principio, está llamada a desarrollarse, a crecer. En términos cristianos, cuando se habla del Sacramento de la Confirmación, suele decirse que es la edad adulta en Cristo.

Conviene matizar un poco este término. Estar maduro en Cristo es muy difícil, por no decir imposible. Otra cosa es tratar de ir creciendo. Es diferente.

Hay que esforzarse, siempre, por crecer en la fe. Porque, a diferencia de lo que sucede en la naturaleza, donde el crecimiento acontece sin sentirlo y sólo se ven las consecuencias, en la vida de fe, por el contrario, las aunados la gracia de Dios, que da el crecimiento, y la propia responsabilidad personal.

En el Bautismo se trata de nacer para Dios. En el Sacramento de la Confirmación se trata de que esa vida en Cristo llegue a la plenitud más alta posible.

Hecha esta matización, de la Confirmación en verdad se dice que es:

- el Sacramento de la plenitud en Cristo
- el Sacramento de la madurez en la Iglesia.

2.- Sacramento de la plenitud en Cristo.

La responsabilidad que no se le puede exigir a un niño, hay que exigirla, por el contrario, al adulto.

En el Bautismo, nacimiento, poco se le puede pedir al neófito, salvo que se trate ya de un adulto, al que se le supone la preparación suficiente en un catecumenado adecuado.

En cambio, en la Confirmación, sí. Pues hay que dar por sentado que quien recibe el sacramento no lo hace a la ligera, o por la fuerza de la costumbre, o por motivos ambientales o sociales. En juego está la fe. Y la responsabilidad del candidato al sacramento, en primer lugar; pero también, de obispos, sacerdotes y catequistas.

Cristo, en su lenguaje habitual de explicar su mensaje por medio de parábolas, habla de la fe como de un crecimiento. Lo aplica al Reino. Y pone el ejemplo del grano de mostaza. Semilla pequeña, pero que crece, se desarrolla, y hasta los pajarillos vienen a hacer los nidos en sus ramas (Mc 4, 31-32).

Esto es lo que sucede en la vida sobrenatural. Dios sembró su vida divina en nuestra alma por el Bautismo.

Ahora, por el Sacramento de la Confirmación, esa vida que necesita crecer, se va desarrollando. Y produce sin duda en nosotros una transformación. Lo mismo que el niño, que cuando quiere darse cuenta ya ha dejado de serlo y se hace adulto, así en la vida cristiana. De pronto nos damos cuenta que somos nosotros mismos quienes hemos de actuar, de tomar las riendas de nuestra responsabilidad.

Pero no estamos solos en ese crecimiento. El Espíritu de Dios es quien actúa, para ir configurándonos en Cristo.

3.- Sacramento de la madurez en la Iglesia.

La Iglesia, en la expresión paulina, es como un cuerpo, cuya cabeza, la parte más importante, es Cristo y cuyos miembros somos nosotros, los bautizados. San Pablo lo explicita en 1ª Corintios capítulo 12. (Vale la pena incidir en la lectura de San Pablo, sencillamente, porque es sensacional, por su densidad y claridad, y por su amor y conocimiento de Cristo y de la Iglesia).

En la Carta a los Efesios, su autor dice: "Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo" (Ef 4, 14-15).

Al ser, por el Sacramento, adultos en la fe, no podemos estacionarnos en una vida de fe correspondiente a la infancia.

Cuando, tras invocar al Espíritu Santo, el obispo impone sus manos sobre el confirmando, le unge en la frente con el óleo consagrado. Este óleo o aceite, lleva además bálsamo, símbolo del "buen olor de Cristo". Y el aceite es el símbolo de la fortaleza para proclamar la fe de Cristo, y para llevar la luz de Cristo.

Los avances que el progreso realiza hace que muchas cosas vayan cayendo en desuso y ya casi no se entiendan. Cuando aún no

había luz eléctrica, la gente se alumbraba con candiles; éstos contenían, simplemente, aceite y una mecha. El aceite alimentaba la mecha y había luz. Por eso el aceite es también símbolo de la luz.

Otro signo que usa el obispo consiste en dar una palmadita a la persona que se confirma. Significa paz, significa cariño, pero también la valentía que debe tenerse para proclamar a Cristo.

La Confirmación es, finalmente, el Sacramento del testimonio y de la evangelización. Dar testimonio de la verdad de Dios. Y al mismo tiempo, llevar el evangelio a todos los ambientes donde la vida del cristiano se desenvuelve normalmente.

Quien recibe el Sacramento de la Confirmación debe esforzarse por ser un testimonio vivo de la cristiana.

El sentido del testimonio nos remonta al día de Pentecostés, cuando los apóstoles recibieron el Espíritu Santo.

La Confirmación es, puede decirse, el Pentecostés personal. En el primer Pentecostés "quedaron llenos del Espíritu Santo" (Act 2,4). A partir de ese momento comenzaron los apóstoles a evangelizar, a dar testimonio de su fe.

Ese es el sentido de la Confirmación. Sacramento por el que recibimos los dones del Espíritu Santo y nos configuramos con Cristo:

- Sacerdote
- Profeta
- Rey

Sacerdote: para la santificación propia y de los demás.

Profeta: para difundir la Verdad del Evangelio.

Rey: para servir, poniendo en práctica el mandato del amor que Cristo nos dio.

APUNTE 15º

EL BAUTISMO SACRAMENTO DE LA FE

1.- Rito universal de iniciación.

Las religiones tienen ritos iniciáticos que marcan la entrada y pertenencia de sus nuevos adeptos. Uno de estos ritos más universalmente empleado ha sido el Bautismo.

Es anterior al cristianismo. Pero el Bautismo para los cristianos es, más allá de un rito, un Sacramento. La vida cristiana se inicia por la Fe. Y el Bautismo es, ante todo, el Sacramento de la Fe.

Al neófito se le pregunta: "¿Qué pides a la Iglesia?".
Y la respuesta es: "La Fe".
Sigue el diálogo:
"¿Qué te da la Fe?".
La respuesta: "La vida eterna".

Es decir, somos engendrados a la vida cristiana por la Fe. Y nacemos a la vida cristiana por el Bautismo. Y así, el Bautismo es el primero y decisivo encuentro del nuevo cristiano con Cristo en la Iglesia. Y su compromiso con Cristo para siempre.

2.- El Bautismo cristiano: Vida en Cristo.

Ser cristiano, en consecuencia, va a consistir en vivir el Bautismo, es decir, la Vida de Fe y de Gracia, responsable y consecuentemente toda la vida.

El Bautismo cristiano consiste en la participación activa, permanente y viva, en el misterio de Cristo, muerto y resucitado.

Lo mismo que Cristo murió verdadera y físicamente en la cruz, así el cristiano muere, metafóricamente, en el Bautismo; muere efectivamente al pecado.

Pero, además, y es el aspecto más importante, Cristo resucitó. Así, el que se bautiza en Cristo resucita con Él a la vida nueva de la Gracia.

En las grandes cosmogonías religiosas, el agua ha tenido siempre importancia primordial a nivel religioso. Por ejemplo, el Diluvio universal.

La Biblia se hace eco también de este simbolismo universal. El agua es símbolo de muerte y de vida, de purificación y Fertilidad. El agua lo puede anegar todo, (el diluvio), dando paso a un renacer, a una vida nueva.

Así, el agua bautismal significa anegar la vida vieja del pecado, y renacer a la vida nueva en Cristo.

El agua purifica. El agua bautismal limpia la mancha del pecado, dando paso a la vida de la Gracia.

El agua Fertiliza. El agua bautismal significa la Vida nueva, activa, responsable, en Cristo y en la Iglesia.

3.- Actuación del Espíritu Santo.

Los símbolos expresan, y a veces producen lo que expresan.
El agua simboliza la limpieza, pero es que, efectivamente, purifica.

El agua simboliza la vida, y en efecto, da vida. Sin agua terminaríamos muriendo por deshidratación.

Pero más allá de los símbolos, imagen y realidad, hay otro elemento. El más importante: El Espíritu de Dios. Es el Espíritu Santo quien vivifica. De nada serviría la materialidad del agua, sin Él. El Espíritu es el "Señor y dador de vida".

El nuevo nacimiento producido en el Bautismo, se realiza, dirá san Juan, por la doble causalidad "del agua y del Espíritu" (Jn 3,5).

En la carta a los romanos san Pablo, refiriéndose a Cristo, dice: "Nacido del linaje de David según la carne, constituido hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro" (Rom 1,3-4).

En la misma carta, dice: "Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom 8, 11).

4.- Puerta de entrada y pertenencia a la Iglesia.

Si el Bautismo fuese nada más que un rito, no tendría más valor que el significado que pudiera tener en sí mismo. Pero el Bautismo es un Sacramento que nos incorpora a Cristo. Por este Sacramento recibimos la salvación de Cristo.

Ahora bien, esta salvación la vivimos en la Iglesia, que es Comunidad de salvación en Cristo.

La metáfora bíblica del Diluvio universal, tan rica de simbolismo, habla también del Arca de Noé, a partir de la cual va como a recomenzar el mundo. Como si se tratara de una nueva creación, de una nueva humanidad, partiendo de la familia de Noé.

Así, puede también decirse: Purificados por el agua bautismal, la Iglesia es la Nueva Arca de salvación, a partir de la cual estamos llamados a ser nuevas criaturas en Cristo, según la expresión de san Pablo.

El Arca de Noé fue la puerta para una nueva humanidad. Igualmente, el Bautismo es puerta de entrada y de pertenencia a la gran Familia de los Hijos de Dios.

Todo esto lo realiza en nosotros el Espíritu Santo, el cual, por otra parte, no nos exime de nuestra propia responsabilidad.

5.- El Bautismo hay que aceptarlo libre y conscientemente.

Se podrá objetar que los niños que son bautizados no podrán aceptar, por razones obvias, el Bautismo libre y conscientemente.

Es verdadera la objeción. Como también es verdad que la Iglesia, representada en los padres y padrinos, es quien se responsabiliza de la Fe de esa criatura. Lo mismo que son los padres quienes se responsabilizan de alimentar al niño mientras éste no pueda valerse por sí mismo.

Pero igual que llega el momento en que el individuo tiene que actuar por sí mismo, con independencia de sus padres, para caer en él y sólo en él cualquier responsabilidad, lo mismo ocurre en el orden de la Fe.

Llega un momento en que uno debe asumir personal, consciente, libre, responsablemente, su Bautismo. Lo que otros hicieron por él, aceptarlo.

Igual que no se pidió nacer, y se acepta el haber nacido; y se aceptan esos padres propios y concretos que nos han engendrado, que quizá ni son los mejores padres, ni los más sabios, ni los más capacitados, así se acepta también, llegado el momento del discernimiento personal, la realidad bautismal.

6.- Sacramento de Fe y Conversión.

Siendo el Bautismo un Sacramento de Fe, por lo mismo, es también un Sacramento de conversión.

Cuando el día de Pentecostés la gente se reúne en el lugar donde se encuentran los apóstoles, y éstos explican lo que acaba de suceder, cómo el Espíritu Santo ha bajado sobre ellos, las personas preguntan:

“¿Qué tenemos que hacer?”. La respuesta de san Pedro es: “Convertíos y bautizaos” (Act 2,38).

La Fe es conversión. Y el Bautismo es el signo exterior de la conversión. Conversión, por lo demás, que no termina nunca. No hay una meta prefijada de santidad, conseguida la cual, ya nos podemos echar a dormir.

La santidad no es una meta, es una actitud permanente. De ahí que Cristo dirá: “Sed perfectos como el Padre es perfecto” (Mt 5,48). Es decir, nos sitúa en la utopía. ¿Quién podrá jamás ser tan santo como Dios? Nadie. Y sin embargo, Cristo nos da mandato de ser como el Padre Dios. Es decir, nos coloca en una actitud, que debe ser permanente, ante la santidad. El camino previo y constante, sin el cual no se puede acceder a la santidad, es la conversión.

7.- Nacer para Dios.

El Bautismo cristiano no se queda en la incorporación y pertenencia a una entidad religiosa, en el caso la Iglesia. Va más allá.

El Sacramento del Bautismo comunica al que lo recibe cantidad ingente de dones:

- Borra todo pecado
- Borra la raíz misma del pecado original
- Nos hace nuevas criaturas en Cristo
- Nos incorpora a Cristo
- Nos incorpora a la Iglesia
- Nos hace hijos de Dios
- Hijos en el Hijo.

La vida del cristiano es una vida en el Espíritu. Vale la pena leer una y mil veces el capítulo 8 de la Carta a los Romanos.

San Pablo, después de presentar la realidad del Bautismo en el capítulo 6 de esta Carta, pasa a hablar en el capítulo 8 de lo maravilloso que es ser cristiano:

- Vida en el Espíritu
- Hijos de Dios gracias al Espíritu
- Destinados a la gloria

Y terminará san Pablo diciendo: “Dios es quien justifica” (Rom 8,33). “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Rom 8,35).

APUNTE 16º

SALVACIÓN EN LA IGLESIA

1. Realidad de la Iglesia

- Concepto negativo: la Iglesia no es el edificio material, una empresa comercial, un poder político, el clero, o una tradición.
- Concepto positivo: la Iglesia es el "Sacramento o Misterio de la Salvación": (LG 1).

a. "Prefigurada desde el origen del mundo": (LG 2).

b. "Preparada admirablemente en la Historia del pueblo de Israel": (LG 2).

c. Constituida en los últimos tiempos y manifestada por la efusión del Espíritu Santo: (idem).

d. "Que se perfeccionará gloriosamente al final de los tiempos": (LG 2).

2. La Iglesia en la Historia de la Salvación

- Es obra de Dios, Padre: (LG 2), Hijo: (LG 3; Jn 17,4), y Espíritu Santo: (Ef 2,18; LG 4).
- Cristo nos habla de la Iglesia en imágenes y parábolas: (LG n.5-7; Mt 13,10):

a. Redil, cuya única puerta es Cristo: (Jn 10, 1-10).

b. Rebaño, cuyo pastor es el mismo Cristo: (Jn 10, 1-16).

c. Viña: (Jn 15, 1-8).

d. Edificación de Dios: (Mt 21,42).

e. Familia de Dios: (Sof 2,19-22; Apoc 21,3).

f. Templo santo: (Mt 4,58; 2 Cor 6,16; Ef 2,21; 1 Pedr 2,5).

g. Reino de Dios: (Mc 1,15; Mt 4,17), comparado a la semilla (Mc 4,14), a la levadura (Mt 13,33), etc.

3. Naturaleza íntima de la Iglesia

- "La Iglesia es el mismo Cristo, prolongado en el tiempo".
- Es, por consiguiente, una Comunidad divina (fundada por Cristo), y al mismo tiempo humana (compuesta por hombres y mujeres).
- Es una Comunidad salvada y de salvación: (compuesta por pecadores en pos de la salvación).
- Que actúa en el mundo por el Espíritu de Cristo y gobernada por sus legítimos Pastores: Papa, Obispos, etc.
- Y se manifiesta como:

a. Comunidad de Fe: posee la Fe: (1 Tim 3,15; 2 Tim 1,13) y la vive (Act 2,41; 2,44; 4,32).

b. Comunidad de Culto (sacramentos y liturgia): nace en el Bautismo (Ef 4,5), se nutre de la Palabra y la Eucaristía (1 Cor 10,17), y se purifica por la Penitencia (Jn 21,22); Mt 18,18), etc.

c. Comunidad de Amor: testimonio del amor de Dios en el mundo (Rm 8,2; 1 Cor 13, 1-13).

4. Proyección de la Iglesia en la historia y el mundo

- Así como en el Antiguo Testamento, Israel era el Antiguo Pueblo de Dios; así en el Nuevo Testamento, la Iglesia es el Nuevo Pueblo de Dios.
- La Iglesia trata de abordar e iluminar, a la luz de la fe en Cristo, los grandes problemas que preocupan a la Humanidad.
- Deber de todo cristiano:

a. Ser y sentirse Iglesia

b. Amarla y honrarla

c. Preocuparse de sus problemas

d. Tener talante misionero ("Id por el mundo entero y proclamad el Evangelio..." (Mt 28, 19).

e. Y manifestar profundo amor a Cristo, a la Santísima Virgen María, al prójimo, y a todos los demás seres de la naturaleza.

APUNTE 17º

VIVIR LA FE ES ANUNCIAR A DIOS

Se da por bien supuesto que cada persona, consciente de su entidad cristiana, trata de serlo desde unos parámetros de responsabilidad y de vivencia activa de la fe. Pero vivir la fe no es fácil.

Ya Cristo había advertido que para seguirle se necesita llevar la cruz. Hay muchas maneras de llevar la cruz. Una, suavizando su peso y su dureza. Otra, llevarla con el realismo que conlleva siempre una cruz, en cuanto a negación de los propios gustos o intereses, de ir contra corriente, y de saber que quien se determina por ser consecuente con la fe será, muchas veces, el hazmerreír de los incrédulos. Y también de los mismos cristianos menos comprometidos, y menos valientes a la hora de dar testimonio.

Llevar la cruz.

Llevar la cruz supone también atenerse al cumplimiento de leyes y normas que, tantas veces, no dejan de ser un fastidio. Un semáforo, pongamos por caso, no deja de ser un freno a la prisa, a la velocidad. Nos come la prisa y quisiéramos llegar rápidamente a cualquier lugar. Pero ahí está el semáforo, frenando, fastidiando. Y sin embargo, lejos de fastidiar, es garantía de seguridad y de protección.

Algo así sucede con las leyes, comenzando por los Mandamientos de la Ley de Dios. Vistos en frío son un fastidio, porque son un freno a los instintos más primarios, si se miran de un modo parcial y

desenfocado. Pero en su espléndida sabiduría son un inmenso bien para la humanidad en general y para la persona en particular. Nos ayudan a actuar con inteligencia y con racionalidad.

La fe no es una entelequia. Hay que llevarla a la práctica real de la vida cotidiana. Esto supone poner en práctica un código determinado de leyes. Supone ajustar nuestro comportamiento a unas normas morales y también eclesiásticas.

Sociedad organizada.

En la sociedad, cuanto más y mejor organizada está, más leyes aparecen. Son en bien de la misma organización.

La Iglesia se organiza también como una sociedad formada, naturalmente, por hombres y mujeres que necesitan una trabazón, una coyuntura interna. No se puede ir por libre. Pongamos por caso, un partido de fútbol. Funciona gracias a que hay unas determinadas leyes de juego. De otro modo, sería el caos.

Cuando Jesús manda a los apóstoles ponerse en camino para ir a proclamar la Buena Nueva, digamos, lo primero es tener la voluntad resuelta de ponerse en camino. Camino que no se recorre meta que no se alcanza. Los segundo es que haya camino, es decir, unos medios para poder cumplir la misión encomendada. Esos medios serán la palabra, el mensaje, y los mismos receptores del mensaje. Y habrá una meta. Es decir, el por qué se hacen las cosas, por qué se proclama el Evangelio. Para construir el Reino de Dios.

Necesitamos, entonces, escuchar las palabras de Jesús, hacerlas propias, asimilarlas, para poder luego transmitirlas a los demás. Nadie da lo que no tiene.

Redescubrir la fe.

El creyente, situado en medio de una sociedad, muchas veces adversa, necesita redescubrir la verdadera dimensión y misión de su fe. Y creer de verdad la palabra difícil de asimilar de Jesús que nos dice: "Id y proclamad que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido. Dad gratis".

Qué difícil, sin duda, resulta poner en práctica esto último, "dad gratis", cuando nuestra sociedad cada día desconoce más la gratuidad. Cuando son cada día menos hasta las mismas ONGs que trabajan desinteresadamente. Cuando la pobreza de unos se convierte en explotación y riqueza para otros.

El Evangelio es proclamación y es tarea. Nuestra primera tarea hoy es proclamar que Dios está cerca del hombre, que está empeñado en salvarlo. Que Dios busca la felicidad de todos y de cada ser humano.

El Evangelio no son palabras.

El Evangelio no son palabras, no son discursos lanzados al viento por las ondas de la radio o de la televisión, aunque éstos sean medios que ayudan. Ni tan siquiera es una catequesis. Es trabajar por infundir a los hombres y mujeres de hoy una nueva vida. La Vida en Cristo.

Eso significa curar enfermos, liberar a las personas de todo aquello que las paraliza, les roba vida o la ilusión de vivir.

Hay que luchar para tratar de erradicar el mal y el sufrimiento. Y, sobre todo, hay que infundir esperanza. Que esto es sanar el alma y el cuerpo de todos los que se sienten destruidos por el dolor y la dureza misma de la vida diaria.

Una sociedad donde muchos de sus miembros se mueren de hambre es una sociedad injusta.

Es preciso resucitar muertos, es decir, liberar a las personas de todo aquello que bloquea sus vidas o mata su esperanza.

El Evangelio es un despertar de nuevo el amor a la vida. Es ayudar a que las personas pongan su esperanza y confianza en Dios.

Por eso la fe, llevada a la práctica, no puede tener complejos. No se puede ser cristiano en cuanto a las ideas y el convencimiento personales, y no serlo en la práctica.

La fe no puede ceder al miedo.

La fe no puede ceder al miedo, la mentira, la hipocresía, el convencionalismo.

De ahí que la fe tiene que ser, lo es, sencilla y honrada. Que ayude a las personas a vivir con más verdad, con más sencillez y con más honradez. Donde se vive la fe se anuncia a Dios.

APUNTE 18º

RELIGIÓN Y MAGIA

Dios nos desborda.

Dios nos desborda completamente. Aunque parezca una afirmación, por evidente, gratuita, conviene tenerla en cuenta; porque, partiendo de esta premisa, todo intento por entender la realidad de Dios será siempre una mera aproximación. Dios es inabarcable. Y ante la imposibilidad de abarcarlo, san Juan dirá: "Dios es Amor". Es la más acertada aproximación.

Efectivamente, en su intimidad más profunda, Dios es fundamentalmente y sólo Amor. A partir de ahí, se entiende que Dios es al mismo tiempo acogida, ternura. En definitiva, el Padre bueno, cercano y amigo.

Cuánta teología ha habido que, a la postre, ha servido para poco, cuando se ha estado resaltando el poder de Dios, y tantas cosas que a los humanos nos dicen muy poco; o si se quiere, por decir mucho nos dejan indiferentes.

Cuánto más sencillo es decir, con san Juan, Dios es Amor. Porque además de estar en lo cierto, es lo que a los humanos nos entra más facilmente en la cabeza y en el corazón.

Necesitamos dar el paso progresivo y necesario para pasar de un Dios considerado como omnipotencia, fuerza, término muy agresivo, a un Dios entendido, aceptado y adorado gozosamente como Amor.

Dinamismo de Amor.

Efectivamente, Dios es, no la fuerza del poder, sino el dinamismo del Amor. Su fuerza está en el Amor. Por consiguiente, en la debilidad. Porque el Amor no es fuerza, sino debilidad, en el sentido de saber abajarse, acercarse, comprender. Por eso el Amor de Dios es ternura insondable e infinita. Dios viene a nosotros, no para apabullarnos con su fuerza, sino para levantarnos con su Amor.

Esta es la realidad. Lo demás, es salirse de la esfera del Amor. Dios es Amor, habrá que repetir una y mil veces. De lo contrario, nos fabricamos ídolos, falsos dioses, creados a nuestra conveniencia, o a la medida de nuestra pequeñez.

No comprender que Dios es Amor, nos lleva fácilmente a una relación con él que nada tiene que ver con la realidad. Y es importante tener el sentido de la realidad, de otro modo nuestra relación con Dios será una relación de miedo, o de magia.

Religión versus magia.

La magia es todo lo contrario de la religión. Mientras la religión acerca el ser humano a Dios, la magia lo aleja.

Amor y magia se dan de coces, dicho vulgarmente. La religión va en la línea del amor, por el contrario, la magia va en la línea del miedo o del interés.

El miedo nos lleva a buscar toda clase de medios de defensa, para defendernos de un poder amenazador. Desde la magia, Dios es alguien que amenaza. Desde la religión, Dios es alguien que ama.

El Amor crea confianza. La confianza en un Dios del que quizá sabemos muy poco, pero sí lo suficiente para saber que es un Padre que nos ama, y nos ama de verdad. Es lo que Cristo nos ha revelado.

"Soy el camino, la verdad y la vida".

Cristo, como él mismo dice, es el Camino. El único camino seguro para llegar al Dios que es Amor.

Con ese enorme sentido pedagógico que caracteriza a Cristo, cuando hablaba a la gente lo hacía con palabras y símiles que la gente pudiera entender su mensaje.

Habla a la gente de su entorno, gente acostumbrada a los rigores del desierto donde los caminos se diluyen con tanta facilidad, y les dice: "Yo sor el Camino".

Es como decir que en el desierto de la vida los caminos están difusos, que fácilmente nos perdemos, porque estamos llenos de incertidumbres, de confusiones, de intereses mezquinos. Que necesitamos, en definitiva, seguridad. Y afirma: Yo soy el Camino.

Jesús no es excluyente, no es un fundamentalista, como si no hubiera más posibilidades de poder vivir, pero nos advierte: Yo soy el Camino.

Cuando nos salimos del verdadero camino necesariamente tenemos que buscar otros caminos. Por lo general, son caminos que no llevan muy lejos, porque estamos rodeados de mentiras, verdades a medias, encubrimientos que nos quitan de la vista el horizonte. Al no ver el horizonte quedamos desorientados. No se puede perder el Camino.

Cristo, además de presentarse como el Camino, nos revela, además, la verdad de Dios. Y la gran verdad de Dios es que Dios es Amor. Por eso, la vida de Cristo fue una vida de Amor.

El ser humano necesita descubrir que la única verdad es el Amor. Sobra la magia. Dios es Amor.

APUNTE 19º

RELIGIÓN NO ES SINÓNIMO DE SANTIDAD

Hubo un hombre audaz y provocativo. Su nombre, Jesús de Nazareth. Aquel gesto suyo dentro del recinto del Templo de Jerusalén, valiente, comprometedor y arriesgado, al arrojar del mismo a vendedores de novillos, corderos y palomas, y volcar las mesas de quienes cambiaban moneda extranjera por nacional, supuso un enfrentamiento frontal con la oligarquía dirigente y dominante del país. Habían hecho del Templo, principal símbolo religioso, el cuartel general del mando.

El gesto inusitado de Jesús iba más allá de la provocación por el abuso de poder de los dirigentes. Denunciaba al mismo tiempo que la religión por sí misma no es sinónimo de santidad, ni el acudir al Templo garantía de salvación personal.

Naturalmente, la fuerza profética con que Jesús actuó desencadenó su detención y rápida ejecución. Atacar al Templo suponía, según la élite gobernante, atacar el corazón mismo del pueblo. Mentira. Jesús jamás atacó la vida religiosa de nadie. Atacó, sí, la política corrupta, escudada en la religión, de quienes detentaban el poder.

Dejaba en evidencia que el Templo no es patrimonio de nadie, ni la coartada de intereses personalistas. Dejaba en evidencia también a quienes quisieran manipular para sus intereses a Dios, reduciéndolo a un lugar geográfico concreto.

Jesús expresaba y buscaba signos del reino de Dios y su justicia. El de Jerusalén como cualquier otro templo, debía ser casa de oración, no almacén de diezmos y primicias, lugar del perdón de Dios, no justificación de cualquier clase de injusticias.

A saber por qué universal mecanismo psicológico de complejo de poder, quien se instala en el mando tiende, y de hecho lo consigue, a separarse del pueblo. Y el pueblo queda en un manipulado e irrelevante segundo plano.

La religión puede tapar muchas miserias. De hecho, mientras en el entorno del Templo de Jerusalén se acumulaba la riqueza, en el pueblo, sobre todo en las aldeas, crecía la miseria. Todo aureolado por la bandera de la religión.

Naturalmente Dios no podía legitimar una religión como aquella, que crea las clases sociales de dominados y dominadores. Como no puede legitimar una religión que proclame la guerra santa como sistema y método de avasallamiento, dominio y conquista.

Ante la actuación de Jesús cabe preguntarse por el papel que desempeñan las religiones. Para quedarse con lo que tienen de pureza de vida, desechando necesariamente toda escoria. Cada religión tiene sentido y vale en la medida que ayuda a sus seguidores a llevar un estilo de vida en consonancia con la santidad de Dios y el respeto que todo ser merece.

Lo primero no es la religión, sino la santidad que nos ayuda a adentrarnos en el reino de Dios. Cuántas veces ritualismos y prácticas religiosas no pasan de ser simples sucedáneos de la realidad ideal.

APUNTE 20º

EL REINO DE DIOS ES TAMBIÉN CONVERSIÓN

Cuando San Marcos recoge en su Evangelio las Palabras de Cristo "El reino de Dios está cerca, convertíos y creed la Buena Noticia", nos está diciendo, conscientemente o no, que nuestras estructuras personales y sociales no están bien; vaya, que no son correctas, que la línea recta no es precisamente la más corta.

Convertirse es volver, girar, desandar el camino. Es decir, complicarse la vida, ir contra corriente. Es entonces cuando se puede construir la persona y la sociedad, bajo los parámetros de Dios.

Términos como justicia, solidaridad, compasión, fraternidad, paz, amor, etc., son realidades que pertenecen al Reino de Dios, y no al del hombre. Es el hombre quien debe, desde la misma libertad que Dios le ha dado, aceptar y entrar en el Reino. Olvidarse de sus propios caminos, desandarlos, y aceptar los caminos de Dios. Es decir, "convertirse".

El sentido último del cristianismo es "el Reino de Dios". Sin duda que las personas tratamos de orientar la vida de manera humana y constructiva, en términos generales. Pero esto no es posible si falta Dios. Las solas fuerzas del hombre no son suficientes. El hombre traza líneas rectas, sin duda bien intencionadas, pero al término de las mismas puede que no haya nada. Dios, por el contrario, nos hace ir en otra dirección, desandar, reajustar el camino, para encontrarnos con nosotros mismos y con Él.

Convertirse es entrar en el espacio de la libertad, el mismo que elimina egoísmos, tensiones y esclavitudes. Y que, en definitiva, y como consecuencia, produce paz. Y nuestro mundo necesita la paz. La paz que empieza en uno mismo, abarca a los demás y alcanza su plenitud en Dios.

Ahora bien, convertirse no es algo que se consigue de la noche a la mañana. Tampoco una utopía. Ni es un sueño. Es una tarea que, partiendo de la aceptación de la realidad, nos mete en el aprendizaje de saber perdonar, que es la mejor manera de saber amar. Y el Reino de Dios es Amor.

Por eso, la conversión es liberación. Liberación de cuantas esclavitudes nos rodean, sean de tipo humano, espiritual o religioso (no todo lo espiritual y religioso está en la línea de Dios), cultural, económico, etc.

En definitiva, la conversión es "Buena Noticia", la misma que Cristo proclamaba. Y siendo Buena Noticia, lo es para todos.

Lo dicho, que urge tomar otra postura. Desandar nuestros caminos, aparentemente tan rectos, y tomar los de Dios, que aunque parezcan torcidos, desembocan en Él. Que a Dios se le entiende no desde los hombres, sino desde Él mismo.

APUNTE 21º

HACIA LA UNIDAD

¿Unir lo roto?

La historia del cristianismo ha conocido muchas rupturas. Desde los comienzos. Ha habido rupturas de pensamiento, de interpretación de la doctrina, de ideas, etc. Y ruptura del dogma. Todo ello ha golpeado con fuerza el sentido de la unidad de los cristianos.

En tiempo de los apóstoles, surge la primera discrepancia: los judaizantes. Da lugar al primer Concilio de la Iglesia, el de Jerusalén. El problema se soluciona. Viene luego una serie interminable de herejías (no es el momento ahora de analizarlas).

Pero hay varios momentos muy señalados en la ruptura de los cristianos: En primer lugar, el Cisma de Oriente en el siglo XI, con Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, hoy Istanbul. Dio origen en 1054 a la Iglesia ortodoxa.

En segundo lugar, el Cisma de Occidente. Tuvo lugar en 1.378, durante los la Guerra de los Cien Años. A la muerte del Papa Gregorio XI son elegidos para sucederle, no uno, sino dos pontífices: Urbano VI en Roma y Clemente VII en Aviñón.

Durante 36 años, la Iglesia estuvo dividida en facciones seguidoras de dos y hasta de tres papas. El Concilio de Constanza, en 1.414, pone fin al Cisma depositando la tiara papal sobre Martín V.

En el siglo XVI, con Martín Lutero, en Alemania (1517) tiene lugar la peor de las rupturas dentro del cristianismo. Es la llegada del protestantismo.

Sin olvidar a Enrique VIII en Inglaterra (1539), que dio lugar a la Iglesia anglicana.

Lutero hace su ruptura oficial con la Iglesia en 1520, cuando desarrolla sus teorías reformistas.

El papa León X le condena y excomulga como hereje mediante una bula que Lutero quemó públicamente. Carlos V lo declara proscrito tras escuchar sus razones en la Dieta de Worms en 1521.

Mientras tanto, Lutero permaneció escondido bajo la protección de Federico III de Sajonia. Pero el mal estaba hecho. Sus ideas no quedaron en el ámbito de la teología y de la Iglesia. Pasaron al campo político y civil. Lo que fue aprovechado por algunos príncipes deseosos de afirmar su independencia frente al Papa de Roma y frente al emperador.

Lutero, con todos los apoyos recibidos, se convierte en dirigente del movimiento protestante, conocido como La Reforma. Movimiento que, lejos de guardar una unidad, se fracciona en distintos grupos o iglesias, dando lugar a las sectas protestantes.

Así las cosas, y aunque visto todo a vuelo de pájaro, es claro que hoy, a pesar del gran esfuerzo ecuménico que se lleva a cabo entre las distintas Iglesias, resulta imposible unir lo roto. El jarrón de la unidad se hizo trizas. Imposible volverlo a su estado primigenio.

En cambio sí se puede lograr, al menos, un mínimo de unidad dentro de la pluralidad. Arreglar lo roto es imposible, pero juntar los trozos rotos y juntarlos, como restos arqueológicos que se exponen en un museo, sí es posible.

La unidad en la conversión.

Todos cuantos creemos en Cristo tenemos en él el gran signo de la unidad. Por esa unidad, aunque en una escala muy diferente, había luchado san Pablo en Corinto.

Es san Pablo quien nos descubre una situación poco ejemplar en la primitiva comunidad de Corinto. No era una comunidad de perfectos e impecables. Ese tipo de comunidad no existe. Pero la fuerza del Espíritu que es más grande que nuestra debilidad, hace posible el que se pongan de acuerdo y no anden divididos, sino unidos en un mismo pensar y sentir.

Pablo les dice que Cristo no puede estar dividido. Y apela a la necesidad de conversión. La unidad se produce cuando previamente hay una actitud de conversión.

Ahora bien, la conversión se realiza por y tras el encuentro con Cristo. Así, la unidad está en Cristo. Se necesita el dinamismo de la conversión continua y progresiva a todos los niveles, tanto internos como externos, o ecuménicos.

Unidad a nivel ecuménico.

Es evidente el antitestimonio que hoy, como durante siglos, ofrecemos al mundo los creyentes en Cristo. Divididos en diversas confesiones cristianas, cada quien se encierra en sí mismo.

Cristo, sin duda, había previsto esto. Por eso reza al Padre: "Que todos sean uno, como nosotros somos Uno, para que el mundo crea que tú me has enviado".

Lo bueno es que, poco a poco, vamos madurando, y al hacer la revisión histórica y doctrinal, cada día se hace en un clima más fraterno y ecuménico.

Es natural. Hay muchos puntos comunes de unión, porque es mucho más lo que nos une que lo que nos divide, como decía Juan XXIII.

El autor de la carta a los Efesios expresa: "Un solo Señor y un solo Espíritu, como una sola es la meta de la esperanza en la vocación a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos" (Ef 4,4s).

Puntos básicos de unidad.

- Fe en un solo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro.
- Fe en Jesucristo, hijo de Dios y Redentor de la Humanidad.
- Fe en el Espíritu Santo que santifica y guía la Iglesia

Y alimentados, lógica y básicamente por la Palabra de Dios escrita, la Biblia, y alimentados por los mismos sacramentos. En cuanto a la Biblia no hay problema con ninguna Iglesia, prácticamente.

Otro tema distinto es el de los sacramentos. Con la Iglesia ortodoxa no hay problema. Y tampoco sería problema con la Iglesia anglicana. El problema está, y es hoy por hoy insalvable, con las Iglesias protestantes. Y no hay, por ahora, nada que hacer al respecto con las sectas, que van totalmente por libres y es difícil que se avengan a un diálogo ecuménico.

APUNTE 22º

TRIGO Y CIZAÑA

"El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo..." (Mt 13, 24-30). Así comienza Cristo a narrar la parábola del trigo y la cizaña.

En resumidas cuentas, el labrador había sembrado trigo, sobre tierra bien preparada. De pronto notó que junto a los tallitos del trigo que al nacer iban formando una preciosa alfombra verde que el viento ondulaba, crecían también otros tallos que no eran de trigo precisamente, sino de hierbas que robaban tierra y alimento al trigo. Cundió la preocupación. Había que poner remedio. ¿Qué hacer? ¿Arrancar las malas hierbas? Corría peligro de ser arrancado el mismo trigo. ¿Dejar que crecieran juntos el trigo y la mala hierba? Mala compañía suponía la mala hierba para el trigo. Habría menos cosecha de trigo y éste, seguramente, no tendría la vitalidad normal y esperada. Pero era la solución menos mala, y dejó que trigo y cizaña crecieran juntos.

Cabe aplicar una moraleja apócrifa a la parábola del trigo y la cizaña. En cuyo caso, el labrador, además de sembrador, sería también el terreno sembrado, la tierra que espera dar una cosecha abundante.

De pronto este labrador, viéndose a sí mismo como tierra de gran porvenir, de cosechas copiosas, se recrea mirándose a sí mismo, y se dice: ¡Hay qué ver...! ¡Qué buena tierra soy! ¡Qué espléndidas cosechas producto! ¡Soy el número uno en todo!

Y sin apenas darse cuenta, prácticamente, de repente se llena de soberbia, de vanidad, y de ambición. Y donde había semilla limpia y buena de trigo, comienza a mezclar otras semillas de, digamos, negocios turbios, asuntos nada claros.

Pero, a diferencia del hombre de la parábola de Cristo, a este otro no sólo no le importa que haya cizaña entre el trigo. Es que quiere que haya toda clase de malezas. Contra más, mejor. Más abundancia, más riqueza. Que es, en definitiva lo que le interesa.

¿Y qué le interesa? Fundamentalmente, tener. Cuanto más se tiene, mejor. La sociedad actual está diseñada para tener. La personalidad de mucha gente hoy se va configurando desde el tener. Todo gira en torno al tener. Cuanto más se tiene más se es.

Y esto es susceptible de aplicarse a infinidad de campos y situaciones. Lo mismo a la economía, que a la cultura, que a la religión. La cuestión es tener.

¿Tener qué? ¿Tener dinero, tener riqueza...? Vale. Pero el dinero no lo es todo, aunque abre muchas puertas.
¿Tener conocimientos? Es importante. Pero es más importante poseer una cultura. La cultura echa y tiene raíces. Los conocimientos, a la larga, tienen menos consistencia.

¿Tener fe? La fe es necesaria. Pero no como posesión, sino como crecimiento. Creerse en posesión de la fe resulta, cuando menos, sospechoso, y sin duda peligroso.

Quien se instala en la fe como posesión, difícilmente puede crecer en su vida de fe. Imposible, si ya posee la fe, para qué más.

La posesión lleva a la manipulación y a la deformación. Desde el momento en que se tiene la fe, se deja de buscar el camino luminosos del evangelio, que siempre es nuevo, sorprendente y fascinante. Deja de abrirse al misterio de Dios.

No basta ser grano de trigo. Por supuesto que en el grano de trigo ya está contenida virtualmente la futura espiga, la futura harina, el futuro pan. Hace falta, sin embargo, que el trigo se desarrolle, crezca en el día a día de la tierra.

La fe consiste en orientar toda la persona hacia Dios. La fe es búsqueda, es crecimiento.

Poseer es estar estancado. Pero la vida es crecimiento, es estar creciendo constantemente. No importa si, junto al grano de trigo, crece también la cizaña. Ya llegará el momento de la separación.

APUNTE 23º

SER CRISTIANOS

1. La novedad del Cristianismo hacia dentro

- En la Historia de la Salvación que la Biblia nos presenta, el cristianismo es "la plenitud de los tiempos": (Gál 4,4).
- En él se expresa y realiza "la nueva y definitiva Alianza", concretada en la sangre redentora de Cristo: (Lc 22,20); 1 Cor 11,25).
- Cristo es el Mediador de la Alianza: (Hebr 9,15; 12,24).

2. Qué es el Cristianismo

- Es una "Nueva Creación": (Ef 2,15; 4,24).
- Es la "hechura de Dios": (Ef 2,10; 2 Cor 5,17; Gál 6,15).
- Nos hace "nacer de nuevo" e incorporarnos a Cristo por el Bautismo: (Jn 3,5; Tit 3,5; Sant 1,18); 1 Pedr 1,23).

3. La novedad del Cristianismo hacia fuera

- La novedad es el mismo Cristo, Dios y Hombre verdadero, que ha venido al mundo a salvarnos.
- Cristo proclama una religión "en espíritu y en verdad" (Jn 4,23), que debe actuar como "sal de la tierra", "luz del mundo" o "levadura que fermenta la masa"

4. Compromiso del cristiano

- Conocer el mensaje perenne del Cristianismo: (2 Pe 1,3-18).
- Centrarse en Cristo Resucitado: (Hch 4,33).
- Actuar como cristiano en las distintas instancias de la vida: familia, política, economía, etc: (Enc. "Christi Apostolici Laici").

- Comprometerse en la evangelización y difusión de la Buena Nueva: (Mt 28, 19-20; Mc 16, 15-16; Lc 24,47).

APUNTE 24º

EL HOMBRE, UN SER TRANSCENDENTE

1. ¿Qué es el hombre?

- Es la síntesis del universo material (GS 14).
- Creado por Dios a su imagen, el hombre está dotado de Inteligencia, Libertad y Voluntad, Conciencia personal y moral, y Responsabilidad.

2. El hombre en la Historia

- Es un ser histórico y social: "No puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás" (GS 12).
- Responsable de su propio futuro y el de los demás.

3. Rasgos que lo caracterizan

- El Hombre es un ser hecho para el progreso y el avance técnico y sometido al mismo: "La técnica con sus avances está transformando la faz de la tierra" (GS 12).
- Que tiene sentido de la Historia: "La Humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva" (GS 5).
- Que cada vez, viaja y se moviliza más, sea por motivo de trabajo, placer o deporte.
- Con sentido del individualismo, como defensa de la masificación que imponen las grandes ciudades; y necesidad, al mismo tiempo, de la comunicación (medios de comunicación social, internet, etc).

- Con tendencia a la secularización de vida: tiende a prescindir de los mitos religiosos, aunque fácilmente cae en los mitos profanos de la ciencia o la política.

4. Futuro del Hombre

- ¿Cómo se plantea el Hombre su futuro? ¿Será suficientemente libre para ser protagonista y señor de la Historia, o será dominado por la ciencia y la técnica?: "El género humano se halla hoy en un periodo nuevo de su historia" (GS 4).
- Sometido como está a las fuertes tensiones, que la vida misma y el progreso producen, ¿será capaz de humanizar la vida, para que haya menos injusticias, menos pobreza, y un mayor sentido de libertad e igualdad?: "El curso de la historia presente es un desafío al hombre" (GS 4).

5. Transcendencia y sentido religioso

- El ser humano, aunque roto y dividido por el pecado, está redimido por Cristo: "El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado" (GS 22).
- El ser humano necesita tomar conciencia de la novedad que es Cristo. Él es la respuesta a las ineludibles preguntas que el hombre tiene planteadas en lo íntimo de su ser transcendente.

APUNTE 25º

CON LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Pensadores, poetas, y santos

Parece ser que antiguamente las personas observaban mucho el cielo. Querían saber si iba a llover, o no, si el tiempo sería bueno o malo, con mirar al cielo era suficiente, enseguida lo sabían. Hoy miramos la televisión, y "el hombre" o "la mujer del tiempo", nos informan de inmediato sobre la meteorología.
Cristo alude a esto en Lucas 12, 54-56, para echar en cara a los fariseos que, sabiendo interpretar el estado meteorológico del tiempo, no saben interpretar el tiempo real en que viven. Es decir, los signos de los tiempos.

Los "Signos de los tiempos", fue una expresión muy socorrida por el Papa Juan XXIII. También por el Concilio Vaticano II, que él mismo promovió y convocó. Y a continuación, el mismo Concilio en los decretos sobre la Iglesia, sobre la liturgia, sobre la relación con el mundo actual, hace hincapié en el tema. Predominaba en los obispos reunidos en el Concilio la convicción de que la salvación a la que Dios a todos nos convoca nos lleva a un dinamismo necesario para construir la historia.

Si hay algo realmente dinámico, es precisamente la historia. Y la historia, naturalmente, tomada en el sentido de vida. La vida es dinámica; se desarrolla y crece. Y lo mismo que pasa con un árbol, por poner un ejemplo, sucede con la vida. Las hojas nacen y van creciendo

en las ramas, hasta que terminan su ciclo y caen. Es decir, lo que ayer valía, puede que hoy ya no valga.

El Vaticano II lo tuvo muy claro. Sabía que aquello que ayer era actual, podía no serlo hoy. Lo cual, aplicado a la Iglesia, tiene una fuerza y exigencia vital. Porque resulta que en la historia de la Iglesia se plasma la historia bíblica: los fariseos leían a los profetas, pero no comprendían que lo que los profetas habían preanunciado había sucedido ya. Y Cristo se lo echa en cara. No entendían la importancia de los tiempos nuevos. No supieron interpretar los signos del tiempo de Dios.

La Iglesia sabía que no podía caer en el mismo error de los fariseos. Y se puso a estudiar su pasado, para poder comprender su presente, sabiendo que es preciso respetar su tradición, rica de la presencia de Dios, pero sin interrumpir la ineludible relación con el presente. Y con toda la problemática que conlleva.

Dios habló, habla y seguirá hablando a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Por consiguiente, también hoy. Dios tiene también su propia historia. Siendo eterno, su historia es historia de amor. Y de pronto Dios se metió, y metido sigue, en la historia del ser humano. También hoy Dios sigue conduciéndonos a la salvación. Es Él quien conduce la Historia de la Salvación. Dios es universal, en consecuencia, no es patrimonio de nadie en particular. Nadie tiene la exclusiva de Dios. Ni judíos, ni cristianos, ni musulmanes. Nadie. Dios es amor. Nosotros, todos sin excepción, aún los no creyentes, y los contrarios a Dios, somos partícipes de su amor.

En el mundo actual, tan lleno de ruidos y voces incoherentes, no es fácil escuchar o distinguir su voz. Esto la Iglesia lo sabe muy bien. Y sabe, por consiguiente, que se necesita un esfuerzo grande y continuo para atisbar los signos de los tiempos y conocer la voluntad de Dios.

Hay tres tipos de personas particularmente sensibles para captar los signos de los tiempos: son los pensadores, los poetas y los santos. No importa el orden en que los coloquemos. Estos tres pertenecen al selecto grupo de la gente sensible para captar los signos de los tiempos.

Naturalmente, en estos tres no entran los políticos, aunque pueda haber honrosas excepciones. Quedan descartados. Metidos en el ruido y en los negocios del mundo, es difícil tener, como en un violín, las cuerdas bien templadas para sentir las vibraciones más sutiles y sensibles de la humanidad.

El Espíritu de Dios que conduce la historia de la salvación sigue revelándose, en primer lugar, en la Iglesia. De ahí que el concilio Vaticano II haya intentado identificar los problemas principales del mundo de hoy, y haya expresado su posición diáfana en constituciones y decretos. Otra cosa es que el "mundo de los ruidos y voces inconexas" quiera enterarse. El ser humano necesita, como del alimento diario, de la espiritualidad. Es la espiritualidad la que da sentido al ser humano llevándolo hacia su destino transcendente y eterno. Y la Iglesia no ha dejado de recordarlo en sus dos mil años de historia.

Cristo va realizando la Salvación, de modo muy particular, en la Iglesia. De ahí que la Iglesia, que no sabe de fronteras porque es universal, ni es patrimonio de nadie porque es de todos y para todos, hermane a todos los seres humanos sin distinción de colores, razas,

lenguas, nacionalidades, culturas, incluso religiones, tratando de ayudarles a conseguir la salvación que Dios en Cristo ofrece a todos sin excepción.

APUNTE 26º

PROFETAS DE HOY (y de siempre)

La Biblia nos presenta una serie, no muy grande por cierto, de profetas. Sin duda que habría muchos más, cuyos nombres no han pasado a la historia conocida. Ellos son como las señales mojones o indicadores de la historia. Paradigmas luminosos que iluminan la conciencia de la humanidad.

Pero además de los profetas verdaderos, que la Biblia preconiza y consagra, ahí están, los hay también falsos. Son los profetas complacientes de la conveniencia en cada tiempo y lugar.

El verdadero profeta mira al pasado, desde el presente, analiza la realidad, y lanza su voz de conciencia universal al futuro.

En la Iglesia, que es divina por Cristo, y humana al mismo tiempo por nosotros los humanos, infalible por divina, y por humana paciente de sus propias limitaciones y errores humanos, ha habido profetas fehacientes, intrépidos, valientes, en todos los tiempos. Ahí están sin ir más lejos los miles de mártires de todos los tiempos del cristianismo. Y las vírgenes, y los confesores. Todo un paradigma, de hombres y mujeres, de fe y entrega generosa.

Y están, sobre todo, los pobres. Los pobres de Yahvé, en el ámbito bíblico. Y los pobres de la actualidad, entre los cuales ocupan el primer lugar todas esas criaturas que nunca verán la luz porque son

exterminadas cruel y criminalmente por el aborto, cuyo abanderamiento pertenece a los nefastos profetas de la cultura de la muerte.

El aborto se ha convertido hoy en día, en muchos lugares, en una verdadera idolatría social. Es como la negación nefanda de la conciencia, individual y social. Como si la voz de la conciencia, individual y social, pudiera acallarse por la voz atiplada y bastarda de los agoreros catastrofistas de turno, entre los que destacan determinados dirigentes políticos. Falsos políticos, hay que añadir, que en vez de mirar al pasado para poder prever el futuro, se limitan a erradicar la esperanza. Profetas idólatras de la desesperanza.

A Jeremías, profeta bíblico donde los haya, se le castigó acusado de haberse pasado a los caldeos. Era una traición. Pero no había tal. Le comunicó al rey Sedecías, abiertamente: "Serás entregado en manos del rey de Babilonia". ¿Motivo? La falta de arrepentimiento de los pecados. Del propio rey y del pueblo. Pero decir la verdad, sobre todo cuando ésta duele, ya ase sabe que es "políticamente incorrecto".

Y si vamos a la historia laica, o no bíblica, podrían citarse muchos otros ejemplos. Recordemos tan sólo, a modo de ejemplo, el caso de Casandra. Se le tilda de enajenada por atreverse a vaticinar que aquel caballo de madera colocado a las puertas de Troya, a modo de regalo de los aqueos, sería la destrucción de la ciudad. Y así fue.

La idolatría embrutece, y no acalla las conciencias. Y para colmo, lleva a la desesperanza, porque ofrece paraísos inexistentes.

La Iglesia, hoy por hoy, y siempre, es quizá ya, la única defensora de la vida. Se está quedando sola, en este sentido. No importa. Sus

mejores profetas han sido y serán siempre los pobres. Y entre éstos, los más pobres de los pobres, los niños que deberían nacer y no nacerán, porque se les elimina en el mismo seno materno, pero cuya voz de vida seguirá oyéndose implacable en las conciencias.

En aras de la idolatría de una mundial economía falaz, amparada en falsos moralismos, no se puede acallar la voz de los verdaderos profetas.

La Iglesia, como viene proclamando Benedicto XVI, no debe renunciar al don de profecía. Dejaría de serlo. Su voz es siempre una voz de esperanza y vida.

Es necesario, pues, “un cambio de ruta individual”, y social. Y es necesario, como ha expresado el papa, “el trabajo humilde y cotidiano de la conversión de los corazones”. Vendrán tiempos mejores.

APUNTE 27º

REALIDAD DEL PECADO

El pecado es una realidad que no se puede ocultar. Ha estado, está y estará presente en el mundo desde que el hombre quiso “ser como Dios”, pero prescindiendo, naturalmente, de Dios. El hombre usó mal su inteligencia y su libertad. Y lo pagó y sigue pagando, muy caro. Y así, el pecado se convierte en una realidad lacerante y omnipresente.

Y pecado es todo aquello que produce muerte, ya sea en forma violenta, como ocurre con las guerras, todas sin excepción, aunque hoy por su cercanía y actualidad en el tiempo, hiera más nuestra sensibilidad la atroz guerra de Irak; ya sea en forma más solapada, como es toda clase de injusticia.

El pecado llevó a Cristo el Hijo de Dios a la cruz cuando, asumiendo en sí el pecado de la humanidad, se entrega en rescate por todos.

El pecado está presente a lo largo de toda la historia de la humanidad, hasta que al final, como se expresa la 1ª Carta a los Corintios, sean vencidas "las dominaciones y potestades" (1 Cor 15, 24), y todos los poderes hostiles al reino de Dios.

La humanidad es un árbol con las raíces dañadas:

- arrogancia (Rom 1-3),
- concupiscencia (Rom 7).
- codicia (1 Tim 6,10; Col 3,5).

- Y un largo etcétera, son gusanos, como en el caso de Jonás, que roen y secan la raíz.

En ese largo etcétera hay que añadir, sin duda:

- La comodidad
- La indiferencia
- Y el miedo.

Comodidad significa vivir sin que nadie me moleste.

La indiferencia es haber perdido sensibilidad, y por consiguiente humanidad, ante el dolor ajeno. Por otra parte, el miedo significa estar estresado porque las circunstancias que nos rodean nos pueden quitar la paz y cómoda tranquilidad personal.

Cuando hoy está claro que cualquier desalmado puede cometer la mayor barrabasada impunemente, en actos de terrorismo, sabotaje, etc, sólo pensarlo produce escalofríos.

No hay policía en el mundo que pueda impedir cualquier salvajada que se le ocurra a algún loco, o no tanto; que no hay tanta gente loca, y sí muchos desalmados. Y en un mundo donde hay tanta pobreza, todo es posible, todo puede ocurrir.

Realidad del amor

Es genial la frase de san Pablo cuando dice que "donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (Rom 5). Así es.

Pensemos en el profeta Jonás (enormemente pedagógica parábola). Si Jonás hubiera sido un profeta en condiciones, en primer lugar hubiera tenido menos pesimismo. Y en segundo lugar,

posiblemente hubiera caído en la cuenta de que un profeta es todo lo contrario a un adivino. El adivino, en términos amplios, y el científico en términos más estrictos, predice lo que va a suceder: vemos en el parte meteorológico al "hombre, o mujer, del tiempo" y predice si va a llover o va a nevar. Y no se trata de un profeta. Por el contrario, el profeta comienza por mirar al pasado, es un analista del pasado para situar los pies en el presente y saber, en consecuencia cuál será el futuro.

El profeta, al mirar al pasado, ve, sí, en expresión de san Pablo, el "misterio de iniquidad": el pecado introducido en el mundo. Pero ve, al mismo tiempo el "misterio de salvación" en el Dios que es misericordia, y que es Amor. Y ve que, mientras el hombre cambia: ha cambiado la libertad por la esclavitud; Dios no cambia: sigue siendo

- el Dios Amor,
- el Dios Padre,
- el Dios salvador
- que se hace Hombre en Cristo para salvar al hombre.

Y así, desde esta perspectiva, contempla la situación actual, luces y sombras, y concluye presentando lo que va a ser el futuro. Y en el futuro, todos los profetas ven a Cristo, asumiendo la realidad humana, cargando sobre él el pecado de la humanidad, en definitiva, salvándonos. ¿Por qué?

Porque el Dios cristiano no es un Dios de venganza. Es un Dios de Amor. Es un Dios que ama al hombre. Y, por lo mismo, "en Cristo, dirá san Pablo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nuestros labios la palabra de la reconciliación" (2 Cor 5, 19).

Cristo es el Mediador entre Dios y el hombre. El puente de unión entre Dios y la humanidad. El Redentor. De ahí que la cruz de Jesús sea cruz de salvación.

Hora de reconciliarse

Vistas las cosas desde la perspectiva del hombre, la reconciliación nunca hubiera sido posible. Pero lo que es imposible para el hombre no lo es para Dios.

La reconciliación sólo se puede llevar a cabo desde el amor. Y Dios que es amor, es también quien inicia la reconciliación. Para lo cual, Dios comienza por hacer Historia. Por meterse en nuestra Historia. Y lo hace por medio de Cristo.

Cristo se presenta como

- el Camino,
- la Verdad y
- la Vida.

Camino único que conduce a Dios.
Verdad que se proclama asumiendo los valores de:

- verdad,
- justicia,
- perdón,
- sinceridad,
- etc.

Pero también, desenmascarando:

- la ceguera culpable (Jn 9,41) de quienes no quieren ver la luz

- la hipocresía (Mt 7, 3; 23, 1-35; Lc 11, 37-53)
- la manipulación que tantas veces se hace de Dios (Mc 7,1-13; Mt 7,21) y de las personas
- la mentira institucionalizada
- el cinismo
- la hipocresía y abuso de poderes (Mt 23, 13-32; Mc 12, 40; Lc 11, 37-52)
- la deshumanización que nos lleva a un mundo sin sentido.

Reconciliación necesaria

La reconciliación es necesaria, no sólo como ideal cristiano, sino como necesidad vital para poder sobrevivir.

Dios por su parte ha hecho lo que en su infinito amor tenía que hacer: enviarnos a su Hijo, Cristo, como reconciliación.

Ahora falta la labor que el ser humano debe hacer desde la responsabilidad que le incumbe: meter al Dios de la Historia en su historia personal.

Esto ocurrirá cuando el hombre sea capaz de alzar y hacer desaparecer todas las ominosas tiendas de campaña de la guerra y del odio que ha plantado en el mundo y, a cambio, colocar una mesa bien repleta donde puedan acercarse a saciar el hambre, no sólo del pan material, también del espiritual y cultural, todos los hambrientos de fe y esperanza, sin diferencia de credos ni razas. Porque Dios es el Único y mismo Dios para todos, que se ha metido en la Historia del hombre porque nos ama a todos, sin excepción.

Esto que es un anhelo, es también una necesidad. Y además, factible, como puede verse desde la parábola de Jonás, el profeta de la desesperanza.

También hoy hay profetas de la desesperanza, o que piensan que el mundo funciona gracias a ellos. Pero el mundo funciona a pesar de los Jonás de turno. Porque es Dios quien conduce la Historia, y Dios es el Dios de Amor.

APUNTE 28º

EL POR QUÉ DE LA CONVERSIÓN

1. El cristiano pertenece al Pueblo de Dios como miembro de la Iglesia

- Dios le ofrece la salvación por la fe y el bautismo.
- El Bautismo supone la primera conversión que luego debe personalizar y renovar en el día a día.
- El cristiano tiene conciencia de su libertad y del pecado.
- Y es consciente de la necesidad de la conversión.

2. La conversión es compromiso con Dios y con la Comunidad eclesial

- Dios es quien llama a la conversión. Su llamada es gracia que nos invita a aceptar su Reino: (Mc 1,15; Mt 4,17).
- La llamada a la conversión es para todos: a los más alejados por el pecado, y a quienes no han roto con Dios: (1 Jn 1,8).
- La llamada nos la hace Dios de múltiples maneras:

a. Por su Palabra (Salmo 94,8).
b. Por Cristo: (Mc 1,15).
c. Por la Iglesia.

3. La conversión es respuesta amorosa y retorno a Dios

- La conversión abarca todas las dimensiones del cristiano.
- Es regreso a Dios: (Joel 2, 11-17).
- Es regreso a Dios por Cristo en la Iglesia: (Lc 15, 11-24).

4. La conversión se realiza en un plano sacramental

- En el Bautismo y en los demás sacramentos, sobre todo la Penitencia y la Eucaristía: (Jn 20,19ss).
- La conversión, que se hace posible por el amor que Dios nos tiene y nos da, y nuestra reconciliación con Él, es el camino que Dios nos ofrece para llegar a Él y hallar la salvación.
- La conversión nos demuestra la Misericordia de Dios como Padre, manifestada en Cristo por medio de la Iglesia.

APUNTE 29º

DERECHOS Y OBLIGACIONES DE LA PERSONA

1. Todos nacemos con derechos:

- A la vida, a la integridad corporal (alimento, vestido, vivienda, asistencia médica, etc), seguridad...: (PT 11). etc.
- A elegir y profesar en privado y en público la religión: (PT 14). A elegir el estado de vida que se prefiera, formar una familia, educación... etc.: (PT 15-17). Derecho a la propiedad privada: (PT 21). Derecho a residir y emigrar: (PT 25), etc.
- Los derechos son inviolables porque dimanan de la misma naturaleza humana: (PT 9).

2. Todos nacemos con obligaciones.

Lo cual supone:

- Respetar los derechos ajenos: (PT 30).
- Colaborar en la construcción de un mundo mejor, basado en:

a. el progreso
b. la justicia
c. la paz.

- Esto implica que haya bienes para todos:

a. producción suficiente
b. distribución justa: (MM 79)

c. uso libre de los bienes.

3. Convivencia social:

- Respeto a la persona humana, que es principio, sujeto y fin de todas las instituciones, y necesita de la vida social: (GS 25).
- Actuar con sentido de responsabilidad: (PT 34).
- Ejercer los derechos y deberes.

4. Relaciones internacionales:

- Todos los países son independientes y autónomos, pero interdependientes entre sí: (PT 200).
- Necesitan la mutua colaboración bajo la dirección de organismos supervisados por la ONU.
- Creando un clima de convivencia internacional pacífico:

a. Ausencia de guerras: (GS 79-82).

b. Desarrollo solidario: (PP 43-65).

APUNTE 30º

LA VIDA CRISTIANA REGALO DE DIOS

1. La Vida en el conjunto de la creación:

- El Universo, magnificencia de Dios y casa de todos.

a. Vida vegetal

b. Vida animal

c. Vida humana

- El Universo, salmo vivo de la grandeza de Dios.

2. La Vida cristiana, regalo exclusivo de Dios, concedida:

- Por Cristo Resucitado: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia": (Jn 10,10).
- En el Espíritu Santo, por medio de la Iglesia.
- Alimentada por los Sacramentos, sobre todo Bautismo y Eucaristía.

3. Naturaleza de la vida cristiana:

- Por el Bautismo, "vida nueva en Cristo": (Ef 2,5; 2 Cor 5,17).
- Por el Bautismo: "Partícipes de la divina naturaleza" (2 Pedr 1,4).
- El Bautismo: Raíz y sentido de nuestra vida sobrenatural (1 Cor 1,3).

4. Consecuencias de la vida cristiana:

- “Elegidos de Dios somos, somos ciudadanos de su Reino, raza elegida, sacerdocio real, pueblo rescatado”: (1 Pedr 2,9; Jn 15,16; Ef 1,4).
- La Vida cristiana nos hace:

a) Elegidos de Dios, Iglesia: (1 Pedr 2,9; Jn 15,16; Ef 1,4).

b) Santos de Dios: (Rom 7; Ef 1,1; Fil 1,1; 1 Cor 1,2; 6,20; 2 Cor 1,1; 1 Pedr 1,18).

c) Hijos de Dios: (Gál 4,7).

d) Hermanos de Cristo: (Jn 20,17).

e) Herederos del cielo: (Rom 8,17; Gál 4,7) Templos de Dios: (Jn 14,23).

APUNTE 31º

LA VIDA, CAMINO HACIA DIOS

¿Experiencia de Dios?

Con frecuencia se oye decir que "hay que tener experiencia de Dios". Y se da por buena tal expresión en cuanto que manifiesta una necesidad vital. Pero, estrictamente hablando, de Dios no se puede tener experiencia directa. Dios no es tangible, no es objeto de laboratorio. Pero sí indirecta.

Desde ese punto de vista, la primera experiencia de Dios somos nosotros mismos. Hay muchos caminos, sin duda, para llegar a Dios. El primero es uno mismo. Se necesita tener experiencia de uno mismo. Que es lo mismo que decir "tener el sentido de nuestra propia vida".

Este sentido está marcado por las tres lo preguntas básicas de la existencia humana:

- ¿De dónde vengo?
- ¿A dónde voy?
- ¿Qué sentido tiene mi presencia en este mundo?

Tras esta toma de conciencia personal, podemos suponer que organizamos y dirigimos toda la vida hacia Dios. Así las cosas, Dios mismo será quien cambie y reorganice nuestro horizonte de sentido.

Aunque parezca una frivolidad afirmarlo la vida, ante todo, hay que vivirla. Porque la vida humana es, antes de nada, "apropiación": es decir, necesitamos hacerla nuestra, vivirla nosotros mismos; en definitiva, amarla. Lo cual, aunque parezca simple, no es tan fácil.

Amar la vida es también darle un significado. En sí misma es un valor. Sólo cuando se descubre su valor, valga la redundancia, la valoramos.

Y daremos sentido a la vida desde la dimensión sapiencial que le imprimamos. Quiere decir, que hace falta una cosmovisión de la vida misma y su entorno. No estamos solos en el mundo, ni dependemos de nosotros solos.

Posiblemente, por el sentido de los contrarios, valoraremos más la vida desde el sentido de la muerte. Desde la conciencia diáfana de la finitud aparecen los interrogantes básicos de la existencia humana:

- el "por qué"
- y el "para qué" .

En esos interrogantes entra, por supuesto, y de modo primordial, el problema Dios. Porque Dios no es evidente. Es objeto de fe. Y sin embargo, Dios es necesario, es imprescindible. Es el sentido último y total de nuestra existencia.

Sin "sentido" no se puede vivir. Y la vida tiene sentido si se lo damos, de lo contrario, estaríamos vaciando de contenido lo más valioso que tenemos: la misma vida.

Una vez que hemos tomado conciencia del sentido de nuestra propia vida, resulta más fácil remontarse hasta quien es el Sentido total de nuestra existencia: Dios

Porque Dios se ha manifestado y se manifiesta de muchas maneras, como se expresa la carta a los Hebreos (Hebr 1,1). Para un creyente, acudir a la Biblia es una gran ayuda, porque ayuda mucho a la comprensión de la misma fe. Pero incluso para quien no tuviere el don de la fe, hay que recordar que Dios no se revela sólo en la Biblia, o en los acontecimientos que ésta recoge, para ser más exacto; lo hace también:

- antes y fuera de la revelación bíblica:
- en las grandes Religiones antiguas y actuales,
- en las Sabidurías milenarias (de Asia y de África, etc),
- en el Corazón de las personas de buena voluntad,
- en los Signos de los tiempos (tan aludidos por Juan XXIII)
- en la cultura y en la historia de los grupos humanos.
- etc.

Dios se manifiesta, pues, de innumerables maneras. La manifestación de Dios ha adoptado y adopta diversas formas que para nosotros resultan fácilmente asequibles y comprensibles. Por ejemplo:

- las formas cosmológicas (la manifestación de Dios la vinculamos a una realidad cósmica de lugar, fenómeno cósmico, etc.);
- las formas antropomórficas (entendemos la adaptación de la divinidad a la historia humana: (divinidades de las diversas culturas: griega, romana, etc);
- las formas ideológicas (ahí entran en juego nuestras categorías mentales, filosóficas, etc, por las que podemos captar el misterio de Dios).

Para un cristiano resulta fácil entender la manifestación de Dios acudiendo a la Biblia. Sin embargo, hay otras manifestaciones de la divinidad antes y fuera de la revelación bíblica. Pensemos por ejemplo en:

- Las cosmovisiones de algunas Religiones Orientales (por ejemplo el Hinduismo).
- Las cosmovisiones de la divinidad (o divinidades) del mundo griego y romano).

Tradición Bíblica

Si nos atenemos a la Revelación de Dios en la tradición bíblica: La Biblia resulta fundamental, porque no sólo es la revelación del misterio de Dios, sino que ilumina también, y de qué manera, el misterio de la condición humana.

La Constitución Dei Verbum, (nn. 2-6) del Concilio Vaticano II señala:

- Es comunicación de la vida de Dios
- Se realiza mediante "obras y palabras intrínsecamente ligadas"
- Es una revelación progresista
- cuya plenitud se encuentra en Cristo.

Curiosamente, la revelación de Dios es, ante todo:

- una comunicación de su vida a la humanidad
- que se realiza en hechos concretos (por ejemplo, todo el acontecer que narra el Éxodo, etc.)
- en palabras (pensemos en los profetas)
- que actúa de manera progresiva

- y que tiene en Cristo su culminación.

El Antiguo Testamento, y por consiguiente, el pueblo protagonizado en él, tiene el mérito de verr a Dios como:

- un "ser personal"
- "uno"
- "comprometido" en la realización de la historia humana.

El Antiguo Testamente presenta, por consiguiente, un pueblo con “sentido”. Una vida orientada hacia Dios. Este “sentido” cobra más plenitud en el Nuevo Testamento. Si en el Antiguo Testamento aparece Dios como “Creador”, en el Nuevo Testamento aparece como Padre.

La Revelación de Dios se hace plena en Cristo

El mensaje de Jesús fue el anuncio de la llegada del Reino, para lo cual exige una actitud: la conversión, (Mc 1, 14), el cambio radical de vida, en una palabra, “dar sentido”, con lo cual el Evangelio es verdaderamente revelación de Dios y su Reinado, Buena Nueva.

Y es Buena Nueva porque Cristo nos presenta a Dios como Padre. Una paternidad que nada tiene que ver con la realidad de la paternidad humana. Por el contrario, la paternidad de Dios es lo que da origen y sentido a la paternidad humana y no al revés: "De Él toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3, 14-15).

Dios es Padre, y Cristo se manifiesta como el Hijo.

Jesús llega a emplear, dirigiéndose a Dios una palabra de la vida cotidiana: Abbá. El término "Abbá" denota familiaridad ("papá") y

Jesús tuvo la audacia de utilizarlo para relacionarse con Dios. Y lo más precioso, que siendo Él el Hijo, nos engloba en esa filiación también a nosotros. De ahí se concluye que la revelación que Cristo nos hace de Dios como Padre es:

- La gran noticia cristiana.
- El corazón del Evangelio.
- El núcleo de la fe cristiana.
- La fuente de la salvación.

Para llegar a este momento de la comprensión del misterio de Dios, y Dios manifestado en Cristo como Padre, ha habido toda una manifestación anterior: Dios manifestado en la Historia de Salvación. En esa Historia de Salvación:

- Dios ha tomado la "iniciativa" en el Plan de Salvación.
- La Historia de la Salvación culmina en Cristo.

En consecuencia, de todo lo anterior se deduce que la “experiencia de Dios” es posible, cuando sabemos ubicarnos en nuestro sitio, y desde nuestra limitación, dejar a Dios ejercer el protagonismo que le corresponde. Porque Él es:

- el origen y la meta de la vida
- el Dios y Padre de Jesucristo y en Él de todos nosotros.

Dios misterio inefable

El misterio de Dios nos desborda absolutamente y al mismo tiempo condiciona todo el significado humano y cristiano de nuestra vida. Dios nos ha dado la capacidad de intuir su existencia y su presencia envolvente.

El problema está cuando por querer abarcar a Dios, nos hacemos falsas imágenes de Él, o cuando nos lo imaginamos a nuestra semejanza (como un señor de larga barba que anduviera flotando por no se sabe qué lugar de la estratosfera). No se puede hacer de Dios una caricatura.

Cuando dentro de la fe cristiana se habla de Dios, hay que hacerlo necesariamente como Dios Padre. El Padre Dios por excelencia, en el sentido de predilección que por el término "Padre" tiene el Nuevo Testamento, tanto en los Sinópticos, como en Juan y en los escritos paulinos.

El misterio de Dios se hace aún más inabarcable, si es lícito hablar así, pero al mismo tiempo más inefable cuando Cristo nos descubre que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

- Padre de Nuestro Señor Jesucristo: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (2 Cor 1, 3; Ef 1, 3).
- Dios nuestro Padre".

Y este Padre es:

- “Un solo Dios, el Padre” (1 Cor 8, 6).
- Señor de cielo y tierra
- Todopoderoso
- Misericordioso
- Omnipotente...

Términos acuñados ya en el Antiguo Testamento: sobre todo en los Salmos; en Isaías; Oseas, etc.

Y en el Nuevo Testamento: Cristo nos presenta a Dios como Padre misericordioso (baste recordar la parábola del padre misericordioso, en el hijo pródigo, y tantos pasajes como: "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó" (Ef 2, 4); "Padre misericordioso y Dios de toda consolación" (2 Cor 1, 3); "Jesús revela el rostro de Dios Padre 'compasivo y misericordioso'" (Sant 5, 11)...

La "experiencia de Dios" para por el "Sentido" o "fundamento" de nuestra vida. Dios es la "consistencia" y "seguridad" de nuestra vida. Dios, que se ha revelado constantemente en la Historia, sigue manifestándose en nuestra historia personal. Dios es quien conduce la historia. Porque Dios no es un Dios ausente, sino presente en la Historia humana.

APUNTE 32º

EL CRISTIANO MÁS ALLÁ DE LO RELIGIOSO

1. Interacción Iglesia y Mundo:

- Iglesia: Sacramento de la Salvación: (LG 1). Por Iglesia nos referimos aquí, sobre todo, a la "dimensión estrictamente sagrada e institucionalizada en orden a la salvación cristiana".
- Mundo: "El Mundo es la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive": (GS 2). Por Mundo nos referimos aquí, sobre todo, al conjunto de individuos, individualmente considerados y a las estructuras humanas: sociales, económicas, políticas, culturales, profesionales, etc.

2. Iglesia y Mundo, dos realidades distintas que se complementan:

- La Iglesia, referida sobre todo al orden sobrenatural de las personas, parte de la Revelación y la presencia de Dios en el mundo.
- El Mundo, referido sobre todo al orden natural de las personas y las estructuras, parte de la autonomía de lo temporal y profano.
- La Iglesia: "La misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también impregnar y perfeccionar el orden temporal con el espíritu evangélico": (AA 5).
- El Mundo: Autonomía de los profano, en conexión con lo sagrado.

3. Autonomía de lo profano:

- La Iglesia tiene también la misión de colaborar a estructurar el mundo profano, sin buscar dominarlo: (GS 31). La fe es motivo que obliga a no descuidar las tareas temporales, ya que los asuntos temporales no son ajenos a la vida cristiana: (GS 43).

- El Mundo: La autonomía no significa que las cosas no dependan de Dios y que el hombre pueda usarlas sin referirlas a Dios: (GS 36).

4. Los cristianos tienen que ir más allá de lo religioso:

- El cristiano, desde su libertad, ni ha de sacralizar lo temporal, ni ha de profanar lo religioso.
- El cristiano debe ser responsable, tanto en cuanto cristiano, como en el ejercicio de su profesión; porque es un testigo de Cristo.
- Para que la sociedad funcione y la semilla del evangelio fructifique, se requieren unos presupuestos básicos, mínimos:

a) Justicia cristiana, que es la base de la caridad y entendimiento entre los individuos y los pueblos.

b) Libertad cristiana, que es la base del progreso.

c) Estructuras socio-económicas estables que hagan posible el desarrollo.

APUNTE 33º

DIOS ES PALABRA Y SE COMUNICA

La Carta a los Hebreos dice: "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otros tiempos a nuestros padres, por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo" (Hebr 1,1-2).

Dios ha hablado de múltiples maneras:

- Por la Creación
- Por los Profetas
- Por su Hijo Jesucristo
- Por la Iglesia

Por la Creación:

La primera, espléndida y vibrante voz de Dios es la Creación, donde todas las criaturas cantan la gloria del Creador. Como su gran director que es, Dios va dirigiendo esta gran orquesta universal, de la Creación, donde nada ni nadie desafina. Y el Hombre es el solista que tiene que interpretar el aria dificilísima de la evolución para llevar el mundo, como diría Theilhard de Chardin, hacia su definitiva grandeza.
Toda la Creación es como un salmo de infinita grandeza que canta la gloria de Dios.

Por los Profetas:

Aunque no él único, pero el profetismo fue el gran ministerio por el que Dios habló de modo particular al Pueblo de Dios. "Dios suscitará de en

medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis" (Deut 18,15).

La historia del Pueblo de Dios en el Antiguo Testamento está conducida por la Palabra de Dios. Hay personajes concretos que, elegidos por Dios, han sido fundamentales para transmitir el mensaje de Dios: Noé, Abraham, Moisés, Samuel, David, Salomón y tantos otros, entre los cuales los Profetas ocupan un lugar preeminente.

Por su Hijo Jesucristo:

En el evangelio de San Juan se habla de Cristo como el Verbo, la Palabra. Habiendo hablado Dios de múltiples e ininterrumpidas formas, su Palabra definitiva y más vibrante la da por su Hijo Jesucristo; que es Verbo, pero también "pontifex", es decir, Puente. Sumo Pontífice de nuestra fe, dirá la Carta a los Hebreos (Hebr 3).

Un puente sirve para unir dos orillas. Y Cristo es el puente que une a Dios con el hombre, las dos orillas que permanecían incomunicadas por el pecado. Es Verbo, es decir, la Palabra suprema de Dios: "La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros" (Jn 1,14).

Por la Iglesia:

Esta Palabra de Dios, Cristo, permanece en la Iglesia, por la que continúa realizando la salvación.

El Concilio Vaticano II lo expresa así: "Dios quiso que lo que había revelado para salvación de todos los pueblos se conservara íntegro y fuera transmitido a todas las edades" (DV 7).

Esta transmisión se realiza por:

- Por los apóstoles
- Por el anuncio que la misma Iglesia hace de la Palabra de Dios.
- Por el magisterio de los legítimos Pastores.

La Palabra de Dios actúa en nuestra vida.

La Palabra de Dios se presenta como:

- Palabra de Dios escrita: la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento
- Palabra de Dios que se proclama:

a) En el culto (sacramentos)

b) Por el Ministerio de la Evangelización por medio de la predicación

c) Por el Magisterio del Papa y los Obispos.

Una vez más, el Vaticano II dice: "La Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree" (DV 8).

La Palabra se hace vida en nuestra vida:

Lógicamente, la Palabra exige una actitud por parte del creyente. Lo primero es:

- Escucharla
- Leerla
- Abrirse a ella

Es así como fructificará. La Palabra es semilla sembrada en la tierra del creyente. Están los que "la oyen y no la ponen en práctica" y los que "la oyen y la ponen en práctica" (Mt 7, 24-26).

APUNTE 34º

LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE LA COMUNIDAD

La Eucaristía es Pan de vida.

"Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo. El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él. El que come de este Pan, vivirá para siempre". "Esto es mi Cuerpo que es entregado por vosotros, haced esto en memoria mía".

Así se expresa Cristo en el Evangelio. Se queda con nosotros y lo hace en la forma asequible, inteligible y familiar del pan. Presencia real, por más que misteriosa, pues siempre nos moveremos en el campo de la fe, y presencia que es entrega total de su vida.

En la Didajé se dice:

"Hay dos caminos, el de la vida y el de la muerte, y grande es la diferencia que hay entre estos dos caminos. El camino de la vida es éste: 'Amarás en primer lugar a Dios que te ha creado, y en segundo lugar a tu prójimo como a ti mismo. Todo lo que no quieres que se haga contigo, no lo hagas tú a otro'...".

Éste es, cabalmente, el sentido de la Eucaristía: un camino a la vida, donde el amor a Dios y al prójimo se identifican. El amor cristiano no es teórico, tampoco una metáfora.

La Didajé va directa al grano, porque la eucaristía es sacramento de vida, y por consiguiente, de compromiso real, y concretiza en casos y situaciones de son de acuciante actualidad:

"Segundo mandamiento de la doctrina: No matarás, no adulterarás, no corromperás a los menores, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia o la hechicería, no matarás el hijo en el seno materno, ni quitarás la vida al recién nacido".

Es evidente que si se fija en cosas tan puntuales, es porque el problema existía entonces, como existe hoy. Y es necesario tener espíritu de discernimiento para saber distinguir y saber optar.

La Eucaristía es el juicio inexorable para la conciencia de la sociedad de hoy y de siempre. Luego prosigue:

"No codiciarás los bienes del prójimo, no perjurarás, no darás falso testimonio. No calumniarás ni guardarás rencor. No serás doble de mente o de lengua, pues la doblez es lazo de muerte. Tu palabra no será mentirosa ni vana, sino que la cumplirás por la obra. No serás avaro, ni rapaz, ni hipócrita, ni malvado, ni soberbio. No tramarás planes malvados contra tu prójimo. No odiarás a hombre alguno, sino que a unos los convencerás, por otros rogarás, a otros los amarás más que a tu propia alma...".

Cabe preguntarse: ¿Por qué hay, en algunos cristianos, una especie de deserción de la Eucaristía, o bien, una separación de hecho entre la Eucaristía y la vida real?

La respuesta se antoja fácil: Para quienes asistir a la Eucaristía no pasa de ser un precepto o mandato de la Iglesia, o el compromiso para satisfacer íntimas exigencias de una personal religiosidad, o el cumplimiento de unos determinados compromisos sociales, la Eucaristía no les dirá nada.

La Eucaristía es para escuchar el Evangelio, orar a Dios, reavivar el espíritu, y comulgar con Dios y con los hermanos. La Eucaristía es un sacramento de y para la Comunidad.

En la "Epístola de Bernabé",

(de autor desconocido), llamada así por Clemente de Alejandría, a principios del siglo III, también se parte de los contrapuestos: Hay dos caminos.

"Dos caminos hay de doctrina y de poder: el de la luz y el de las tinieblas".

Y señala:

"Pero grande es la diferencia entre los dos caminos, pues sobre uno están establecidos los ángeles de Dios, portadores de luz, y sobre el otro, los ángeles de Satanás. Uno es Señor desde siempre y por siempre, y el otro es el príncipe del tiempo presente de la iniquidad.

El camino de la luz es éste. Si alguno quiere seguir su camino hacia el lugar fijado, apresúrese por medio de sus obras. Ahora bien, el conocimiento que nos ha sido dado para caminar en él es el siguiente:

Amarás al que te creó, temerás al que te formó, glorificarás al que te redimió de la muerte. Serás sencillo de corazón y rico de espíritu. No te juntarás con los que andan por el camino de la muerte, aborrecerás todo lo que no es agradable a Dios, odiarás toda hipocresía, no abandonarás los mandamientos del Señor".

La **“Epístola de Bernabé”** incide también en tres casos concretos:

“No fornicarás,
no cometerás adulterio,
no corromperás a los jóvenes”.

Lejos de ser una doctrina moralizante, es un juicio de valor, un discernimiento de los valores y los contravalores, partiendo de la Eucaristía.

La Eucaristía es sacramento
de **perdón,**
de **misericordia,**
de **amor,**
de **comunión.**

De ahí que san Pablo dirá: *“Formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan”.*

Jesús instituyó la Eucaristía, mandó perpetuar su gesto, porque se trata de un acto de comunidad cristiana. En consecuencia, quienes participan en la Eucaristía tienen que sentirse unidos.

Las palabras de Cristo: *“Venid a Mí los que estáis agobiados”,* se entienden perfectamente desde el marco de la Eucaristía. En nuestro mundo hay a veces profundas tensiones y divisiones, tanto en el ámbito social y político, económico y cultural, como en el religioso.

La Eucaristía es el punto de encuentro y de unión.

La Eucaristía es fuerza transformadora de la comunidad que está llamada a ser presencia de Dios en el mundo y constructora de su Reino.

APUNTE 35º

LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE PLENITUD

La Eucaristía: sacrificio y banquete.

En el libro del profeta Isaías (6,8), se dice:
"Percibí la voz del Señor que me decía:
¿A quién enviaré? ¿Y quién irá de parte nuestra?
Dije:
Heme aquí, envíame".

Naturalmente, quien se ofrece auténticamente, es Cristo, el Dios hecho Hombre. Siendo Dios y Hombre, todos sus actos tienen valor infinito. Cristo se ofrece como Víctima de propiciación. Cristo sube a la cruz como Víctima del Sacrificio.

En la carta a los Hebreos se dice: *"¡Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!"* (Hbr 9,14).

Y un poco más adelante añade: *"Cristo se ofreció una sola vez para borrar los pecados de todos"* (Hebr 9,29).

Cristo vino al mundo por amor a la humanidad. Vino a salvarnos. Libre y voluntariamente ofrece su vida por todos, y se convierte en el Cordero inmolado por la redención de la Humanidad (Jn 1,29).

La Eucaristía: Banquete de Cristo.

Una ofrenda hecha a la divinidad, significa sintonizar con la divinidad. Y es motivo de gozo, de alegría, de fiesta. De ahí que la culminación de una fiesta es siempre el banquete.

En términos cristianos ocurre exactamente lo mismo. El Sacrificio de Cristo en la Cruz se convierte al mismo tiempo en banquete. Él, que es la Víctima, es también el alimento, el banquete en plenitud. Banquete de gozo, de alegría. De acción de gracias, en definitiva, que eso significa Eucaristía.

Cristo se da en alimento sobrenatural. *"Comed, esto es mi Cuerpo" "Bebed, esta es mi Sangre".* Banquete real, sobrenatural, de plena sintonía con Cristo, pero que nada tiene que ver con un acto, por ejemplo, de canibalismo.

En la Eucaristía estamos en un plano real, pero sobrenatural. Nada tiene que ver con la *"cosificación".* O burda materialidad. No tener ideas claras al respecto nos llevaría a la situación de los judíos cuando Cristo les anunció este misterio: *"¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?",* dijeron. Se escandalizaron y se fueron.

Algo semejante le había ocurrido a Nicodemo cuando al preguntar qué tenía que hacer par salvarse, Cristo le respondió que tenía que volver a nacer (Jn 3). Nicodemo lo tomó al pie de la letra. Pero en vez de levantarse, escandalizado, y marcharse, preguntó. Y entendió lo que Cristo le estaba diciendo. *"Yo soy el pan de vida. El que viene a Mí ya no tendrá más hambre y el que cree en mí jamás tendrá sed"* (Jn 6,35).

El banquete eucarístico tiene una particularidad. Se trata, como ya se ha dicho, de un banquete sacrificial. Es decir, el alimento es la misma ofrenda, o sea, Cristo. El sacrificio culmina con la consumición de la ofrenda. En el banquete se sintoniza con la divinidad.

Por eso, no tiene sentido participar en la Eucaristía y no comulgar, porque se vacía de sentido el Sacramento que, por cierto, no es un sacramento de *"devoción"* sino de *"Vida".*

La Eucaristía es, en definitiva, el Sacramento del encuentro total con Cristo, que al ofrecerse Él al Padre nos está ofreciendo a nosotros con Él. Es, además, un banquete que anticipa el definitivo banquete de comunión eterna con Dios en la eternidad.

En verdad, pues, que la Eucaristía es Sacramento de plenitud y d vida. Centro de la vida misma de la Iglesia.

APUNTE 36º

LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE RESURRECCIÓN

La Eucaristía centro de la Comunidad.

Sin Eucaristía no hay Comunidad cristiana. La Eucaristía constituye el centro de la Comunidad creyente. Cristo prometió su presencia en medio de nosotros. De muchas maneras se hace presente en cada uno en lo personal, y en la Comunidad cristiana. Cierto que la suya es una presencia misteriosa, pero real.

En el Evangelio de san Juan, sobre todo en el capítulo seis, lo anunció reiteradamente. Su presencia no es un sueño, una imaginación. Ni un deseo anhelado por parte de los creyentes. Es presencia real. Él prometió quedarse con nosotros y lo cumplió.

Es una presencia que comunica vida. Su propia vida. La misma que entregó en la cruz por nuestra salvación. Los cristianos lo captaron perfectamente. A partir de la Resurrección entendieron lo que se decía de él en las Escrituras. Y comienzan, desde el principio, a celebrar la Fracción del Pan.

Las primeras Comunidades cristianas sabían perfectamente que no es suficiente creer en lo que dicen las Escrituras. Que es necesario ponerlo en práctica. Cristo, al instituir la Eucaristía, dice: “Haced esto en

memoria mía” (Lc 22, 19). Y su deseo y mandato la Iglesia lo cumplió desde el principio.

Los cristianos supieron siempre la necesidad de vivir la fe en Comunidad. Y supieron que la Comunidad se construye desde Cristo, cuya presencia está garantizada en la Eucaristía. Y supieron que el punto de encuentro es Cristo Resucitado. Por eso, la Eucaristía es el Sacramento de la Resurrección.

La Eucaristía sacramento de unidad y de perdón.

La Iglesia sabe perfectamente que es una Comunidad de pecadores. Cristo eligió a los apóstoles no por ser personas mejores ni peores que los demás. Eligió gente normal y corriente. Pero la gente normal y corriente tenemos la conciencia clara de ser pecadores.

La Iglesia, Sacramento de Salvación, como la define el Vaticano II, es al mismo tiempo una Comunidad de pecadores. Todos somos pecadores.

Pero es ésta una clave preciosa para entender la realidad de la Iglesia. Quien se siente lleno de todo, que nada le falta, no acudirá a nadie. ¿Para qué? En cambio, quien se siente pobre, necesitado, indigente, acude ¿A quién? A quien ha venido para ayudarnos a echarnos una mano, a que superemos nuestras dificultades. A salvarnos, en definitiva.

De ahí que la Eucaristía, es decir, la presencia real de Cristo en el sacramento de la gratitud, del amor y del perdón, sea el signo de la unidad y del perdón.

En realidad, cuando nos acercamos a la Eucaristía, nos acercamos a recibir el abrazo de la misericordia, de la ternura y del perdón del Señor.

La Eucaristía es al mismo tiempo sacramento de unidad, centro de la Comunidad. Cristo es el centro. San Pablo dirá: “formamos un solo cuerpo los que comemos un mismo pan” (1 Cor 10, 16-17). Por eso, quienes participan en la Eucaristía, no lo hacen única y exclusivamente a nivel individual, sino como miembros del Cuerpo total, que es la Iglesia, cuya Cabeza es Cristo. De ahí que la Eucaristía sea el sacramento de la unidad. Y al mismo tiempo, que la unidad tenga tanta importancia.

Es verdad que, incluso dentro de los cristianos, hay tensiones, divisiones. Somos humanos. Pero también es verdad, y bien lo sabemos, que por encima de nuestras divisiones está Cristo. La fuerza de nuestra unión está en Cristo.

Los cristianos estamos llamados a ser señal inequívoca de la presencia de Cristo en nuestro mundo. La Eucaristía es fuente de Vida. Es sentido pleno de la Resurrección de Cristo.

APUNTE 37º

LA FAMILIA REALIDAD HUMANA Y CRISTIANA

1. El amor en el matrimonio es un proyecto de vida en común:

- La sexualidad es dimensión esencial del amor del ser humano.
- En orden a la realización de la persona en el matrimonio.
- Para integrar, en la confianza y aceptación mutua, los valores de los dos, varón y mujer.
- Y abiertos a la vida: los hijos.

2. El matrimonio cristiano realización en Cristo del amor humano:

- La persona, programada para amar, está orientada y abierta sexualmente al matrimonio.
- El amor en el matrimonio es una realidad humana.
- Pero también es una realidad divina.
- El cristiano, por el sacramento, integra las dos realidades.

3. La familia es una realidad histórica:

- Sometida, tanto positiva como negativamente, al devenir de la misma historia.
- Pero imprescindible para la marcha de la humanidad.

4. Visión del matrimonio y la familia como realidad cristiana:

- Realización del plan de Dios sobre el Hombre, varón y mujer: “Creced y multiplicaos” (Gn 1,28).
- Para los cristianos el matrimonio es un sacramento:
- Signo del amor de Dios en Cristo.
- Signo del amor de Cristo a la Iglesia.
- Signo de la misma Iglesia.
- El matrimonio, y subsiguiente realidad de la familia, están llamados a ser testigos del amor y presencia del Dios en el mundo.

APUNTE 38º

LA FAMILIA ÁMBITO NATURAL DE LA VIDA

La familia, comunidad natural

La experiencia, la observación, la naturaleza, y el sentido común, nos dicen que la Familia es el ámbito natural de y para la vida.

La Familia es, antes que nada, la primera comunidad natural, formada por:

- Los padres
- Los hijos
- Otras personas, circunstancialmente.

La Familia es una institución:

- Natural
- Necesaria
- Social

La Familia es el cauce natural para:

- Reproducir la vida
- Proteger la vida
- Perpetuar la vida

La Familia es la base de la sociedad.

De ahí se sigue:

- Respetar la dignidad de sus propios miembros
- Respetar la dignidad de los demás
- Respetar el orden de la misma naturaleza
- Respetar la ley natural y moral

- Respetar los derechos propios y de los demás

La Familia es sujeto de:

- Derechos
- Obligaciones

Derechos:

a) Vida
b) Integridad
c) Propiedad
d) Subsistencia
e) Trabajo
f) Educación de los padres y los hijos
g) Autoridad de los padres sobre los hijos
h) Protección
i) Religión
j) Etc

Obligaciones:

a) Defender la vida propia y ajena
b) Defender los intereses propios y ajenos
c) Contribuir al bienestar propio y ajeno
d) Colaborar en el bien común
e) Etc.

Por todo esto y mucho más, es claro que la Familia es el ámbito natural de la vida.

APUNTE 39º

LA FAMILIA, AREÓPAGO DEL DIÁLOGO

La Familia es obra directa de Dios,
como consta en el primer libro de la Biblia, el Génesis. El nido adecuado, amoroso y caliente, donde se desarrolla la vida del ser humano al nacer. La expresión más gozosa y lugar propio del desarrollo del amor humano.

Como ocurre en la Trinidad divina de Dios, también la familia es una trinidad en la tierra: padre, madre, hijo, o hijos.

La primera célula de la sociedad humana, aúna una serie de valores y contravalores, sentimientos, sensibilidades, etc., que se entrelazan. No siempre resulta fácil, en consecuencia, la convivencia. Se necesita, pues, una enorme dosis de humildad, paciencia y comprensión. Y mucho diálogo. Padres entre sí, padres e hijos, hermanos entre sí, todos necesitan dialogar. El diálogo es fácil si se realiza desde el amor y el respeto.

Es natural, pues, que la familia sea el areópago más adecuado para el diálogo entre sí, y con la sociedad.

1. La Familia, una realidad permanente y estable, pero sometida al devenir histórico:

- La Familia, vista desde de la historia:

a. Realidad humana.
b. No siempre diferenciada con lo religioso.

c. Institución en crisis: poligamia, divorcio, etc.

- La Familia vista desde la Biblia:

a. La Familia Patriarcal, sometida al clan: (Gn 15, 4-5; 22, 26, 1-6).

b. La Familia israelita, con libertad sobre el clan: (Num 36; Gn 2, 18-24).

c. La Familia vista por los profetas: signo de Alianza Dios con el Pueblo: (Os 1-3; Jer 16, 1-14).

d. La Familia "deuteronomista": Educación en el hogar: Dt 6, 4-7; 6, 20-25; 11,19; 13, 7-12; Prov 1,8; 4; 19,26).

2. La Familia en sentido cristiano:

- La Familia obra de Dios: (Gn 1, 26-31; 2, 18-23).
- La Familia reflejo de Dios: trinidad y unidad.
- La Familia sacramento de Cristo.

3. La Familia cristiana obra de Cristo:

- Redimida por Cristo (GS 48).
- Elevada a la dignidad sacramental, e indisoluble: (Mt 19, 3-9; Mc 10, 1-12; Lc 16, 18).
- Signo del amor de Cristo a la Iglesia: (Ef 5,32; LG 11).

4. La Familia cristiana se realiza a semejanza de la Iglesia:

- La Familia Iglesia doméstica: (LG 11; GS 48).

a) Comunidad de Fe: los padres primeros de la Fe (LG 11).

b) Comunidad de Culto: oración y participación en la Liturgia (GS 48).

c) Comunidad de amor: testigo de las virtudes del Reino (LG 11; 41; GS 48).

- Testimonio: escuela del más rico humanismo (GS 52).

APUNTE 40º

¿EXISTE LA FAMILIA IDEAL?

Una institución de orden natural como es la familia, por más que esté llena de valores, nunca, sin embargo, podrá alcanzar el listón o marca que pudiera llamarse "ideal".

Es claro que la Familia ideal no existe, ni va a existir. Porque está abocada, no en lo substancial, sino en lo accidental, al vaivén de la contingencia. El día al día, y cotidiano roce con el ambiente que pone límites a esa meta ideal.

La familia se mueve entre dos realidades:

- **Esencia**
- **Contingencia.**

La contingencia está marcada por:

- Obligaciones y deberes
- Consumismo
- Privacidad

La personalidad que contiene en sí misma la familia le lleva a:

- Valorarse a sí misma
- Tener sentido de la solidaridad

Siendo esto tan obvio, el trabajo mismo de llevar adelante esta tarea le hace estar siempre en el roce de la realidad que es la que marca la contingencia.

Así, por ejemplo:

Las obligaciones y deberes: hacen que la Familia no se limite sólo a sí misma; se debe también a los demás. Depende también de los demás. Cualquier incumplimiento de cualquiera de ambos términos puede ocasionar situaciones conflictivas que redundarán en la precariedad o contingencia.

El consumismo: es uno de los factores que más pueden desestabilizar a la Familia.

En cuanto al factor privacidad: es éste un valor a la baja hoy en día. Comenzando por los medios de comunicación social, son cada más los factores que inciden para que la familia goce cada día menos de este privilegio de la privacidad.

¿Vamos hacia un tipo de familia que se parece más a una empresa que a una comunidad de personas?

En cuanto a la esencia misma de la familia:

- seguramente no.

En cuanto al estilo de vida:

- posiblemente sí.

Por otro lado, al poder controlar la procreación, de modo calculado y científico (cosa que no ocurría en el pasado inmediato), en la familia va a primar más:

- la razón que el corazón
- lo calculado que lo afectivo
- el autoritarismo que el paternalismo

- el individualismo que la puesta en común.

A pesar de todo, y sin caer en la utopía de la familia ideal:

- la familia es el ámbito humano y privilegiado de comunión y de participación: o sea, la relación interpersonal.
- la familia es la escuela del más rico humanismo: la base es el amor.

El Documento Gaudium et Spes del Vaticano II lo dice con una frase rica de contenido y feliz en la expresión: La familia es una "íntima comunidad de vida y amor" (GS, 48).

Esta comunidad de vida y amor conlleva, naturalmente, la base necesaria de una estructura familiar, que pertenece al primer apartado: La realidad de lo esencial en la familia.

Esta realidad se caracteriza por ser una estructura:

- más democrática, menos autoritaria
- más igualitaria, menos prepotente
- más corresponsable, frente al autoritarismo-obediencia
- más participativa
- más diálogo familiar.

Juan Pablo II, en la exhortación apostólica "Familiaris consortio", dice que "la familia es la primera, fundamental e insustituible escuela de socialidad" (FC, 37).

Es una gran riqueza para la familia tener conciencia de saberse poseedora de una serie de valores que forman su núcleo central y que

la hacen solidaria con el conjunto de la sociedad que, a su vez, también está formada de familias.

APUNTE 41º

SOCIEDAD ENFERMA

Instintos enfrentados

Nuestra sociedad está enferma. Gravemente enferma. ¿Quién lo puede dudar? El cáncer de la violencia, despiadada y criminal, incurable hoy por hoy, lo demuestra. Pensemos en las inauditas masacres del 11 S, del 11 M, del 7 J. Nueva York, Madrid, Londres... Por este orden.

Mentes capaces de idear, o de llevar a ejecución, semejantes atrocidades, son mentes criminales. Por desgracia, conviven con la raza de los civilizados.

En el ser humano cohabitan, permanentemente enfrentados, dos instintos: el instinto de muerte y el instinto de vida. Contra el primero, no se ve solución. Hoy, quien quiera hacer el mal por el mal, lo puede hacer. No hay quien pueda frenarlo.

La naturaleza, siendo como es, genéticamente depredadora, no está programada para actuar con esa irracional brutalidad. El ser humano nació para proclamar la vida, no la muerte.

Es verdad que en la naturaleza unos a otros nos devoramos. Por más que sea duro constatarlo, y aunque parezca contradictorio, es ley de vida. Es la ley de la supervivencia.

Hay seres, los animales en general, que se alimentan de vegetales, como son plantas, hierbas, etc. Los vegetales tienen vida. Vida vegetal, pero vida. Y sin embargo, se destruye para que otros a su vez puedan vivir, como son los animales, irracionales y racionales. A su vez, el ser humano se alimenta de animales, supuestamente irracionales, como pueden ser vacas, corderos, etc; y de peces. Son vidas. Vidas que se destruyen en beneficio de otras vidas.

Es la cadena de destrucción irremediablemente necesaria. Cada especie cumple su ciclo vital individual. Y al mismo tiempo colabora en el conjunto vital, global. Incluso la raza humana ha pasado por fases de antropofagia.

Siendo así las cosas, hay, no obstante, una armonía. Es la ley de la selva, habría que decir. Dura ley, dura constatación. Unos a otros nos devoramos, es el *thánatos* o muerte necesaria en bien de la vida global. Y todo sucede de modo tan natural que ni cuenta nos damos de que estamos viviendo porque otros se han sacrificado por nosotros.

Habrá quien diga: yo tengo tanto amor a los animales que jamás como carne. Soy vegetariano. Muy bien. Pues has de saber que las plantas de las que te alimentas también tienen vida. Vida que se ha sacrificado para que tú, a la vez, también puedas vivir.

La violencia criminal.

La violencia criminal no entra habitualmente, por gracia, en el ciclo ordinario y vital de la naturaleza. Y sin embargo, estalla con alarmante frecuencia. Lo peor, cuando la violencia es masiva, premeditada y criminal.

Se puede comprender que alguien, en un momento de arrebato emocional, pierda el control de sus instintos y de su mente y llegue a cometer un crimen, por venganza, o por lo que fuere. Se podría argumentar obcecación.

¿Pero cuando la violencia es masiva, premeditada? Horrorizan los atentados en Nueva York, Madrid, o Londres. Y Dios quiera que haya que añadir más nombres a la lista.

Horrorizan igualmente las guerras. Por más que a nivel de humanidad, y quizá por estar más acostumbrados a ellas, estemos perdiendo o hayamos perdido la sensibilidad o la capacidad de horrorizarnos. Nada justifica una guerra, por más que se les busque justificaciones. Sin duda que los terroristas, que son capaces de volar torres, trenes, autobuses, y lo que se ponga por delante, también buscarán una justificación a sus crímenes.

Pues no. No hay justificación. Ni para las masacres terroristas, que por inesperadas y brutales impactan más la sensibilidad. Ni para las guerras, que por tan repetidas, nos hayamos acostumbrado y nos impacten menos.

Urge una concienciación pedagógica.

Nuestra sociedad está gravemente enferma. Y una de dos, o la curamos o se nos muere.

Es urgente que, comenzando por los dirigentes de las naciones, se tengan reuniones y foros de concienciación para empezar una labor pedagógica y urgente a favor de la vida.

También urge que en las universidades, colegios mayores y simples colegios o escuelas, los docentes hagan esta labor pedagógica para concienciar a los alumnos en pro de la vida.

Y la misma labor incumbe a los padres de familia en cada hogar. La primera escuela de valores es la familia. Pero hay gobiernos que no respetan a la familia.

Por ejemplo, no se respeta a la familia cuando se autorizan matrimonios contra natura. Una cosa es matrimonio, otra unión.

El matrimonio sólo puede darse, por la misma ley de la naturaleza, entre un hombre y una mujer.

La unión, por el contrario, puede darse, y se da, entre individuos del mismo género.

Confundir, consciente o inconscientemente, y no saber diferenciar entre matrimonio y unión, es error de lesa humanidad. Hace daño, por las consecuencias, a toda la humanidad.

Tampoco se respeta la familia cuando se autoriza el aborto. El aborto, guste oírlo o no, es matar a inocentes. Tan inocentes que están en la indefensión total.

Y si una madre, toda mujer lo es cuando está gestando, es capaz de matar un hijo por el aborto, ¿qué se puede esperar de ella?

Puede que haya sido violada y, en consecuencia, no desee ese hijo. Se comprende que no lo quiera, en esas circunstancias. Pero que se dé cuenta que si ella no lo quiere, no faltará quien quiera hacerse cargo de ese hijo. Muchísima gente busca niños de adopción.

Todo, menos matar a un ser indefenso. El aborto es también un atentado a la familia.

Acudir a Dios.

Hoy, más que nunca, urge acudir a Dios. Sólo él es el dueño de la vida. Y urge acudir al Evangelio, acudir al encuentro con Cristo. Él, que pasó por el mundo "haciendo el bien y curando toda enfermedad", es quien puede echarnos una mano y sacarnos de esta situación absurda en que la humanidad está metida por culpa de la violencia.

¿De qué sirve una sociedad sin humanidad? ¿De qué sirve una sociedad sin corazón? ¿Qué nos está pasando con una sociedad que crea tales monstruos?

La sociedad necesita directrices morales y principios de orientación. La sociedad necesita vivir civilizadamente.

APUNTE 42º

LA MÍSTICA A LA BAJA

La mística y lo religioso.

Haya sido quien haya sido su autor, haya sido Malraux, haya sido Rahner, o los dos, da lo mismo. La frase se cita mucho, pero uno tiene la impresión de que al citarla se la desenfoca. En resumidas cuentas, dicen que ambos dijeron, y ya es coincidencia: "el próximo será un siglo de místicos o no será", (Rahner), cristianamente hablando. "El siglo XXI será religioso o no será", (Malraux). Y sin embargo, será. El mundo da muchas vueltas. El viento sopla donde quiere. Será.

Qué significa esto. Dos cosas. Primera: significa que el sentido religioso del ser humano jamás desaparecerá. Es cuestión genética. Lo religioso está en los genes del ser humano. Segunda: significa al mismo tiempo que el propio ser humano tiene que activar los resortes de lo religioso, para que lo religioso influya en él y en el entorno. Valga un ejemplo: si no doy al switch o interruptor, la bombilla no se enciende. De qué sirve que la luz esté ahí si no la conecto. De qué sirve ser genéticamente religioso si no activo mi potencial religioso.

El tema religioso seguirá inspirando el arte, en sus múltiples y tan variadas facetas. Y seguirá inspirando los sentimientos y el comportamiento de los seres humanos.

Lo religioso siempre actual.

El tema religioso, en sí, sin ponerle adjetivaciones, es siempre tema de acuciante actualidad.

Pero conviene acentuar más lo religioso que lo místico. Lo religioso es más real, asienta sus bases en la realidad. Lo místico tiene una dimensión más corta y cerrada, y tiene el peligro, más de flotar en una especie de nube de estructura poética y utópica, que de realidad cotidiana.

Los dos autores aludidos, entiendo que van por la línea trillada de la realidad. No me imagino a Malraux ni a Rahner en plan de utopías místicas ajenas a la realidad.

Y si hay que decantarse, es preferible la realidad. Las utopías valen en la medida que reflejan o llevan a una realidad. Lo religioso en el ser humano es una realidad de su propia cotidianidad. Y no depende de él. Y esa impregnación congénita de lo religioso, el ser humano la expresará o no de muchas maneras. Más consciente o menos conscientemente. Condicionado por el ambiente que le rodea y la religión a la que pertenezca, que le irá marcando cauces de comportamiento.

Importancia de la oración

Una de estas dimensiones de lo religioso, y por cierto muy importante, es el sentido de la oración.

Y así, tomando como referencia el ejemplo mejor y más universal, Cristo, vemos que Cristo nunca fue un místico; y sí un hombre de mucha y profunda oración. Por qué. Porque no se andaba por las

nubes. No flotaba en una nube. Pisaba fuerte la realidad. Por eso era creíble. Por eso la gente confiaba plenamente en él.

Cristo estaba con la gente, se daba a la gente. Era profundamente realista. Y se acercaba a la gente para hacer el bien, curando las dolencias materiales y espirituales; infundiendo esperanza.

Los místicos, en el sentido negativo explicado, suelen carecer del don de la realidad. Flotan a saber en qué nube. Les falta la dimensión de los grandes soñadores, hombres y mujeres, clarividentes en ideas, utópicos donde los haya, que ven más allá de lo que ven los demás. Se adelantan a los acontecimientos y hacen historia. Es el caso de los profetas bíblicos. Es el caso de Cristo.

Cristo fue un gran soñador, un gran utópico; todo lo contrario de un místico. Su utopía está anclada en la realidad. Por eso fue capaz de construir humanidad, de hacer historia. Nada más lejos de la mística que el amor. Nada más cerca de la realidad que el amor. Cristo es el Dios-con-nosotros. Y Dios es amor.

Multiplicación de los panes.

Avalando lo dicho, en los cuatro evangelios se narra el pasaje de la multiplicación de los panes. Lo que se ha llamado el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero resulta ser un milagro que hay que mirarlo más por pasiva que por activa.

Cuando Cristo vio que la gente que le seguía estaba hambrienta, lo primero que hace es decir a los apóstoles: “Dadles vosotros de comer”. Y la respuesta al canto: “No tenemos con qué”. Esa es la

respuesta fácil, evasiva al mismo tiempo; propia de un místico que no pisa la realidad. Claro que tenían. Y Jesús lo que hace es invitarles a compartir lo que tienen.

Y para que se den cuenta de que sí tienen, pregunta: Cuánto pan tenéis. Y la respuesta: cinco panes y dos peces.

No importa si es mucho o es poco. En realidad era poco, y sin embargo, oh ironías de la vida, alcanzó y aún sobró.

Cristo, que tenía el maravilloso don de la ironía, aún debe estar riéndose de la doble respuesta que le dan.
Primera: no tenemos.
Segunda: tenemos cinco panes y dos peces. Para qué más. Basta y sobra.

Y lo primero que hace es orar al Padre. ¿Qué le pidió al Padre? Posiblemente, que la gente fuera más generosa. Que compartieran. Compartieron. Y comieron todos. Dice el evangelio que de sólo hombres eran más de cinco mil.

Sobra comida. Sobra cuando se tiene la voluntad y la decisión de compartir. Para eso hay que estar en la realidad. Y la realidad es que hay mucha gente hambrienta, necesitada, a la que no se la quiere ver.

Comieron todos juntos.

Muy bueno el detalle. Comieron todos. Y todos juntos. Y no por el milagro fácil de Cristo: multiplicar panes y peces. Sino por el milagro difícil de la gente: poner al servicio de los demás lo poco que se tiene.

El verdadero milagro, se produce cuando se comparte de corazón lo que se tiene, entonces hay mucho más de lo que pensamos. El gesto de alguien que puso lo suyo al servicio de los otros hizo que los demás lo imitaran. Y claro que hubo para todos. Habría que llamar a este milagro el milagro del desprendimiento. Un mundo de tacaños produce hambre y pobreza. Un mundo de generosidad produce bienestar.

Curiosamente, la multiplicación de los panes y peces tiene, sin duda, un trasunto de eucaristía. Es como una flecha lanzada en dirección a la eucaristía.

La eucaristía es también un banquete. Pero es que todo el sentido y contenido del Reino de Dios está expresado en la metáfora de un banquete. El Reino de los cielos es un banquete de bodas, por consiguiente, de gozo, de alegría, de fiesta, de compartir.

Este milagro nos invita a nosotros a descubrir que el proyecto de Jesús es reunirnos en fraternidad real y universal. Al Reino de los cielos no se puede ir por libre.

Es importante saber compartir "nuestro pan y nuestro pescado". Es importante saber convivir con y como hermanos.
La multitud que seguía a Jesús es también un signo que nos recuerda que la fraternidad es la única manera de poder seguir a Jesús.
Estamos hechos para vivir juntos.

Efectivamente, estamos hechos para vivir juntos. Estamos hechos para comer juntos, compartiendo nuestra mesa. Estamos hechos para la amistad. De ahí que los humanos demos tanta importancia, y

multipliquemos tanto, los banquetes. Banquetes de bodas, banquetes en familia, por tan distintos motivos.

Por eso el banquete es la metáfora que mejor indica la realidad. Cristo utiliza este símil constantemente. Es el lenguaje que la gente entiende. Es el lenguaje de la realidad.

No valen flotantes místicas; cuenta la realidad. Y la realidad es que quien, tenga mucho o poco, si lo guarda para sí, al fin se queda sin nada. Porque se queda solo. Termina por no entrar en el banquete.

La realidad del Reino de los cielos está expresada en la forma de un banquete al que todos, como comunidad, estamos invitados.

Problemas sin resolver.

Y puestos los pies en la realidad, esa realidad en la que Cristo se encarnó, vemos que hay una serie ingente de problemas sin resolver. Están los problemas del hambre en el mundo; están los problemas de las injusticias y diferencias sociales; la mala distribución de los bienes naturales, que son para todos en general y no para unos pocos.

Cristo mandó repartir el pan y el pan alcanzó para todos, y sobró. Fue un reparto sin humillaciones. Se hizo desde un gesto de amor por parte de Cristo, de un amor que dejaba en evidencia los egoísmos y comprometía. Y la gente lo entendió. Y lo poco, se multiplicó hasta hacerse abundancia, quedando todos satisfechos.

No era una limosna. La limosna humilla, porque es algo que se da, normalmente porque sobra, y no se comparte. En cambio el banquete se comparte, se disfruta, y da alegría.

En un banquete de verdad no hay primeros ni últimos puestos, sino una auténtica confraternización. Todos son aceptados, todos son bienvenidos.

El banquete habla de solidaridad, nunca de egoísmos. En la multiplicación de los panes, Cristo nos dio la gran lección de la solidaridad.

No lo hizo desde la compasión, que la compasión tiene poco de cristiana. Lo hizo desde el amor, y el amor sí es cristiano. Profundamente cristiano. El amor es la esencia del cristianismo, y por consecuencia, del cristiano.

APUNTE 43º

NECESIDAD DE LA FE

Fe en crecimiento.

Cristo es contundente y claro: "Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5).

En su línea habitual, Cristo se dirige a sus discípulos y a la gente en general, mediante imágenes expresivas. Trae a escena el símil de la cepa y los sarmientos. Él es la cepa, nosotros los sarmientos.

Al sarmiento se le exigen dos cosas:

- estar vivo
- producir fruto.

Todo sarmiento que está vivo tiene que producir fruto:

- No es suficiente estar vivo.
- Hay que producir fruto.
- Un sarmiento vivo pero estéril no sirve.
- Mucho menos sirve un sarmiento seco.

En la metáfora que Cristo emplea, queda claro que, si no se produce fruto es porque: No está unido a Cristo, en consecuencia, no circula por él la savia de la vid, que es Cristo.

Aplicado esto a nuestra fe, significa que la fe tiene que crecer, tiene que dar frutos. De otro modo, la fe sería simple acumulación de creencias, pero no una experiencia viva de Dios en nuestra vida. Sin olvidar que la fe cristiana arranca de Cristo resucitado, al que nosotros estamos unidos a él por el Bautismo.

Cuando falta dinamismo cristiano.

El cristiano tiene que personalizar la fe. Tiene que hacerse responsable de su fe. Pero también necesita compartirla y vivirla en el seno de una Comunidad. Primero la Comunidad universal que es la Iglesia; y luego la Comunidad más inmediata que es la parroquia, o el entorno religioso en el que se desenvuelve ordinariamente la vida cristiana de cada quien.

Aflora un interrogante: ¿Por qué, a veces, se ve tan poco entusiasmo a la hora de vivir la fe con pujanza? La respuesta no se hace esperar: ¿No será la falta de compromiso el síntoma visible de que falta la unión con Cristo?

Esto es más que evidente. Hay quizá una aparente excusa: vivimos un mundo tan acelerado que nos fagocita. Estamos atrapados en una red de actividades, ocupaciones y problemas, tales, que pueden darnos la sensación de estar aplastados por el ambiente.

A veces la apariencia es realidad.

Y si cuando esto ocurre, lejos de acudir a Cristo, nos encerramos en nosotros mismos, necesariamente terminamos siendo los sarmientos estériles, incluso, secos.

sentirse más solo que nunca en su interior, incapaz de comunicarse vitalmente con ese Cristo en quien dice creer.

La fe es vida.

Nuestra vocación es vivir. Dios nos ha regalado la vida. Si a la realidad de la vida natural, añadimos el donde la vida sobrenatural, todo es Gracia por partida doble.

Nuestro destino es vivir. Pero hay cosas que estorban para poder vivir bien, como es la injusticia, el sufrimiento, la mentira y el mal ambiente que continuamente nos puede rodear y hasta dominar.

Es entonces el momento de recordar que la fe es vida. Pero la vida viene de Dios, de estar unidos a Cristo.

Cuando vemos que la práctica de la religión cada día decae más, lejos de acomplejarnos, o de pasar al montón borreguil de los conformistas, o de los que abiertamente son contrarios a la fe, hay que recordar las palabras de Cristo para llevarlas a la práctica:

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15,5).

La fe es:

- Don de Dios
- Vida, ganas de vivir, y ganas de crecer
- Actitud responsable y razonadamente personal

- Ver las cosas a la luz de Dios
- Encuentro con Cristo
- Encuentro con la Comunidad.

Quien se encuentra con Cristo y por él encuentra a Dios en su vida y en su modo de vivir, entiende por qué san Juan dice: “Dios es Amor” (1 Jn 4,16).

APUNTE 44º

OIR Y ESCUCHAR

En varios pasajes del evangelio se resalta la amistad que Cristo tenía con tres de los apóstoles; eran como sus predilectos, sus hombres de confianza. Sus nombres: Pedro, Santiago y Juan.

En cierta ocasión, ya en la proximidad de la pasión, se los lleva a lo alto de una montaña. Probablemente el monte Tabor. Allí Jesús se transfigura, su ropa resplandece de modo deslumbrador. El evangelio dice que Jesús está conversando con Elías y Moisés. Misteriosa teofanía. Paroxismo del asombro para los apóstoles, sobre todo para Pedro; éste en el colmo de su asombro exclama: "Voy a hacer tres tiendas, una para Elías, otra para Moisés y otra para ti". De él mismo y de sus compañeros ni se acuerda. "Qué bien se está aquí". Y naturalmente, si se está tan bien, pues nos quedamos aquí, y ya. Pero puntualiza el evangelio que estaba fuera de sí, que no sabía qué decía.

Se trata de una experiencia de fe, inenarrable, indescriptible, lo que los apóstoles sienten o experimentan. Cristo deja intuir, que no ver, su divinidad, y por consiguiente, su triunfo en un futuro ya cercano, sobre la muerte: su resurrección y glorificación.

Testigos atónitos, los apóstoles. Pero en cuanto Pedro toma la palabra, la visión desaparece. Y Cristo los manda descender a la llanura, es decir, a la cotidianidad. Y un mandato expreso: "No contéis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos".

Extraño modo de proceder de Cristo. ¿Por qué no contar una experiencia tan fascinante y única? La respuesta es sencilla. Porque es una experiencia de fe. Y la fe se tiene o no se tiene. Se experimenta en la medida que se tiene. Y resulta que los apóstoles comienzan a entender a Cristo, y por consiguiente todo lo relacionado con la fe, a partir de la resurrección. La fe no es para contarla, la fe es para vivirla. Valga un ejemplo trivial: por más que una persona esté viendo comer a otra, con sólo ver no se alimenta. Con la fe sucede lo mismo. Por más que me cuenten, si yo carezco de fe, nada entenderé. En cambio, a partir de la resurrección las cosas cambian, porque entonces todos estarán viviendo la misma experiencia.

En este pasaje, narrado por los tres sinópticos, una cosa llama la atención. Es cuando se oye la voz que dice: «Éste es mi Hijo amado: escuchadle».

"Escuchar" no es lo mismo que "oír". Por ejemplo, si pasa una ambulancia por la calle, oímos el ulular de la sirena, y nos quedamos impasibles. Tantas veces la oímos. En cambio, escuchar es otra cosa. Es poner atención, es abrir no sólo el oído, también el corazón. Se escucha más con el corazón que con el oído.

Escuchar es abrir el corazón, sin prejuicios, a los demás. Preocuparnos e interesarnos por sus problemas. Naturalmente, esto no es posible si estamos encerrados en nosotros mismos, en nuestros problemas.

En realidad, este es el problema del mundo actual, y no pequeño, el no saber escuchar. Nos puede ocurrir a los creyentes. Pero ocurre con seguridad a los que no lo son. Y digo "creyentes", no

específicamente “cristianos”. El cristiano, el judío, el musulmán, al igual que el budista, etc, es ante todo un creyente. Creemos en el mismo Dios aunque a éste le demos diversos nombres, como puede ser Yahvé, Alá, o Padre, como en el caso de los cristianos.

Efectivamente, el mundo actual está perdiendo la capacidad de escuchar. El Dios en el que todos creemos es un Dios de amor, Padre de todos. Pero sus hijos no hacemos honor a esta maravillosa realidad. Y lejos de abrir el corazón, es decir, escuchar al otro, lo golpeamos sin piedad. ¿Qué es si no la guerra y la violencia? ¿Acaso Dios quiere la guerra? ¿Acaso Dios quiere la muerte de gente inocente, como pueden los niños y otras personas, sea que vivan en Israel, el Líbano, Irak, o cualquier parte del mundo?

El mandamiento de no matar obliga a todos. Y los políticos son los primeros obligados en hacer que se cumpla. Es verdad que el misterio de Dios se nos escapa. Pero también se nos está escapando, no el misterio, sino la realidad tangible del ser humano. ¿No será que nos hemos encerrado en nuestras propias seguridades y egoísmos que nos impiden acercarnos a los demás, salvo para explotarlos?

APUNTE 45º

ORAR EN ESPÍRITU Y VERDAD

El ser humano acude a la oración de modo instintivo. Y no precisamente desde formularios prefabricados, sino desde su misma realidad, como un ser que se siente a sí mismo desvalido, indigente, desprotegido, necesitado. Los formularios de oración corresponden a una etapa posterior, según el desarrollo evolutivo de sus apetencias, actitudes, aficiones, educación humana y religiosa, etc.

El ser humano ha buscado, busca y buscará siempre, un algo que le trascienda. Si es creyente, ese "algo" será Dios. Si no lo es, posiblemente no le dé nombre. Incluso, puede que se empeñe en decir que no cree en Dios ni en nadie. Ni siquiera entonces podrá liberarse de acudir, instintivamente, a algo o alguien, impalpable, pero superior a él. Esto es en razón de que genéticamente está programado para la transcendencia. Y esto no depende de él. Hay fuerzas y realidades que le superan. De las que no se puede liberar. Por eso, bastaría este solo dato para que cualquier persona medianamente inteligente se dé cuenta de que, por más que se empeñe, es imposible negar la transcendencia. Otra cosas será si a esta "transcendencia" le da el nombre de Dios o no.

Este grito ahogado que hay en el ser humano, que clama inexorablemente por algo superior a él, ya es oración. La más elemental, la más primaria quizá, pero oración.

La oración es comunicación.

En efecto, la oración es comunicación. Y por lo mismo, necesidad. Alguien que se estuviera ahogando en medio de un río, o en el mar, instintivamente agita sus brazos, todo su ser, como queriendo salir de sí mismo, buscando ese “alguien” que le pueda sacar del apuro, que le pueda salvar.

La oración es también agitar todo el ser en actitud de búsqueda. La oración es búsqueda. Porque es comunicación. Y la comunicación, por consiguiente, es búsqueda.

En este sentido no se necesita ningún formulario. Los formularios son buenos para rezar, no para orar. Que una cosa es rezar y otra orar. Rezar puede rezar una simple grabadora a la que previamente se le ha insertado un casette o un disquet con un formulario religioso, como puede ser el rosario, por ejemplo.

Por el contrario, la oración no va a consistir en repetir mecánicamente palabras, rezos, fórmulas, esquemas, etc. Va a consistir en abrir todo el ser a lo transcendente, a Dios. Va a consistir en sintonizar con la divinidad.

Cuando Cristo, Él que era hombre de oración permanente, habla de la oración, llega a decir que el culto que hemos de dar a Dios ha de ser en espíritu y en verdad.

Cierto que en la sinagoga leía la Palabra de Dios, como vemos por ejemplo en el capítulo 4 de san Lucas. Pero la Palabra proclamada ya sea en la sinagoga, en un templo, o en cualquier otra parte, no es un rezo, ni es una fórmula estereotipada. Es una proclamación, por

consiguiente un ponerse en sintonía con Dios, ya sea en la pluralidad de una comunidad que cree, glorifica y adora a Dios; ya sea en la intimidad o privacidad de uno mismo. Las cosas no cambian. Es oración.

Cristo modelo de oración.

La oración, por ser comunicación, hay que hacerla desde la más absoluta confianza. Igual que un amigo habla con otro amigo, o un hijo con su padre o con su madre.

Cristo hablaba con su Padre Dios, en primer lugar, porque se sentía y se sabía Hijo. Por consiguiente un Dios cercano, familiar, acogedor, amigo. Su oración era filial. Cristo hablaba con su Padre Dios, siempre. La oración es comunicación, es amor. A la persona amada no se la quiere a ratos programados. Se la quiere siempre. Tampoco respiramos a ratos. Respiramos siempre, aunque lo hagamos inconscientemente.

Algo así sucede con la oración. No se necesita estar en acto reflejo continuo pensando: estoy en oración, estoy en oración. Tampoco el corazón se mueve a base de decirle: muévete, muévete. Hace su labor imprescindible sin necesidad de recibir órdenes. La oración es el corazón de la comunicación con Dios, del amor a Dios. El amor tampoco necesita estar recibiendo órdenes de amar. No sería amor.

La oración es cuestión de amor. Y el amor unifica voluntades. “No se haga mi voluntad sino la tuya” (Mt 26,39). Dos personas que se aman no buscan hacer su propia voluntad, sino la de la persona amada. Dios es amor. Y Cristo y Dios son la misma cosa. Cristo ha venido al mundo para hacer entrega total de sí mismo al Padre. Su entrega

culmina en el sacrificio de la cruz, que es el acto supremo de su oración, consistente en la entrega total de sí mismo. La oración es entrega. El modelo perfecto de entrega, por consiguiente de oración, es Cristo.

La oración en espíritu y verdad.

Siendo la Iglesia la prolongación de Cristo en el tiempo, en el aquí y ahora del mundo, es decir, en nosotros mismos, ella también continúa esta intransferible realidad de la oración. Que no puede ser otra, sino la oración de Cristo.

Pero la Iglesia prolonga la oración de Cristo en la forma mediadora de la liturgia, sobre todo en la Eucaristía y en los demás sacramentos.

Por ser prolongación de la oración de Cristo, la Iglesia necesita hacer que la oración tenga las mismas cualidades que la de Cristo: que sea una oración filial, continua, donde haya una entrega y sintonía total con la voluntad de Dios.

Toda la liturgia, oración oficial de la Iglesia, debe realizarse con Cristo, en Él y por Él. El Padre Dios acepta y ama a Cristo, su Hijo; en consecuencia, todo lo que vaya vinculado a Cristo, por parte nuestra, será aceptado por el Padre.

De ahí que Cristo dijera: “Lo que pidáis al Padre en ni nombre os lo concederá” (Jn 16,23).

A nivel individual, al ser cada cristiano miembro de la Iglesia, ora y ama al Padre Dios también con la Iglesia. Toda oración, por muy en privado que se haga, está en sintonía con toda la Iglesia.

Así, la lectura asidua de la Palabra de Dios ayudará a sintonizar con Dios. La Palabra es oración; es alimento necesario, igual que los Sacramentos.

Cuando al igual que los apóstoles, nos miramos a nosotros mismos, y nos damos cuenta de que no sabemos orar, lo mejor será acudir, como ellos, a Cristo y decirle: "Señor, enséñanos a orar..." (Lc 11,1). Y Cristo nos enseñará a orar en espíritu y en verdad.

Es magnífica la escena que presenta el evangelio, el encuentro en el brocal del pozo de Jacob, de Cristo con la samaritana. Cristo le pide agua. Pero más allá del agua material, que también, le estaba sobre todo pidiendo más formalidad de vida. Cuando la mujer intuye que Cristo es algo más que un simple caminante que tiene sed y por eso pide agua, y que, además y es lo que le admira, él ofrece otra Agua, de inmediato desvía la conversación hacia el sentido religioso de la vida: "Nuestros padres adoraron a Dios en este monte..." (Jn 4,20).

¿Era una forma de evasión para que Cristo no siguiera ahondando en su vida íntima y personal, ya que estaba dando muestras sorpresivas de conocerla mejor que ella misma? Sin duda.

Optó por la evasión, sin darse cuenta que caía en la trampa que Cristo le estaba tendiendo. Y Cristo acepta la presunta evasión. Va derecho al grano y le dice:

“Llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad” (Jn 4, 21-24).

APUNTE 46º

LA ORACIÓN, SALVAVIDAS DE LA HUMANIDAD

Orar es hablar con Dios

Conviene precisar palabras. Una cosa es orar y otra rezar. En español orar y rezar son sinónimos. Y los sinónimos, hay veces que lejos de enriquecer, empobrecen los vocablos. No es lo mismo orar que rezar. Una computadora puede rezar, nunca orar. La persona puede hacer las dos cosas. Si simplemente reza, puede estar repitiendo mecánica, distraídamente, unas palabras. Si por el contrario, ora, está abriendo consciente, libre, voluntariamente, su corazón a la divinidad.

Cristo dice en el Evangelio que hay que orar siempre. Dice "orar", no dice rezar. Por más que "orar" y "rezar" puedan resultar sinónimas, una marcada diferencia. También en español. En el lenguaje español empleamos rezar como sinónimo de orar. Pero no es lo mismo

La oración va dirigida a Dios. Un Dios que es inefable. Por consiguiente, inimaginable e irrepresentable.

Lo expresa muy bien el Éxodo:
"Mi rostro no lo puedes ver, porque nadie puede verlo y quedar con vida". "Podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás" (Ex 33, 18-23).

Y Jn 1, 18: A Dios nadie lo ha visto" (sólo Cristo: "El Unigénito, que estaba al lado del Padre, lo ha explicado").

Hay teofanías de Dios, expresadas a través de símbolos, para expresar lo inefable e inenarrable; para expresar lo que es una intuición, que no una visión, de la divinidad. El símbolo recurrente suele ser "la nube luminosa".

El lenguaje en la cultura de la imagen

Pero de algún modo hemos de expresar el misterio. Lo hacemos por palabras, naturalmente. Y la palabra es, más que lenguaje, imagen. De Dios hacemos siempre imagen. La palabra lo es. La misma palabra Yavé, que no significa exactamente Dios, pero es el modo de entender que hablamos de Dios, es otra imagen.

La palabra necesariamente es un signo, lingüístico, pero signo. El pensamiento es un concepto, pero signo. Y una imagen material, un simple cuadro pintado, es un signo, y por consiguiente, imagen.

El "signo" es, necesariamente, una mediación, por nuestra condición de seres humanos sometidos a las mediaciones.

El más mediatizado de todos los lenguajes es el religioso. El lenguaje religioso es, como no podía ser de otra manera, de carácter simbólico, sobre todo cuando se refiere a Dios.

Pero el lenguaje, todo lenguaje, y más referido a Dios, tiene sus "límites". Y así, para hablar de Dios, no sólo hablamos con nuestro lenguaje, profundamente humano, sino que no nos salimos de nuestro pequeño y reducido espacio vital. De este modo, atribuimos a Dios situaciones, estados, pasiones, etc, que son propias de los humanos.

Decimos, por ejemplo: "Dios padece"; "Dios lo ha querido", “Dios monta en cólera”, “Dios va al frente de los ejércitos”, etc. Expresiones que abundan en el Antiguo Testamento.

Hoy vivimos y somos la cultura de la imagen. Pero se necesitan criterios para configurar una imagen sana y auténtica de Dios.

La peor imagen que puede emplearse para hablar de Dios, y la más alejada de Él, es aquella que conlleve una connotación fundamentalista, o racista, o clasista.

Sin duda alguna la fe cristiana privilegia la imagen de Dios. Cuando Cristo, para hablar de Dios, lo hace empleando la palabra Padre. Y tal como Él la emplea. Un Padre tan misericordioso que tiene rasgos de madre.

Es la imagen que más nos acerca el contenido de la revelación del misterio de Dios.

Es importante resaltar el aspecto de maternidad, porque es la forma liberadora de una imagen que, mal entendida, puede ser más que masculina, machista.

Es la acusación tantas veces oída en nuestra sociedad al hablar por ejemplo de la Iglesia, cuando se la acusa de ser machista. Lo cual no deja ser cierto en ocasiones, sobre todo, teniendo en cuenta que hay una indiscutible herencia judía dentro del cristianismo.

La imagen de Dios que la teología ha transmitido ha sido una imagen predominantemente masculina.

A Dios se le ha representado no sólo como "varón", en el sentido de masculino, sino también en forma antropomórfica. Lo cual no deja de ser llamativo, reductivo y empobrecedor.

Pero en Dios, tal como aparece en la Biblia, hay también rasgos "femeninos". Basta dar un vistazo al Deuteronomio, a los Salmos, a los Profetas (Oseas, Isaías). (Os 11, 3-4; Is 49, 14-16; 66, 12-13; Salmo 27, 9- 10).

En el mismo Jesús hay rasgos de solicitud "maternal": "No os angustiéis" (Mt 6, 25-43); "no tengáis miedo" (Mt 10, 26-33); vosotros valéis más que todas las criaturas ante Dios (Mt 6, 26).

Incluso el Magisterio eclesiástico ha intervenido sobre este aspecto de los rasgos maternos de Dios. Recordemos por ejemplo al Papa Juan Pablo I: “Dios es padre, más aún, es madre" (30 de septiembre de 1978).

Y Juan Pablo II en la encíclica Dives in misericordia (nota 52 del n. 4), al señalar la gran riqueza de los términos veterotestamentarios para expresar la misericordia de Dios, señala uno, *rajamin*, que tiene el simbolismo y el significado del "amor de madre".

El recordado y beato Juan Pablo II exhortó a que se revise nuestra imagen de Dios. Del Dios "anciano", del Dios "de la barba", etc.

La oración es comunicación

Si se tiene la idea de Dios como un Dios cercano, lleno de amor, de ternura, compasivo, Padre, en la expresión de Jesucristo, con corazón de Madre, diríamos, es más fácil orar. Y la oración será algo vivo y connatural. Porque será hablar con la naturalidad, amistad, y alegría con que se habla con un amigo.

También El Catecismo de la Iglesia Católica hace una exposición muy actualizada de lo que debe ser la oración en la vida cristiana:
Culminación del creer (Símbolo),
del celebrar (Sacramentos),
y del practicar (Mandamientos).

La Cuarta Parte del Catecismo está dedicada a "La oración cristiana" (nn. 2558-2865).
Este tratado se divide en dos Secciones:

- en la primera, expone la oración en su sentido general ("La oración en la vida cristiana": nn. 2558-2758)
- en la segunda, desarrolla el contenido del Padrenuestro (nn. 2759-2865).

La tradición cristiana ha entendido la oración como una comunicación.
El citado Catecismo de la Iglesia Católica recoge también (n. 2558) la definición de santa Teresa del Niño Jesús:
"Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde el centro de la prueba como desde dentro de la alegría".

Comunicación significa que hay, al menos, dos interlocutores: Dios y el ser humano. Cristo no sólo nos manda hacer oración, nos indica también que la oración tiene que ser "filial".

La oración es búsqueda de la voluntad de Dios. En esa búsqueda interviene “el pensamiento, la imaginación, la emoción, el deseo” (n. 2708).

La oración es también contemplación. Y la contemplación es:

- mirada de fe (n. 2715).
- escucha de la palabra de Dios (n. 2716).
- silencio (n. 2717).
- es búsqueda del “amado de mi alma” (Cantar de los Cantares 1, 7; 3, 1-4).

De esta manera, fácilmente caemos en la cuenta de que la oración cristiana consiste en ser una oración filial (Catecismo, n. 2599). Oración filial, significa oración de hermanos que tienen un Padre único para todos, aunque le demos distintos nombres. Ese Padre único es Dios.

APUNTE 47º

MARÍA, EVANGELIO DE VIDA

1. EL EVANGELIO ES VIDA

El Evangelio resulta fascinante, no por lo que tiene de historia, sino por lo que tiene de vida. Es Evangelio es Vida. Por eso es Buena Nueva. Y porque es vida siempre está y estará de actualidad. Es actualidad gozosa. Cristo sigue actuando, en vivo, en directo y a todo color, podríamos decir, parafraseando un slogan de los medios audiovisuales.

Por otro lado, Cristo entra en la historia del ser humano, varón o mujer, y lo hace por medio de una Mujer, María. Entra en la historia con la naturalidad, indigencia y precariedad de cualquier ser humano. Antes, lógicamente, lo ha hecho María, su Madre. La elegida por Dios en sus designios salvíficos para hacer que Dios sea el "Dios con nosotros".
De este modo, María, destinada a ser la Madre del "Dios con nosotros", "ha sido preservada de la herencia del pecado original" como se expresó Juan Pablo II, en la Redemptoris Mater", señalando algo que es evidente y sabido de todos.

Esto no quita para que María siga siendo una mujer normal. Y lo es, porque el Evangelio no cambia las cosa del revés, sino que las llena de sentido y de contenido. Cristo no vino a suprimir, sino a infundir vida, a dar sentido a las cosas. Vino a traer la Vida. Y la primera en ser beneficiada de la Vida que es Dios, fue María.

De esta manera, María, como el Evangelio, es Vida. Vida totalmente nueva en Dios. Y Vida que está al servicio de la vida.

2. NO HABRÍA VIDA EN MARÍA SIN FE.

Resulta sublime ver cómo Dios no fuerza, no cambia, ni suprime la libertad o la personalidad de nadie. Respeta al máximo la libertad. Pero pide la libre cooperación. La pide a María. Y María responde con plena libertad y con total responsabilidad. Tanta, que cuando no entiende, pregunta. Al Ángel le pregunta: "¿Y cómo voy a ser madre si no conozco varón"?.

La fe no consiste en ir con los ojos cerrados, sino todo lo contrario. Las personas no somos autómatas, sino personas; es decir, seres dotados de inteligencia, libertad y voluntad.

A María, pues, se le pide la fe. Y desde la fe, respuesta. Y María responde a Dios con un "Sí", que no va a hacer de su vida un camino de rosas, que digamos.

La respuesta de María tuvo una consecuencia:

- Concebir y dar a luz un Hijo:
- Que es "Hijo del Altísimo".
- Que viene a salvarnos.

Y todo esto fue posible desde su libre consentimiento. Dios se insinúa, pide, pero no la obliga. Y esto María lo entendió muy bien. Su vida va a tomar otro rumbo a partir de este momento. Y sin embargo, no deja de ser una vida normal.

Prometida de José (Mt. 1,18), seguirá siendo una chica normal: novia, esposa, madre. Y hasta si cabe, la fe para ella puede ser más difícil que en cualquier otra persona. Porque, valga la comparación, no será una pasajera más en clase turista, que se deja llevar, sino que tendrá que pilotar el avión, en un viaje difícil: ser la Madre del Redentor.

Hay vida en María por la fe. Ha escuchado a Dios en su corazón. Se ha fiado de Él. Libremente ha dicho "Sí" a Dios con todo el ardor de su responsabilidad, en algo, sin embargo, que no es evidente, sino que tendrá que ir descubriendo poco a poco.

La fe no es evidencia, sino respuesta al plan de Dios. Y el plan de Dios consistió en elegirla para hacerla Madre de Cristo.

3. CRISTO EN EL CAMINO DE FE DE MARIA

¿Qué fe podía ser la de María? Pues la fe sencilla de una mujer del pueblo, una mujer pobre y humilde. Una fe tradicional, vivida en la familia, y aprendida en la catequesis de los rabinos.

Pero esa fe sencilla, es también una fe llena de confianza. Creer es fiarse de Dios. Es entregarse a Dios con amor.

Y María entrega su vida al Señor. Sin esa fe sencilla de María y sin esa entrega al Señor, Cristo nunca se hubiera encarnado en Ella. Cristo está en el camino de fe de María.

Juan Pablo II, en la "Redemptoris Mater", hace esta extraordinaria afirmación:

1. “María, la Madre, está en contacto con la verdad de su Hijo únicamente en la fe y por la fe”.
2. “María ha pronunciado este “Sí” por medio de la fe. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas y se consagró totalmente a sí misma a la persona y a la obra de su Hijo” (nº 13).

La vida de María, como la de Cristo, nunca fue fácil. Su fe estuvo sometida continuamente a la prueba cotidiana de la realidad de la vida. ¿Por qué? Porque Dios no es evidente. Se necesita tener la experiencia de Dios. Y la experiencia de Dios se realiza cuando nos dejamos invadir y poseer por Él, pos su Amor. Dios es Amor. Y sólo dejándose llenar de amor de Dios se tiene la experiencia de Dios. Dios es gratuito. Se nos da entero y total, porque quiere, sin merecerlo.

Pero hay algo más: Cristo siempre estuvo en el camino de fe de María. Su vivir fue Cristo. El sentido total de su vida fue Cristo. Y Cristo es quien ha hecho de María una Mujer única y maravillosa.

APUNTE 48º

MARÍA EN LA HISTORIA DE SALVACIÓN

1. María aparece en la Historia de la Salvación:

- Prefigurada en el Antiguo Testamento:

a. En la Promesa de Redención: (Gn 3,15).

b. En los Profetas: (Mi 5, 2-3).

c. Y en las Mujeres de Israel: Rebeca, Ester, Judith..., etc.

- María situada en la plenitud de los tiempos: (Vat. II, LG 55).
- En María se cumplen todas las esperanzas de la Salvación:

a. Es la llena de Gracia: (Lc, 1,28).

b. Y acepta que en ella se encarne Cristo: (Lc 1,33).

2. En el Nuevo Testamento (y Concilio Vaticano II) vemos a María como:

- La primera en recibir el Mensaje de la Salvación:

a. En la Anunciación: (Concilio Vat. II: Lumen Gentium 56).

b. En la Infancia de Cristo: (LG 57).

c. En el Ministerio público de Cristo: (LG 58).

- En la vida de la Iglesia:

a. Está presente en Pentecostés: (Act 1,14).

b. Es la figura cumbre en la devoción de los cristianos a los largo de los siglos.

- María en la consumación de la Iglesia:

a. Es llevada a los cielos en cuerpo y alma, es imagen y principio de la Iglesia que ha de ser consumada (dogma de la ASUNCIÓN).

b. Y antecede al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza: (LG 68).

3. María es Madre de la Iglesia:

- Está asociada a Cristo en la obra de la Salvación: (LG 56).
- Es Madre de Cristo, en la Anunciación: (Lc 1, 26-38).
- Es Madre de todos los cristianos, en el Calvario: (Jn 19, 25-27; LG 61).
- Y continúa alcanzándonos los dones de la Salvación: (LG 62).

4. Qué relación hay entre la Iglesia y María:

- Siendo María Modelo de la Iglesia, y Madre de cada cristiano.
- Nuestro deber es: amarla, venerarla, invocarla e imitarla: (LG 66).

Visto lo que antecede, entendemos la razón y el porqué de la devoción a la Santísima Virgen María. Por ser la elegida de Dios se convierte en el camino corto para llegar a Cristo, y en el mejor modelo de Madre para toda la Humanidad.

Por eso le decimos: “Jaire, María. Alégrate, María”. Y también: “Ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte”. Porque “el Señor está contigo”.

ÍNDICE

PREÁMBULO 3

APUNTE 1º 4

SÍNTESIS, A MODO DE INTRODUCCIÓN

APUNTE 2º 14

¿QUIÉN ES DIOS?

APUNTE 3º 21

DIOS COMO PADRE

APUNTE 4º 25

DIOS, INMENSIDAD DE AMOR

APUNTE 5º 28

DIOS ES ESPÍRITU SANTO

APUNTE 6º 32

¿CRISIS DE DIOS”

APUNTE 7º 35

CRISTO, NUESTRO SALVADOR

APUNTE 8º 37

CRISTO, NUESTRO MODELO

APUNTE 9º 41

EL AMOR, MANDAMIENTO DEL SEÑOR

APUNTE 10º 43

SEGUIR A CRISTO

APUNTE 11º 48

JESÚS EN EL DESIERTO

APUNTE 12º 53

COMPASIVO Y MISERICORDIOSO

APUNTE 13º 57

EL MILAGRO DE LA SOLIDARIDAD

APUNTE 14º 60

CRECER EN CRISTO COMO IGLESIA

APUNTE 15º 65

EL BAUTISMO SACRAMENTO DE LA FE

APUNTE 16º 72

SALVACIÓN EN LA IGLESIA
APUNTE 17º 75
VIVIR LA FE ES ANUNCIAR A DIOS
APUNTE 18º 79
RELIGIÓN Y MAGIA
APUNTE 19º 83
RELIGIÓN NO ES SINÓNIMO DE SANTIDAD
APUNTE 20 86
EL REINO DE DIOS ES TAMBIÉN CONVERSIÓN
APUNTE 21º 88
HACIA LA UNIDAD
APUNTE 22º 93
TRIGO Y CIZAÑA
APUNTE 23º 96
SER CRISTIANO
APUNTE 24º 98
EL HOMBRE, UN SER TRANSCENDENTE
APUNTE 25º 100
CON LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS
APUNTE 26º 104
PROFETAS DE HOY (y de siempre)
APUNTE 27º 107
REALIDAD DEL PECADO
APUNTE 28º 113
EL POR QUÉ DE LA CONVERSIÓN
APUNTE 29º 115
DERECHOS Y OBLIGACIONES
APUNTE 30º 117
LA VIDA CRISTIANA REGALO DE DIOS
APUNTE 31º 119
LA VIDA, CAMINO HACIA DIOS
APUNTE 32º 127
EL CRISTIANO MÁS ALLÁ DE LO RELIGIOSO
APUNTE 33º 129
DIOS ES PALABRA Y SE COMUNICA
APUNTE 34º 132
LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE LA COMUNIDAD

APUNTE 35º 137
LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE PLENITUD
APUNTE 36º 140
LA EUCARISTÍA SACRAMENTO DE RESURRECCIÓN
APUNTE 37º 143
LA FAMILIA REALIDAD HUMANA Y CRISTIANA
APUNTE 38º 145
LA FAMILIA ÁMBITO NATURAL DE LA VIDA
APUNTE 39º 147
LA FAMILIA, AREÓPAGO DEL DIÁLOGO
APUNTE 40º 149
¿EXISTE LA FAMILIA IDEAL?
APUNTE 41º 153
SOCIEDAD ENFERMA
APUNTE 42º 158
LA MÍSTICA A LA BAJA
APUNTE 43º 165
NECESIDAD DE LA FE
APUNTE 44º 169
OÍR Y ESCUCHAR
APUNTE 45º 172
ORAR EN ESPÍRITU Y VERDAD
APUNTE 46º 178
LA ORACIÓN, SALVAVIDAS DE LA HUMANIDAD
APUNTE 47º 184
MARÍA, EVANGELIO DE VIDA
APUNTE 48º 188
MARÍA EN LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

“Y el Verbo se hizo Hombre
y acampó entre nosotros”
(Jn. 1,14)